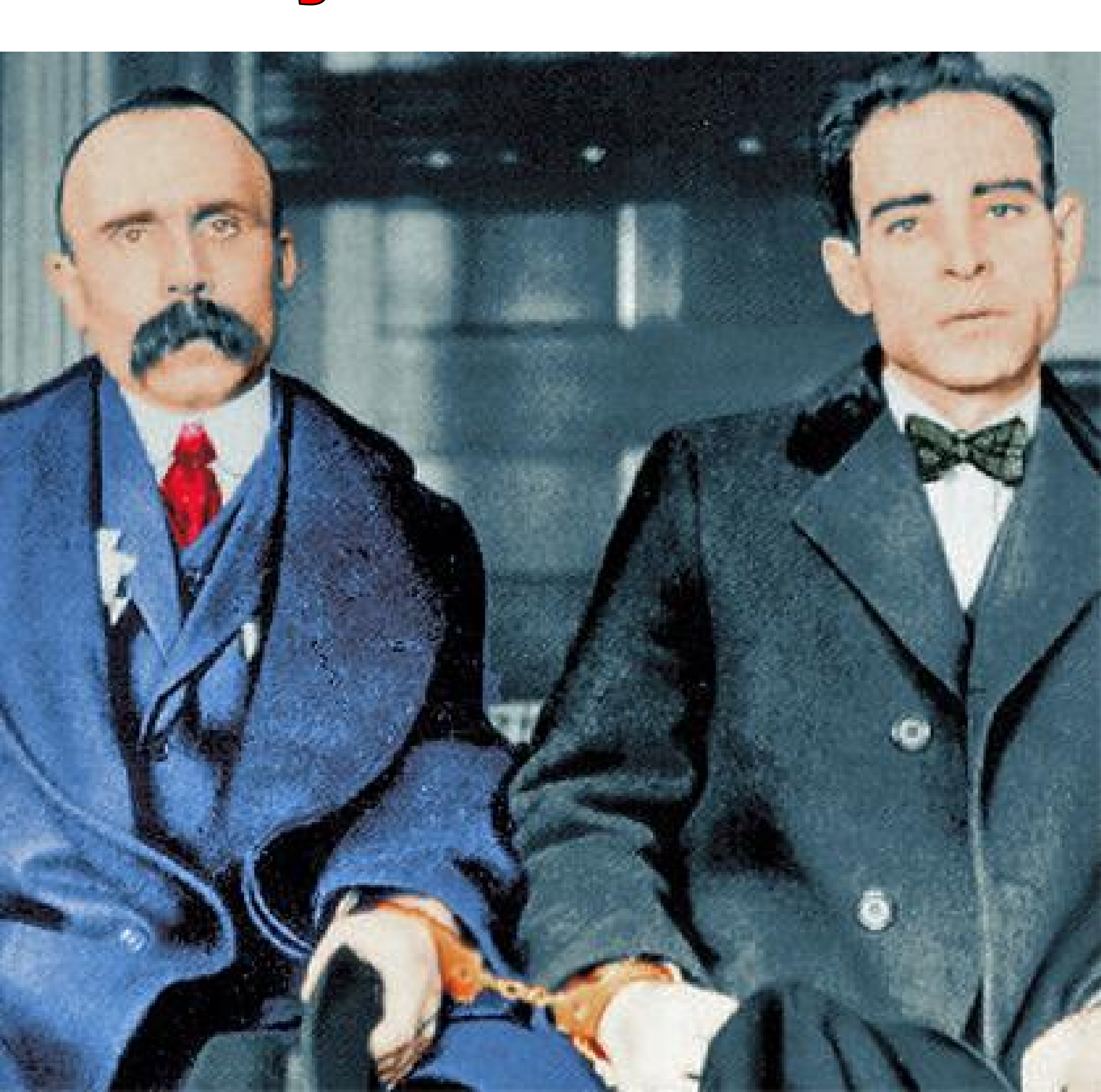
Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti

sus vidas, sus alegatos y sus cartas





Ekinaren Ekinaz argitaratua
43 posta kutxa - 48970 BASAURI (BIZKAIA)
ekinarenekinaz@ymail.com
2009eko abuztuan argitaratua


índice



SECOURS ROUGE INTERNATIONAL (Région Parisienne)
ARRACHONS À LA MORT SACCO & VANZETTI



WE WANT JUSTICE FOR SACCO VANZETTI
DEFEND VINDICATE LIBERATE SACCO-VANZETTI
LIBERTÀ MORTE!
GHASTLY MISCARRIAGE OF JUSTICE

PRESENTACIÓN

Corría el año de 1979, cuando decidimos darle un nuevo empuje a nuestra editorial, Ediciones Antorcha. Nuestros planes, bastante ambiciosos de cara a nuestra realidad, incluían el editar cuanto menos un título mensual, al igual que el ampliar nuestra distribución y paralelamente participar en ferias de libros. Para plasmar en hechos concretos lo que hasta aquellos momentos eran sólo intenciones, pusímonos a elaborar una serie de acciones que, suponíamos, nos conducirían al logro de nuestros objetivos. Entre esas acciones encontrábase, como era lógico suponer, el ir preparando las ediciones que iríamos publicando mensualmente. Y entre aquellas hipotéticas ediciones se encontraba la obra que ahora presentamos.



Para su elaboración, partimos de la selección publicada en la ciudad de Montevideo, Uruguay, por la editorial Acción directa, a la cual añadimos algunos documentos que extrajimos de los microfilms del semanario argentino La Antorcha. Finalmente, en 1980 saldría a la luz nuestra edición de Sacco y Vanzetti, sus vidas, sus alegatos y sus cartas, con tan buena suerte que en no más de cuatro meses estábamos ya realizando la segunda edición, o, si se prefiere, la primera reimpresión, constituyéndose en un éxito muy estimulante para nosotros. Pues, fue una edición realizada en el momento preciso, sin que, y esto es necesario recalcarlo, nosotros hayamos imaginado esta posibilidad. Publicar Sacco y Vanzetti, sus vidas, sus alegatos y sus cartas, se volvió oxígeno puro, puesto que nos proveyó de los indispensables recursos materiales y también anímicos para llevar a cabo nuestros objetivos.

A veintisiete años de distancia, como en sueños recordamos la felicidad que nos produjo el constatar el significativo aumento de nuestras posibilidades económicas, y a la par, la ampliación de puntos de distribución, innegable producto de lo atinado que resultó el haber editado esta obra. Y, ahora, que han pasado ochenta años desde el asesinato legal de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, decidimos realizar la presente edición virtual, a manera de homenaje a estos dos iconos de las luchas libertarias en América.

Terminaremos compartiendo lo que resultó ser una triste anécdota para nosotros. En una de las ferias de libros en las que participábamos, y en las que por lo general charlábamos con las personas que se acercaban a nuestro stand, sucedió que entró en contacto con nosotros una persona de avanzada edad de origen norteamericano, quien a decir de si misma, resultó muy cercana a Dante, el hijo de Nicolás Sacco. Nos platicó acerca de la negativísima opinión que Dante tenía de su padre, de quien, incluso, se avergonzaba. Aquella charla resultó profundamente perturbadora para nosotros. Le indicamos a esa persona que leyese la carta que Nicolás Sacco había escrito a su hijo y que se encuentra incluida en esta selección de textos. El

anciano tomó el libro, leyó... y después, con los ojos enrojecidos se volvió hacia nosotros para decirnos: Esto ya lo conocía, porque incluso Dante me enseñó la carta original. ¿Sería cierto?

Chantal López y Omar Cortés



One Union - One Label - One Enemy

Industrial Worker

Official Western Organ ... Industrial Workers of the World

SACCO-VANZETTI TO DIE!

Date of Execution Set for Thursday, August 11th

FEDERAL LYNCHING OF SACCO AND VANZETTI MEANS DEATH OF RESPECT FOR ALL CAPITALIST INSTITUTIONS

These Two Men Must Die!

HERE IS SOME OF THE STARTLING EVIDENCE WHICH THAYER AND GOV. FULLER SAYS IS NOT SUFFICIENT

Highlights on the Sacco and Vanzetti Case

A MANERA DE PRÓLOGO

Para mucha gente, Sacco y Vanzetti son sólo un error, un incidente en la historia de la justicia norteamericana; en realidad son mucho más que eso, representan la victoria de los que tienen el derecho sobre los que no lo tienen, de los que deciden por los demás y a costa de los demás, en fin, la victoria de la reacción sobre el progreso social.



Yo sé que el fallo va a ser entre dos clases: la clase oprimida y la clase rica, afirmaba Sacco ante el tribunal. Este mismo razonamiento fue hecho por Augusto Spies en el otro célebre proceso llevado en contra de los ahora conocidos como mártires de Chicago, cuando dijo; Al dirigirme a este tribunal lo hago como representante de una clase enfrente de la otra clase enemiga ...

¿Quién puede poner en duda que ambos procesos fueron tan sólo el escenario de la contienda entre dos clases irreconciliables entre sí?

Las peticiones humanitarias realizadas en todos los rincones del globo terráqueo fueron desoídas en uno y otro caso. ¡Pero no podía ser de otra forma! Los sentimientos, los altruismos no son ni alertados, ni escuchados; cuando dos clases sociales están frente a frente la lucha es a muerte. ¡Es la guerra social! ¿Cuando se han evitado las guerras con altruismo? De la guerra surge el vencedor y el vencido, ¡no pidamos más!

Sacco y Vanzetti, al igual que Spies, Ficher, Engel, Parsons y Lingg, son las víctimas de esa guerra, representan el eventual y momentáneo triunfo de la burguesía sobre el proletariado.

¡Eventual, sí, porque la guerra continua y continuará mientras exista una sociedad dividida en clases! Se perderán más batallas, se ganarán otras en cada minuto, en cada segundo, en cada hora de la vida social, ahora en silencio, mañana su estruendo arrastrará tras de sí al ser social para volver después a la aparente calma. Y sólo terminará esta guerra con la abolición de la sociedad clasista.

Sí, Dante, ellos pueden crucificarnos hoy, pero no pueden destruir con nuestros cuerpos, nuestra idea que queda para los pobres del porvenir.

Más de cincuenta años han pasado desde el asesinato legal de estos dos anarquistas (Tómese en cuenta que la primera edición en papel que realizamos de esta obra, lo fue en el año de 1980 en nuestra editorial, Ediciones Antorcha. Nota de Chantal López y Omar Cortés) y en este lapso de tiempo, muchos más anarquistas han muerto en combate o asesinados, o están encarcelados en las prisiones del capitalismo ya sea privado o estatal. La lucha continúa

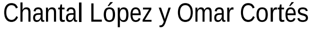
cada vez con más dificultad, pues las armas de los que detentan el poder, o más bien los distintos poderes existentes, son más y más sofisticadas y sutiles. Los Estados están envenenando a la humanidad en todos los niveles y claro está, su veneno es cada vez más fatal. Ya en el siglo pasado (De nuevo téngase en cuenta que la primera edición en papel de esta obra, la realizamos en 1980, esto es, durante el siglo XX. Nota de Chantal López y Omar Cortés), Bakunin advirtió el peligro al que nos tendríamos que enfrentar si dejásemos desarrollar el poder del Estado, de cualquier Estado. Ahí está, hasta vive en nosotros. Nos vienen a la mente unas preguntas: ¿Seremos lo suficientemente fuertes e inteligentes como para oponernos a él y poder al fin decidir sobre nuestra vida y nuestra muerte? ¿Estamos a tiempo todavía para lograrlo o es demasiado tarde? De todos modos, sean cuales sean las respuestas no nos queda otro camino que luchar en todos los niveles posibles contra Tanatos.

Los mártires de Chicago, Joe Hill, Nicolás Sacco, Bartolomeo Vanzetti, Tom Mooney, Ricardo Flores Magón, Buenaventura Durruti, para sólo recordar a algunos, no han caído en vano: la brecha está abierta, nos queda ensancharla y alargarla.

Para esto, necesitamos tener bien presente que, como escribió Vanzetti: El enemigo nos quiere muertos y nos tendrá muertos para defender el privilegio y la tiranía, para humillaros, para acobardaos, para venceros, destruiros y encadenar los pueblos al carro de su esclavitud (...) Y este mismo enemigo, clava sus inmundos tentáculos en la carne de todos los pueblos de la Tierra, prepara el más grande militarismo del mundo y se apresta a esclavizar la entera humanidad. Hay que aplastarle la cabeza.

No interrumpamos pues esa lucha, construyamos el camino hacia la sociedad sin clases, hasta la construcción del comunismo-anarquista. Hay mucho que recorrer, pero al fin y al cabo, ¿quien dijo que iba a ser sencillo?

La última palabra no está dicha: los que creemos todavía en el individuo, en el respeto a la vida, en la fraternidad entre los pueblos -no a través de los gobiernos y Estados- podemos actuar.


Chantal López y Omar Cortés



CÓMO SE URDIÓ LA TRAMA

A. Felicani [1]

Entre los procesos célebres, el de Sacco y Vanzetti es, quizá, el que ha tenido mayor repercusión internacional, pese a que los acusados eran dos obreros anónimos y a que, inicialmente, el juicio no tuvo, en rigor, un carácter clasista.

Los dos condenados -particularmente Vanzetti- percibieron con absoluta claridad el papel que les tocó desempeñar. Su proceso no llevaba la finalidad de poner fuera de combate a dos trabajadores llegados a los Estados Unidos en busca de libertad y justicia, decepcionados en su esperanza y resueltos a luchar por un mundo mejor. Fue un acto de intimidación contra todas las fuerzas progresistas, una advertencia a quienes se atrevían a turbar la tranquilidad de los poseedores. El nombre de los dos oscuros anarquistas italianos se convirtió en bandera junto a la cual se congregaron los que no querían someterse al dictado de una minoría de privilegiados y los que veían en la dignidad y la justicia los bienes más altos de la humanidad.



Este acto de injusticia cubrió de fango el nombre de los Estados Unidos. Pero no debe olvidarse que, junto a las muchedumbres que, desde Francia a Suecia, desde África del Sur a Inglaterra, manifestaron en aquellos días, maldiciendo a la oligarquía norteamericana, otras multitudes se batieron para tratar de salvar a Sacco y Vanzetti. Eran las multitudes de trabajadores e intelectuales norteamericanos, que sintieron, a la par de sus hermanos del mundo entero, la urgencia del llamado que lanzó este terrible caso.

El esfuerzo generoso de trabajadores, juristas, sociólogos se estrelló contra la máquina mortal que la reacción había puesto en marcha.

El desenfreno reaccionario

Para explicar el caso Sacco y Vanzetti, es preciso ambientarlo en la atmósfera envenenada que se creó en los Estados Unidos al término de]a primera guerra mundial. Atmósfera saturada de odio, fomentada y explotada por el Ministro de Justicia, A. Mitchell Palmer, que proporcionaba a los diarios artículos pagados por el Ministerio y destinados a excitar a la opinión pública contra los extranjeros y los izquierdistas.

En una publicación titulada El delirio de la deportación en 1920, aparecida por aquellos días, el Sub-Secretario de Trabajo entre 1913 y 1921, Louis F. Post, hacía la historia de ese período de persecuciones, que fue denominado el reinado del terror y en que millares de inocentes fueron sometidos a toda clase de persecuciones y malos tratos. Las declaraciones hechas a la prensa por el gobierno, o eran enteramente falsas, o deformaban los hechos: nunca se exhibió una prueba que justificara la acción gubernamental.

Los derechos constitucionales fueron pisoteados.

En ese período en que la propaganda se ensañaba con los radicales y los extranjeros, fueron arrestados y procesados Sacco y Vanzetti. Más: cuando los detuvieron, hacía unos días que el cadáver del militante anarquista Andrea Salsedo había aparecido, destrozado e irreconocible, en la acera del edificio del Ministerio de Justicia, en Nueva York, donde, desde hacía varias semanas, estaba ilegalmente detenido, junto a Roberto Elia, y mientras en el Tribunal Federal de Boston se tramitaba el proceso contra los izquierdistas presos en las redadas de la noche del 2 de enero de 1920.

Los hechos previos: dos asaltos a mano armada

En la tarde del 15 de abril de 1920, en el pueblo de South Braintree, frente a la fábrica de calzados Rice & Hutchins, F. A. Parmenter y A. Berardelli -pagador, el primero, y guardián, el segundo, de la Slater & Morrill Shoe Co.- fueron muertos a tiros y despojados de una suma superior a los 15.000 dólares, que llevaban para el pago de salarios.

La tragedia se desarrolló con velocidad fulminante. Fue uno de los tantos atracos que entre noviembre de 1919 y julio de 1920 se produjeron en la región occidental del Estado de Massachussets.

El hecho conmovió a la opinión pública, y el eco de esta indignación repercutió en la Cámara Legislativa del Estado, que votó una recompensa de 25.000 dólares, solicitada por el entonces gobernador Coolidge (más tarde presidente de los Estados Unidos) para pagar a quien hiciera condenar a los delincuentes. La Slater & Morril Co., por su parte, prometió otra elevada recompensa, y los mismo hizo la Bridgewater Shoes Co., que había sufrido un intento de atraco el 24 de diciembre de 1919.

Diecinueve días después del crimen, el arresto de los criminales se había convertido, para la policía, en cuestión de honor y de dinero.

Una trampa mortal: contra dos militantes

Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti fueron arrestados en Brockton la noche del 5 de mayo de 1920, por un policía que buscaba a otro individuo. Llevados a la jefatura, no se les acusó de ningún delito. Sólo se les interrogó acerca de sus actividades políticas.

¿Son ustedes socialistas? ¿Son comunistas? ¿Son anarquistas? Tales fueron las primeras preguntas que las autoridades policiales y judiciales les hicieron.

Al otro día fue arrestado y sometido al mismo tratamiento Riccardo Orciani.

El propio fiscal Katzrnann declaró durante el juicio -ante una pregunta de la defensa- que, en los primeros interrogatorios, había interrogado a los arrestados exclusivamente acerca de sus actividades políticas. Sacco y Vanzetti no negaron su condición de anarquistas, pero, naturalmente, mintieron en lo relativo a sus actividades, pues no querían comprometer a amigos y compañeros en un nuevo proceso de deportación. Cuando fueron detenidos, creyeron -y el primer interrogatorio así parecía indicarlo- que se los hacía víctima de una de las tantas redadas de rojos que en aquellos días iban en impresionante aumento. Transcurrieron dos días antes de que se les dijera que estaban detenidos por los asesinatos de South Braintree.

Cuando se acusó a los arrestados de la comisión de delitos comunes, la prensa inmediatamente divulgó el hecho de que eran anarquistas, como prueba moral de la capacidad de aque-

llos para delinquir.

Como se hicieron las identificaciones

Al día siguiente, fueron identificados: Vanzetti como autor principal del intento de atraco ocurrido la mañana del 24 de diciembre en Bridgewater, y Sacco como el autor principal del doble asesinato y robo de más de 15.000 dólares ocurrido en South Braintree el 15 de abril de 1920.

Pero para realizar estas identificaciones se usaron procedimientos sin precedentes en los anales judiciales.

La norma, en todo el mundo -incluido los Estados Unidos-, es presentar a los imputados de un delito junto a otras varias personas, entre las cuales los testigos deberán reconocerlos. En un principio, éste fue el procedimiento empleado para la identificaci6n de Sacco y Vanzetti. Pero no se pudo continuar. La policía había colocado a Sacco entre una decena de personas -algunas de ellas, policías vestidos de civil-, pero el primer testigo que acudió a identificar al arrestado señaló, no a Sacco, sino ... a un policía.

El asunto no marchaba, y entonces, en este importantísimo preliminar de todo proceso, se recurrió a un método expeditivo y seguro. Se puso a cada arrestado en una pieza, solo, y llevó a los testigos, uno por vez, para que los identificaran.

Pero aún con ese método muchos testigos a quienes se preguntó si identificaban a los asaltantes, respondieron con un rotundo no; otros se mostraron confusos e inseguros; ninguno pudo hacer una identificación positiva, pese a que los policías se esforzaron para facilitarla usando algunos trucos escénicos. Por ejemplo: si un testigo decía que uno de los atracadores tenia el pelo desgreñado, los policías, sin pérdida de tiempo, lo presentaban con el cabello revuelto. Si el testigo declaraba que uno de los asaltantes llevaba una gorra calada hasta los ojos, los policías mostraban a los arrestados con gorras metidas hasta los ojos. Si un testigo decía que uno de los bandidos empuñaba el rev6lver teniendo el brazo extendido en determinada dirección, los policías hacían que los arrestados extendieran el brazo y apretaran el puño, en la postura descrita por el testigo.

Con tal método de identificaci6n, cuatro o cinco testigos pasaron de la inseguridad o la probabilidad. Para que, siquiera en parte, estas vagas identificaciones pudieran resistir el juicio público, la policía hizo que los arrestados reprodujeran la escena en el lugar del crimen.

Fuertemente esposados, fueron metidos en un auto y bajo guardia armada, llevados a Bridgewater, South Braintree, Dedham, Needham, Milford. En cada una de estas poblaciones, fueron trasladados a la comisaría local y sometidos a la misma rutina de identificación porque habían pasado en Brockton.

En South Braintree se les hizo representar el delito cometido allí el 13 de abril.

Con estos medios se recogieron tres testimonios contra Sacco por el asalto de South Braintree y cuatro contra Vanzetti por el Bridgewater. Ningún testigo implicó a Vanzetti en el de South Braintree.

Con tales elementos de acusación, el tribunal validó las actuaciones y dispuso que Vanzetti Fuera sometido a juicio ante e! Tribunal de Plymonth, imputándole solamente el intento de atraco del 24 de diciembre de 1919 en Brigewater y absolviéndolo de toda

responsabilidad en el de1ito de South Braintree. En cuanto a Sacco, dispuso que fuera sometido a juicio un gran jurado, por los hechos de South Braintree.

El proceso de Plymouth: Vanzetti condenado de antemano

Hasta hoy no se ha podido comprender por qué se escenificó con tanta prisa el primer proceso contra Vanzetti, a no ser que se admita que ya desde aquel momento el fiscal de distrito Katzman había decidido implicar a Vanzetti en el crimen de South Braintree y trabajaba para obtener la condena del acusado, con el fin de llevar al banquillo del tribunal de Dedham a un hombre, ya sentenciado por otro tribunal, que salía de la penitenciaría para responder por el terrible delito de South Braintree.

El proceso se ventiló ante el tribunal de Plymouth, en junio de 1920, un mes después del arresto, cuando la opinión pública todavía estaba excitada por las pavorosas leyendas sobre los bandidos italianos que habían asesinado y robado en South Braintree, a la luz del día y a las puertas de la fábrica.

La colectividad italiana, y en particular los trabajadores, cerró filas en torno al acusado, a quien todos sabían inocente e incapaz de cometer un crimen. Pero el ambiente oficial (no ya la policía, sino la magistratura) rezumaba hostilidad contra el acusado, conocido por sus ideas y actividades políticas, desarrolladas allí mismo, en Plymouth, y por su destacada participación en la huelga de los obreros de la Cordage Company. algunos años atrás.

Se sentía en la sala del tribunal que Vanzetti, más que acusado de un delito -con razón o no- era la presa atrapada por los cazadores tras un largo acecho.

Estaba condenado desde antes de que empezara el rito del proceso.

La acusación, a cargo del fiscal de distrito Katzmann, no contó con un solo testigo que presentase ante el jurado declaraciones creíbles. Los testigos de la acusación se mostraron inseguros, titubeantes, más preocupados por servir a alguien que por cumplir un deber social en interés de la verdad y la justicia. Y por eso casi todos alteraron, en el tribunal, las declaraciones precedentes, efectuadas en las audiencias preliminares. Se mostraron cínicamente falsos, Se contradijeron entre sí y consigo mismo.

De nada valieron al acusado veinte testigos que afirmaron y confirmaron haberlo visto, y algunos haber hablado y hecho negocio con él, la mañana del 24 de diciembre de 1919, cuando vendía anguilas por las canes de Plymouth.

Es costumbre de los italianos comer anguilas en la víspera de la Navidad. Vanzetti, que en aquel tiempo se dedicaba a la venta de pescado, había salido de su casa poco antes de las 7 de la mañana, con su carrito cargado de anguilas. Era lógico que nueve testigos declarasen haberle comprado anguilas aquella mañana. Ante la homogeneidad de las declaraciones, el fiscal dijo que los testigos repetían una lección aprendida de memoria.

Contra la coartada que presentó la defensa, y que resultó indestructible, la acusación presentó algunos testigos oculares, los cuales declararon que pensaban, que creían, que el acusado era el autor del fallido atraco, pero que no estaban seguros de ello. Hubo sólo uno que no se mostró inseguro. Era un muchachito, vendedor de diarios, que en el momento del atraco se había refugiado tras un poste de telégrafo. Apenas había podido echar un vistazo al asaltante, pero estaba seguro de que era extranjero por la manera de huir. Estas eran las pruebas

aportadas por los testigos: el atracador era de tez morena, parecía italiano.

Pero, como hemos dicho, el acusado estaba condenado de antemano, y de nada le valió haber probado su inocencia. El jurado emitió un veredicto de culpabilidad.

Ese veredicto fue una ignominia. Para llegar a él se pasó por encima de todas las garantías del procedimiento, se violó el más elemental sentido de la equidad. Basta un hecho para demostrarlo: cuando Vanzetti fue arrestado y registrado por el policía Connelly, se le encontraron cuatro cartuchos de escopeta para caza menor.

Connelly entregó los proyectiles al capitán Proctor, jefe de la policía estatal de Massachussets, para que los conservase en la sala del tribunal de Plymouth, el policía Connelly examinó los cuatro cartuchos presentados como prueba y declaró que no eran los que había encontrado en poder de Vanzetti. y entregado a Proctor.

Estos cuatro cartuchos fueron presentados a los jurados en la sala de deliberaciones, mientras discutían sobre el veredicto que habrían de emitir, y allí -por sugerencia de una persona desconocida- fueron abiertos. Los cartuchos, que eran de marca Peter y estaban cargados con perdigón pequeño, para la caza de pájaros, aparecieron cargados de munición.

La carga de perdigón pequeño no mata a un hombre; la de munición, sí. Y el jurado emitió un veredicto de intento de homicidio e intento de atraco. Si el juez condenó a Vanzetti solamente por intento de atraco, ello se debió a un imprevisto: al día siguiente, en un restaurante de Brockton, uno de los jurados se encontró por casualidad con el juez Thayer, que había presidido el juicio de Plymouth, y le mostró uno de los cartuchos que habían sido presentados en el proceso contra Vanzetti. Dicho jurado había guardado el proyectil como recuerdo. Estaba presente el fiscal de distrito Katzmann, quien dijo al jurado le entregase el cartucho y telefoneó a los demás jurados para pedirles que le dieran los cartuchos que habían guardado como recuerdo. Recomendó a todos que no hablaran del asunto. A uno de ellos, que no tenía la conciencia tranquila y que le preguntó si el veredicto era justo, Katzman le respondió que era ... recomendable.

Algunos meses después, el 16 de agosto, el juez Thayer, que había presidido el debate, convocó al tribunal en sesión extraordinaria y condenó a Bartolomeo Vanzetti a 15 años de reclusión.

Pero la via crucis de Vanzetti no había llegado a su término.

Después del veredicto del tribunal de Plymouth, y antes de que se pronunciara la sentencia, la defensa pidió -como era su derecho- la libertad provisional de Vanzetti, quien, en libertad, hubiera podido encontrar otros testimonios -éstos, de ciudadanos norteamericanos- con los cuales corroborar su coartada, que la acusación no había logrado destruir.

La fianza por la libertad de Vanzetti fue fijada en 20.000 dólares. Se consiguió reunir esa suma, pero entonces el fiscal duplicó la cifra. El fiador, picado por esta rareza judicial, ofreció hasta 100.000 dólares. y entonces la fiscalía informó que existía una imputación secreta contra Vanzetti por el crimen de South Braintree.

Proceso de East Norfolk contra Sacco

Vanzetti, fue, pues, involucrado en el crimen de South Braintree mediante imputación secreta. No se le concedió audiencia preliminar en esta segunda acusación.

El 18 de mayo de 1920, Nicola Sacco compareció ante el juez Avery, del tribunal de East Norfolk, para ser sometido a juicio. Contra Sacco declararon tres testigos: Louis L. Wade, obrero de la Slater & Morrill, y France Devlyn y Mary Splaine, empleadas de la misma compañía.

Estos declararon en rápida sucesión, para hacer la identificación de Sacco.

Puedo haberme equivocado (Wade, pág. 26 de las actas preliminares). No afirmo positivamente que sea él (Frances Devlin, pág. 47 de las actas preliminares). No tuve oportunidad de ver al hombre lo suficiente como para afirmar que sea éste (Mary Splaine, pág. 26, actas preliminares).

Aunque la policía no presentó ninguna prueba tangible contra Sacco, y aunque numerosas personas -que desde las ventanas de la fábrica Rice & Hutchins contemplaban directamente la escena del crimen- no identificaron al acusado, y, además, aunque la mayor parte de ellas declararon positivamente que no habían visto al acusado entre los asaltantes, el juez Avery envió al imputado ante un gran jurado, bajo la acusación de homicidio.

El proceso de Dedham: se cierra la trampa

El 31 de mayo de 1921, cuando se abrió el proceso ante el tribunal superior de Dedham, el hecho de estar cumpliendo una condena de 15 años de prisión por un delito similar era ya un elemento en contra de Vanzetti, y, asimismo, perjudicaba a Sacco, su coacusado.

La defensa hizo todo lo posible para que los dos procesos se efectuaran por separado, pero el tribunal, presidido por el juez Thayer, denegó repetidamente la petición. Y el 14 de julio de 1921 los dos acusados fueron declarados culpables de doble homicidio en primer grado.

En un breve relato, no es posible resumir el extenso debate que finalizó en el inconcebible veredicto. Echa alguna luz sobre tal monstruosidad judicial una relación presentada por el abogado Howard L. Stebbins al congreso de juristas realizado el 27 de junio de 1922 en Detroit y publicada poco después de dicho congreso, en la Revista de la Asociación del Foro Norteamericano. Como es uno de los primeros documentos de valía técnica que sobre el caso se publicaron, reproducimos algunos pasajes:

El caso giró en torno de la identidad personal de los imputados, por lo cual, en este aspecto, no fue sustancialmente diferente de los problemas que en todos los tiempos ha tratado la justicia penal. Pero todo el procedimiento resultó alterado por la inclusión de hechos ajenos a la cuestión principal, aunque de enorme importancia en sí mismos. Ambos acusados eran indiscutiblemente izquierdistas, conocidos en los medios obreros, instigadores de huelgas, adeptos del socialismo, desertores del servicio militar y propagandistas de la prensa de izquierda. Se estaba entonces en el apogeo de la campaña posbélica contra los rojos y los extranjeros (...)

El 5 de julio Vanzetti prestó declaración. Sus defensores habían logrado presentar una coartada que cubría los movimientos de los dos acusados durante el día del crimen y en la noche de su arresto. Dijo que Sacco había estado en Boston el día del crimen, para tratar de obtener pasaporte para Italia, mientras Vanzetti recorría las calles de Plymouth vendiendo pescado, a muchas millas de la escena del doble asesinato. Cada afirmación

de la defensa fue sostenida por gran número de testigos. La noche de su arresto -dijo la defensa- los acusados habían salido a recoger publicaciones extremistas, para destruirlas, pues temían que ellas comprometieran a sus amigos.

(...) Bartolomeo Vanzetti, hombre de cierta ilustración, habló con sencillez y sin emoción, narrando la historia de su vida (...) Habló de sus actividades como agitador obrero, de su propaganda en mitines izquierdistas y de su trabajo por las ideas en que creía. Sin mostrar sentimiento ni resentimiento, dijo que durante la guerra se había ido a México para sustraerse a la conscripción militar (...) Nicola Sacco prestó declaración durante casi tres días (...) Lo que quizá arrojó mayor luz sobre el proceso fue la respuesta de Sacco a la pregunta de qué entendía por país libre. Durante diez minutos habló con ímpetu y elocuencia. Dijo que había venido a los Estados Unidos porque creía que aquí había mayores oportunidades de progreso, pero que comprobó que no era así. Había más alimentos y más dinero, pero no para la clase trabajadora. Creía que había libertad de pensamiento, pero no era así, pues Eugene Debbs[2] y otros estaban en la cárcel por sus ideas. Había trabajado junto a judíos, irlandeses, alemanes y por todos ellos sentía afecto. ¿Por qué, pues, había de combatir contra ellos? la guerra había sido desatada por capitalistas, ávidos de ganancias (...)

El lunes 11 de julio terminó la defensa sus actuaciones. El miércoles llegaron a su fin las ocho horas de argumentaciones de los abogados, y el jueves 14 de julio tocó al jurado pronunciar su veredicto.

Después de cinco horas de deliberaciones, emitió un veredicto de culpabilidad en primer grado contra los dos acusados. En Massachussets, la pena correspondiente a este veredicto es la muerte en la silla eléctrica.

El veredicto de Dedham provocó indignación en los Estados Unidos y en todo el mundo. El Comité de Defensa, sostenido por una inmensa solidaridad, logró el concurso de las figuras más descollantes en el campo jurídico. Se hizo un llamamiento internacional para lograr una campaña solidaria más efectiva y tangible, que obligase a los verdugos a dejar en libertad a sus víctimas. Se obtuvo la solidaridad pedida, pero todo fue en vano. Las fuerzas coligadas del privilegio y el poder se impusieron sobre el sentido de la decencia y la justicia, y enviaron a Sacco y Vanzetti a la silla eléctrica el 27 de agosto de 1927.

Notas

[1]El autor de este trabajo, A. Felicani, tuvo activísima participación en la lucha entablada para rescatar las vidas de Sacco y Vanzetti, durante los siete años que transcurrieron entre la detención de los dos militantes y su condena y ejecución.

Obrero, anarquista e italiano emigrado como ellos, íntimo amigo de Vanzetti, fue uno de los primeros compañeros a quienes éste hizo llamar cuando se le detuvo. Contribuyó a crear el Comité de Defensa, en el que actuó incansablemente.

El artículo es obra, pues, de alguien que tiene directo y personal conocimiento de los hechos que narra.

[2] Militante obrero y socialista norteamericano.


Shall Capitalists MURDER Our Fighters!
you shall not BURN UP Our Fighters!
Sacco -&- Vanzetti
A PROTES
STRIK
Can Save
Martyrs!
BOYCOTT MASSACHUSETTS PRODUCTS

HISTORIA DE LA VIDA DE UN PROLETARIO[1]

Bartolomé Vanzetti

Los primeros pasos

Mi vida no puede pretender el honor de una autobiografía. Anónimo yo mismo en el montón de los anónimos, he querido simplemente tomar y reflejar rápidamente un breve momento de la dinámica inquietud ideal que lleva a la humanidad hacia mejores destinos.

Nací el 11 de junio de 1888, de G. Battista Vanzetti y Giovanna Vanzetti, en Villafalleto, provincia de Cuneo, Piamonte. La población, que se levanta sobre la orilla derecha del Magra, al abrigo de una hermosa cadena de cerros, es principalmente una comunidad agrícola. Allí viví hasta los trece años de edad en el seno de mi familia.

Concurrí a las escuelas locales y amaba el estudio. Mis más lejanos recuerdos son los premios ganados en los exámenes escolares, y una segunda distinción en catecismo. Mi padre dudaba entre dejarme proseguir los estudios o enseñarme algún oficio. Un día leyó en la Gazzetta del Popolo que en Turín 42 abogados habían concurrido para ocupar un puesto por 35 liras mensuales. Esta noticia fue decisiva en mi infancia, porque mi padre se resolvió a que yo aprendiera una profesión y fuera comerciante.

Para eso, en 1901, me condujo ante el señor Conino, que dirigía una pastelería en la ciudad de Cuneo, y allí me dejó gustar -por primera vez- el sabor del duro e implacable trabajo. Trabajé como 20 meses, desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, todos los días, menos tres horas de asueto dos veces al mes. De Cuneo pasé a Cavour, y entré en la panadería del señor Goitre, puesto que conservé por tres años. Las condiciones no eran mejores que en Cuneo, con la diferencia de que los momentos libres alcanzaban a cinco horas en dos veces al mes.

No me agradaba el comercio, pero me quedé para satisfacer a mi padre y porque no sabía qué otra cosa elegir. En 1905 abandoné Cavour por Turín, esperando hallar trabajo en la gran ciudad. Malogradas mis esperanzas, fui más lejos, a Courgne, donde me ocupé por seis meses. Luego volví a Turín y trabajé de caramelero.

En Turín, febrero de 1907, caí seriamente enfermo. Sufrí mucho, encerrado, privado de aire, de sol y de alegría, como una triste flor sombría.

Pero llegaron noticias a mi familia y mi padre vino de Villafalleto para llevarme a mi tierra natal. En casa -me dijo él- sería cuidado por mi buena, mi amantísima madre. Y entonces volví, después de seis años de haberme agotado en la fétida atmósfera de las panaderías y de las cocinas de restaurants, donde raramente penetra un soplo de Dios o un rayo de luz de su gloria. Seis años que podrían haber sido hermosos para un muchacho ávido de saber y sediento de contacto vivificador con el ambiente de la simple vida campesina de su aldea. Años del gran milagro que transforma al niño en hombre.

¡Ah! ¡Quién me hubiera dado tiempo para atender al maravilloso desarrollo!

En las tres horas de tren dediqué mis pensamientos a aquellos que han sufrido pleuresía alguna vez. Pero aun a través de la niebla de melancolía pude contemplar la magnífica tierra que atravesaba y que ocupó también mis sentimientos. El verde oscuro de los valles del norte de Italia, que ningún invierno puede agostar, es hasta hoy un recuerdo vivo en mí.

Mi madre me recibió tiernamente, llorando desde lo hondo de sus alegrías y sus tristezas. Me hizo guardar cama -había olvidado casi que las manos pueden acariciar tan dulcemente. Un mes estuve en cama y dos meses después pude andar, apoyado en grueso bastón. Al fin recobré mi salud. Desde entonces hasta que partí para América, estuve en casa de mis padres. Ese fue uno de los más felices períodos de mi vida. Tenía veinte años; la mágica edad de las esperanzas y los sueños, aun para aquellos que, como yo, hojearon prematuramente las páginas del libro de la vida. Me hice de muchos amigos y di libertad al amor que guardaba en mi corazón.

Ayudaba a cuidar el jardín de mi casa con un entusiasmo que no había tenido nunca en las ciudades.

Pero aquella serenidad fue muy pronto turbada por el más penoso infortunio que puede agobiar a un hombre. Un mal día mi madre cayó enferma. Lo que ella, su familia y yo sufrimos ninguna pluma puede describirlo. El más leve ruido le causaba atroces espasmos. Muchas veces me precipitaba hacia el grupo de jóvenes que se reunían al caer de la tarde a lo largo de la calle a cantar alegremente a las primeras estrellas para implorarles al amor de Dios y la tranquilidad de sus propias madres Muchas veces, por conversar, rogué a los hombres que me acompañaran a cualquier parte.

En las pocas semanas últimas de su vida, sus estertores agónicos fueron tan dolorosos que ni mi padre, ni sus parientes, ni sus más queridos amigos tenían el ánimo suficiente para aproximarse a su lado. Me quedé sólo para reconfortarla lo mejor que pude. Día y noche lo pasaba con ella, torturado por el espectáculo de su dolor. Durante dos meses dormí vestido.

Ni la ciencia ni el amor pudieron nada. Al cabo de tres meses de brutal padecimiento expiró en mis brazos. Murió sin haberme sentido llorar. Yo mismo la puse en el ataúd, la acompañé hasta su última morada y fui el primero en arrojar un puñado de tierra sobre sus restos.

Era justo que lo hiciera así, pues era una parte de mí mismo ... El vacío que dejara jamás fue colmado. Pero era demasiado ya. El tiempo, lejos de mitigar la pérdida, la hizo más cruel. Vi envejecer a mi padre prontamente. Me tomé solitario, más callado; pasaba los días sin pronunciar palabra, vagando por entre los bosques que bordean el Magra. Muchas veces, al pasar por el puente, me detuve largo rato a mirar las blancas piedras del cauce arenoso, pensando que en aquel lecho ellas no tendrían pesadillas.

Este trance angustioso de mi espíritu me decidió a abandonar a Italia e irme a América.

El 9 de julio de 1908 dejé a los míos. Fue tanta mi tristeza al partir que abracé a mis parientes y los besé sin poder proferir una palabra. Mi padre también había enmudecido en su profundo pesar, y mis hermanas lloraron como al morir mi madre.

Mi partida había llamado la atención del vecindario, y los amigos llenaron la casa. Todos con una palabra de esperanza, una bendición o una lágrima. Luego me acompañaron todos una buena parte de camino, como si un ciudadano hubiera sido desterrado para siempre.

Un incidente está vivo en mi memoria: varias horas antes de la despedida se acercó a darme el adiós una viejecita que conservaba para mí un sentimiento maternal desde la muerte de mi madre. La encontré en la puerta de su casa con la joven esposa de su hijo.

¡Ah! has venido, -me dijo-; yo te esperaba. Ve, y que el amor de Dios te acompañe siempre. Nunca había visto yo un hijo que hiciera por su madre lo que tú hiciste; que seas feliz, hijo mío.

Nos besamos. Entonces habló la nuera:

- ¡Bésame también! ¡Te quiero tanto; eres tan bueno! -dijo, enjugando sus lágrimas. La besé y me fui sintiéndola llorar aún tras mí.

Dos días después dejaba Turín por Módano, ciudad limítrofe. Mientras el tren corría hacia la frontera, algunas lágrimas cayeron de mis ojos, tan poco dados a llorar. Así dejé la tierra que me vio nacer; un vagabundo sin patria. Así florecían las bendiciones de aquellas almas sencillas, de aquellos nobles corazones.

En la tierra prometida

Después de dos días de ferrocarril a través de Francia y siete por mar llegué a la Tierra Prometida. Nueva York destacábase en el horizonte con todos sus esplendores y esperanzas. Levanté mi vista de la cubierta de proa fatigado de mirar de uno al otro extremo ese portento de la construcción que atraía y amenazaba a la vez a las mujeres y a los hombres en la tercera clase.

En la estación de inmigración tuve mi primera gran sorpresa. Vi a los pasajeros de proa manoseados por los oficiales lo mismo que un montón de animales. Ninguna palabra de benevolencia o de estímulo que aliviara la aflicción que agobiaba pesadamente a los recién llegados a las playas de América. Las esperanzas que llevaban a estos inmigrantes hacia la nueva tierra, marchitábanse así al contacto de torpes oficiales.

Los niñitos, que debían estar alerta con la espera, se prendían a las faldas de sus madres, llorando atemorizados. Tan hostil es el espíritu que predomina en la barraca inmigratoria.

Qué bien recuerdo, estando en la Batery -en el bajo New York- en seguida de mi llegada, solo, con algunas pobres ropas y muy poco dinero. Hasta el día antes había estado entre gentes que me comprendían. Esa mañana me pareció haber despertado en una tierra donde mi lenguaje equivalía, para los naturales del país, poco menos que a expresiones lastimeras de un mundo animal.

¿Dónde ir? ¿Qué hacer?, esta era la Tierra Prometida. Las preguntas quedaban sin respuesta. Los automóviles y los tranvías pasaban a mi lado velozmente sin cuidarse de mí.

Había anotado la dirección de alguien y hasta ella me llevó un compañero de viaje. Era la casa de un paisano, en la calle ... cerca de Seventh Avenue. Estuve allí un rato, pero era evidente que no había sitio para mí en aquella casa, que hervía de seres humanos, como todas las casas de obreros. Profundamente triste dejé aquel lugar a eso de las ocho de la noche, para buscar un sitio donde dormir. Volví sobre mis pasos hacia la Batery, donde pedí una cama por esa noche en un sospechoso hospedaje, el mejor que pude hallar. Tres días después de mi llegada, el paisano ya mencionado, que era jefe de cocina en un rico club del Oeste, calle ... frente al Hudson River, me encontró una colocación en su cocina como lavaplatos. Allí trabajé tres meses.

Las jornadas eran largas; el tugurio en que dormía era un horno sofocante y los insectos no me dejaban cerrar los ojos. Casi todas las noches pensaba ir al parque.

Al dejar esta plaza hallé la misma clase de ocupación en el restaurant Mouquin. Las condiciones que hay ahora allí no las conozco. Pero en aquel tiempo -hace trece años- la cocina era algo terrible. No había la más pequeña ventana. Cuando la luz eléctrica se apagaba por cual-

quier causa, aquello quedaba en la oscuridad, al extremo que nadie podía moverse sin tropezar con las cosas. El vapor del agua hirviente con que se lavaban los platos, sartenes y vajillas, formaba grandes gotas en el techo, donde tomaban todo el polvo y la suciedad y caían luego sobre mi cabeza, gota a gota. Durante las horas de trabajo el calor era espantoso. Las sobras de las mesas amontonadas en barriles cerca de la despensa, despedían tufos nauseabundos. Los resumideros no tenían comunicación con las cloacas. Por eso el agua podía rebosar hasta el piso. En el centro de la habitación había un desagüe. Todas las noches el canal de evacuación se tapaba y subía hasta que chapoteábamos en un barro pegajoso.

Trabajábamos doce horas un día y catorce al siguiente, más cinco horas extras cada dos domingos. Comida fría, casi impropia para los perros; cinco o seis dólares por semana. Después de ocho meses dejé ese trabajo por miedo a la anemia. Aquel fue un mal año. ¡Qué trabajador no lo recuerda!

Los pobres dormían en los quicios de los portales y a la mañana se les podía ver revolviendo los cajones de basuras, buscando una hoja de repollo o alguna patata podrida. Durante tres meses exploré Nueva York a lo largo y a lo ancho, sin hallar trabajo. Una mañana, en una agencia de colocaciones, me encontré con un joven más desesperado y desgraciado que yo. Estaba sin comer desde el día anterior y todavía no se había desayunado esa mañana. Lo invité a un restaurant, invertí casi todo lo que me quedaba de mis economías en un almuerzo que comió con voracidad. Una vez satisfecho su apetito mi nuevo amigo declaró que era una tontería permanecer en Nueva York. Si él tuviera dinero -decía- se iría al campo, donde había más probabilidades de hallar trabajo, sin contar el aire puro y el sol que tendríamos gratis.

Con el dinero que me quedaba tomamos, el mismo día, un barco a vapor para Haltford, Conecticut. De Haltford salimos para una pequeña ciudad donde mi compañero había estado una vez, y cuyo nombre he olvidado. Marchamos a pie por el camino y por último nos atrevimos a llamar a la puerta de una cabaña. Un chacarero americano acudió al llamado. Le pedimos trabajo. No tenía nada para darnos, pero le conmovió nuestra miseria y nuestro evidente apetito. Comimos y luego fuimos con él por el lugar, en busca de alguna ocupación para nosotros. Nada pudimos hallar. Entonces, lleno de compasión, nos tomó en su chacra, aunque no necesitaba de nuestra ayuda. Estuvimos allí dos semanas. Nunca olvidaré aquella familia americana - los primeros americanos que nos trataron como a seres humanos, a pesar de que veníamos de la tierra de Dante y Garibaldi.

El espacio no me permite referir los pormenores de nuestro vagabundeo en busca de alguien que nos diera un pedazo de pan y agua a cambio de nuestro trabajo. De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de granja en granja. Golpeábamos a las puertas de las fábricas y éramos despedidos: No hay trabajo ... No hay trabajo ... Andábamos realmente hambrientos y sin un céntimo en los bolsillos. Nos sentíamos felices cuando hallábamos un establo abandonado para pasar la noche, esforzándonos por dormir. Una mañana tuvimos suerte. En South Glastonbury un campesino piamontés nos invitó a desayunar. ¿Necesito decir cuán agradecidos le quedamos?

Reconfortados, proseguimos nuestra desesperada búsqueda. A eso de las tres de la tarde llegábamos a Midletown, Conecticut, cansados, deshechos, hambrientos y chorreando el agua de una marcha de tres horas a pie bajo la lluvia.

Al primero que encontramos le pedimos noticias de algunos italianos del norte (mi i1ustre compañero era exclusivamente parcial hacia su propia región) y se nos indicó una casa cercana. Golpeamos y nos recibieron dos mujeres sicilianas, madre e hija. Pedimos que se nos permitiera secar las ropas al fuego y asintieron gustosas. Mientras esperábamos, preguntamos acerca de las posibilidades de obtener trabajo por la vecindad. Nos contestaron que por allí no había puntada que dar y nos aconsejaron que probáramos en Springfield, donde había tres hornos de ladrillos.

Al observar nuestras caras demacradas y el visible temblor de nuestros cuerpos, las buenas mujeres preguntaron si teníamos hambre. Confesamos que no habíamos probado bocado desde las seis de la mañana. En seguida la muchacha nos acercó un pedazo de pan y un gran cuchillo.

No tengo otra cosa -dijo- y sus ojos se llenaron de lágrimas. Comen en mi mesa cinco chicos y mi abuelita. Mi marido trabaja en los ferrocarriles y no gana más de $ 1.35 al día por hacer las peores tareas, y yo estuve mucho tiempo enferma.

Mientras yo cortaba pan, ella registró la casa en una desesperada exploración y finalmente descubrió varias manzanas que insistió en que comiéramos. Reanimados, salimos en dirección a los hornos.

¿Qué puede ser aquello donde está esa chimenea? -me preguntó mi compañero.

- Sin duda la fábrica de ladrillos. Vayamos y pidamos trabajo.

- ¡Oh, es muy tarde ya! -objetó él.

- Bueno, entonces, vayamos a la casa del dueño, -añadí.

- No, no. Vayamos a cualquier otra parte. Un trabajo como ese te mataría. No hagamos el camino -me respondió.

Era muy claro que en la larga búsqueda infructuosa por hallar ocupación, el compañero había perdido el amor al trabajo. Este es un estado mental no del todo raro. Los fracasos repetidos, los malos tratos, el hambre y las privaciones, desarrollan en las víctimas de la desocupación una cierta indiferencia hacia su propia suerte. Terrible estado de ánimo que hace de los individuos débiles, tipos perdidos para siempre.

Nuevas peripecias - En la lucha social

Casi a la fuerza llevé a mi camarada a la ciudad, donde hallamos trabajo seguro en los hornos, una de las más penosas labores que conozco. No resistió él la prueba. A las dos semanas abandonó el trabajo. Yo me quedé allí diez meses. Las tareas estaban ciertamente por encima de mis fuerzas, pero había muchas alegrías después de la jornada. Existía toda una colonia de naturales de Piamonte, Toscana y Venecia que llegó a ser casi una familia.

Por la noche, las miserias se olvidaban. Algunos tocaban algo el violín, el acordeón o cualquier otro instrumento. Otros preferían entregarse a la danza; -yo, desgraciadamente, nunca sentí inclinación hacia ese arte, y me quedaba sentado mirando. Siempre he gozado de las alegrías de los demás.

Había muchos enfermos en la pequeña colonia, y yo mismo tuve una recaída, con ataques de fiebre que se sucedían en forma intermitente. Raro el día que no cayera alguno enfermo. Desde entonces en adelante tuve algo más de suerte. Fui luego hasta Meriden, Conecticut,

donde trabajé en las canteras.

Dos años en las canteras, haciendo la más penosa labor; pero vivía con un matrimonio de ancianos, ambos toscanos, y sentía un gran placer aprendiendo su hermoso dialecto.

Durante los dos años que pasé en Springfield y en Meriden otras muchas cosas aprendí, además del toscano. Aprendí a amar y a simpatizar con aquellos que como yo estaban resueltos a aceptar un salario misero con tal que conservara el cuerpo y dejara en salvo el espíritu. Aprendí que la conciencia de clase no era frase inventada por los propagandistas, sino que representaba una fuerza vital, real, y que aquellos que comprenden su significado no son ya simples bestias de carga, sino seres humanos.

Hice amigos por todas partes, nunca tan conscientemente. Quizás ellos, que trabajaban a mi lado en las canteras y en los hornos, vieran en mis ojos la profunda pena que sentía por sus destinos, y los vastos sueños de un mundo mejor que embargaban a mi mente desde entonces.

Mis amigos me aconsejaron que volviera a mi oficio de pastelero. Los trabajadores inexpertos, insistían, eran los animales más humillados de la organización social; no tendría que comer ni sería respetado si persistía en ese trabajo. Un paisano (que estuvo en Nueva York) añadió sus súplicas a las de mis compañeros. De modo que volví a Nueva York, y encontré ocupación inmediatamente como ayudante pastelero del chef del restaurant Sovarin, en Broadway. A los seis o siete. meses fui despedido nuevamente. Entonces supe la razón de estas extrañas destituciones. Los chefs estaban por aquel tiempo en relación con los agentes de colocaciones, de modo que por cada hombre que colocaban recibían una comisión.

Mientras más eran los despedidos, más comisiones cobraban.

Los paisanos que me hospedaban me rogaron que no desesperara. Sigue con tu oficio, protestaron, - mientras tengamos casa, cama y comida que ofrecerte, no te impacientes. Y cuando necesites dinero no vaciles en decírnoslo.

Grandes corazones entre el pueblo, ¡oh, sí, fariseos! Durante cinco meses recorrí nuevamente las calles de Nueva York; imposible hallar ocupación en mi oficio, o siquiera de lavaplatos. Por último di con una agencia en Mulberny Street, que pedía hombres para trabajar con pico y pala. Me ofrecí y fui ocupado. Fui llevado junto con otro montón de harapientos a una barraca en los bosques cercanos de Springfield, Massachussetts, donde había una línea férrea en construcción. Allí trabajé hasta que pude reunir una reserva y pagar una deuda de cien dólares que había contraído durante los meses que anduve desocupado. Entonces me fui con un compañero a otra barraca, próxima a Worcester. Allí estuve algo más de un año trabajando en varias factorías. Adquirí muchas amistades, que recuerdo con profundo e inalterable cariño y la más grande emoción. Había entre ellos algunos obreros americanos.

De Worcester pasé a Plymouth (hace unos ocho años de esto) que fue mi residencia hasta el día que me arrestaron.

Aprendí a considerar con un real afecto aquel lugar, porque con el tiempo fue cada vez más el pueblo preferido por mi corazón, las gentes con quienes comía, los hombres que trabajaban a mi lado y las mujeres que últimamente me compraban la mercancía que vendía por las calles.

De paso, dejadme decir lo grato que es sentir que mis compañeros de Plymouth respondie-

ran con amor el afecto que yo tenía por ellos. No solamente porque ellos han sostenido mi defensa -el dinero después de todo, es insignificante- sino por haberme expresado directa e indirectamente su fe en mi inocencia. Aquellos que se reunieron alrededor de mis buenos compañeros del comité de defensa, no eran solamente obreros, sino también hombres de negocios que me conocieron, y no exclusivamente italianos, pues también había júdíos, polacos, griegos y americanos.

Bien; yo trabajé en la casa Stone, y luego en la Cordage Company, durante ocho meses.

Por mi activa participación en la huelga de obreros cordeleros de Plymouth, era evidente que para mi no podía haber ocupación allí ... Como una situación de hecho, por mi participación más frecuente en las listas de oradores de grupos de todas las clases, se me hizo más y más difícil hallar trabajo en ninguna parte. Tanto, que en ciertas fábricas se me consideraba como definitivamente puesto en la lista negra.

Sin embargo, de todos los patrones que tuve, ninguno podrá negar que yo era un obrero industrioso y serio, cuya Única falta grave era que trataba penosamente de acercar un poco de luz a las obscuras vidas de mis compañeros de trabajo.

Por algún tiempo desempeñé una pesada ocupación en la empresa de construcción de Sampson y Douland, en la ciudad. Puedo decir también que he participado en las más importantes obras públicas de Plymouth. Casi todos los italianos de la ciudad, y los mismos capataces de los varios trabajos en que me ocupé, pueden atestiguar mi laboriosidad y la modestia de mi vida durante ese período. Yo estaba profundamente ocupado en aquellos momentos en cosas del espíritu, en la gran esperanza que animaba y anima a mi alma, aun aquí en la sombría celda de la prisión, mientras espero la muerte por un crimen que no he cometido.

Mi salud no era buena. Los años de rudo trabajo y los más terribles períodos de desocupación me habían quitado mucho de mi vitalidad original. Había desechado toda medida saludable para prolongar mi vida.

Unos ocho meses antes de mi detención -más o menos- un amigo que se preparaba para volver a su casa me dijo: ¿Por qué no me compras el carro, los útiles, la balanza, y sales a vender pescado, en lugar de seguir bajo el yugo de los patrones?

Aproveché la oportunidad y me transformé en un vendedor de pescado apasionado por la independencia.

En aquel tiempo, 1919, el deseo de ver una vez más a los míos y la nostalgia de la tierra que guarda a mi madre, inundaron a mi corazón. Mi padre, que no me escribía una carta sin repetirme la invitación, insistió más que nunca, y mi querida hermana Luigia se unió a los deseos de mi padre.

Los negocios no iban muy mal, pero trabajaba como una bestia de carga, sin descanso, día tras día ...

En diciembre 24 (1919) vísperas de navidad, fue el último día que vendí pescado aquel año. Tuve un día de mucha animación, pues todos los italianos compraban anguilas ese día para las fiestas de vigilia. El lector ha de recordar que fue una Navidad sumamente frígida, y que el tiempo riguroso no cesó hasta después de los días festivos.

Empujar un carro no es un trabajo muy animado. Estuve un tiempo algo más fortalecido aunque el trabajo no fuera menos frío.

Encontré ocupación unos pocos días después de navidad como cortador de hielo en lo de mister Petersen. Un día que éste no tenía trabajo me tomaron en la Electric House, para trabajar en el carbón. Cuando el trabajo del hielo se terminó, obtuve un empleo con el señor Horoland, para cavar fosas, hasta que una tormenta de nieve me hizo otra vez un hombre desocupado. Pero por muy pocas horas. Me contraté en la ciudad para limpiar las calles de la nieve y, terminado esto, ayudé a librar de nieve las líneas férreas. Luego me tomaron nuevamente en la Sampson Construction, que preparaba un acueducto para la Puritan Woolen Company. Permanecí allí hasta que se terminó el trabajo.

Una vez más me encontré sin ocupación. Las huelgas ferrocarrileras habían interrumpido el abastecimiento de cemento, de modo que no podían proseguirse las obras en construcción. Retorné a mi oficio de vendedor de pescado, siempre que pude obtenerlo, porque la venta estaba limitada.

En abril nos pusimos de acuerdo con un pescador para trabajar juntos. Pero no se llegó a nada. Porque el 5 de mayo, cuando preparábamos un gran mitin de protesta por la muerte de Salsedo -obra del departamento de policía- fui arrestado. Mi buen amigo y camarada Nicolás Sacco estaba conmigo.

Otro caso más de deportación, nos dijimos.

Pero no fue así. Las terribles inculpaciones que todo el mundo conoce ahora, eran el motivo. Yo fui acusado de un crimen en Bridgewater, y condenado a los once días de iniciado el proceso, por el más escandalosamente falso de los juicios que jamás haya presenciado, y sentenciado a quince años de prisión.

El juez Webster Thayer, el mismo que presidiera el tribunal asesino, impuso la sentencia. No hubo una sola vibración de simpatía en su acento cuando pronunció la condena. Al escucharlo me sorprendió; ¿por qué me odiaba así? ¿No es posible suponer un juez imparcial?

Pero ahora creo saberlo; yo debía ser para él un extraño animal; un simple obrero; un extranjero, y, además, un extremista. ¿Y por qué ocurría que todos mis testigos, gentes sencillas que estaban ansiosas de decir la verdad eran mal miradas y blanco de burlas y risas? Ninguna confianza merecían sus palabras, porque ellos eran también vulgares extranjeros ...

El testimonio de un ser humano es aceptable, merece consideración, pero ¿el del extranjero? ... ¡Psh!

Mi vida intelectual y mis ideas

Necesito volver sobre mis pasos un momento. He referido los hechos materiales de mi historia. La verdadera y profunda historia no está en las circunstancias exteriores de la vida de un hombre, sino en el despertar interno de su alma, de su mente y su conciencia.

Fui a la escuela desde los seis años de edad hasta los quince. Amaba el estudio apasionadamente. Durante los tres años transcurridos en Cavour tuve la fortuna de estar cerca de una persona instruida. Con su ayuda estudié cuanta publicación caía a mis manos. Mi superior estaba suscrito a un periódico católico de Génova.

Creo que fue una suerte, porque yo era entonces un ferviente católico.

En Turín no tuve amigos, salvo los compañeros de trabajo, jóvenes empleados y peones.

Mis compañeros se decían socialistas y se mofaban de mis ideas religiosas, llamándome

hipócrita y beato.

Un día llegué a tener una pelea a puñetazos con uno de ellos.

Entonces estaba más o menos al corriente de todas las escuelas del socialismo, y creo que ellos no sabían muy bien el valor de esa palabra. Se llamaban socialistas por simpatía a De Amicis (en aquel tiempo en la cumbre de su gloria de escritor), y por razones y espíritu de lugar y de tiempo.

Tan real fue el efecto del ambiente que yo también comencé a amar el socialismo sin conocerlo, creyéndome yo mismo un socialista.

Considerando bien todas las cosas, el grado de evolución de aquellos hombres fue un beneficio para mi que aproveché grandemente.

Los principios del humanismo y de la igualdad de derecho empezaron a abrir brecha en mis sentimientos. Leí Corazón, de De Amicis, y luego sus Viajes y Amigos.

En la casa había un libro de San Agustin. De él, esta sentencia permanece indeleble en mi memoria: La sangre de los mártires es la simiente de la libertad. Encontré también Los novios, que leí dos veces. Finalmente puse las manos en una polvorienta Divina Comedia. ¡Ay de mí! mis dientes no estaban hechos para tal hueso; sin embargo, comencé a roerlo desesperadamente, y creo que con algún provecho.

En los últimos días de mi permanencia en Italia aprendí mucho del doctor Francis, del químico Scrimaglio y del veterinario Bo. Ya comenzaba a comprender que la plaga que más cruelmente castiga a la humanidad es la ignorancia y la degeneración de los sentimientos humanos. Mi religión pronto no necesitó templos, altares, ni oraciones formales. Dios fue para mi un perfecto ser espiritual, desprovisto de todo atributo humano. Aunque mi padre me decía siempre que la religión era necesaria para la moderación de las pasiones y para consolar al ser atribulado, yo encontré en mi propio corazón el sí y el no de los cosas. En esta actitud mental crucé el océano.

Llegado a América padecí todos los sufrimientos, desengaños y privaciones que son inevitables para quien desembarque a los veinte años, ignore la vida y sea algo soñador. Aquí ví todas las brutalidades de la vida, todas las injusticias y las depravaciones en que se debate trágicamente la humanidad.

Pero, a pesar de todo, logré fortalecerme física e intelectualmente. Aquí estudié las obras de Pedro Kropotkin, Gorki, Merlino, Malato, Reclus. Leí El Capital de Marx y las obras de Leone y Labriola. El testamento político de Carlos Pisacane, los Deberes del Hombre de Mazzini y muchos otros escritos de interés social.

Aquí leí periódicos de todas las tendencias socialistas, religiosas y patrióticas. Aquí estudié la Biblia, la Vida de Jesús, de Renan y Jesús Cristo no existió nunca de Miselbo. Aquí leí la historia griega y romana, la historia de Estados Unidos, de la Revolución Francesa y de la revolución italiana. Leí a Darwin, Spencer, Laplace y Flammarion. Volví a la Divina Comedia y a la Jerusalén libertada. Releí a Leopardi y lloré con él. Leí los libros de Hugo, de Tolstoi, Zola y Cantú, las poesías de Giusti, de Guerrini, de Rapisardi y Carducci.

No me creas, querido lector un prodigio de ciencia; sería un error. Mi instrucción fundamental era muy incompleta y mi capacidad mental muy reducida para asimilar tan vastos materiales.

Debo recordar que yo estudiaba a la par que trabajaba todo el día y que no poseo ninguna

aptitud mental innata. ¡Ah, cuántas noches me quedaba sobre algún libro hasta el amanecer, a la luz vacilante del gas! Apenas ponía mi cabeza en la almohada cuando sonaba el silbato y debía marchar a la fábrica o a la cantera.

Pero recogí de mis estudios una continuada e inexorable observación sobre el mundo. El libro de la Vida: ¡ese es el libro de los libros!

Todos los demás no hacen más que enseñar a leer aquél. Y muchas veces, estos otros, enseñan precisamente lo contrario.

La meditación de estos grandes libros orientó mis actos y mis ideas. Negué el principio de; Cada uno para sí y dios para todos. Defendí al débil, al pobre, al oprimido y al perseguido. Admiré el heroísmo, la voluntad y el sacrificio cuando tenían por objeto el triunfo de la justicia. Comprendí que bajo el nombre de Dios, de la Ley, de la Patria o de la Libertad, de las más puras abstracciones y de los más elevados ideales, se han cometido y se cometen los crímenes más horrendos; hasta que llegue el día en que no se permita a una minoría sacrificar a la humanidad en nombre de una abstracción. Comprendí que el hombre no puede despreciar impunemente las leyes no escritas que gobiernan la vida, y que no puede romper los lazos que lo unen al universo. Comprendí que las montañas, mares y ríos llamados fronteras naturales estuvieron formados antes que el hombre y no con el objeto de dividir a los pueblos.

Abarqué el concepto de fraternidad y amor universal. Sostuve que cualquier cosa que beneficie o perjudique al hombre, beneficia o perjudica el conjunto de la especie humana. Sentí mi libertad y mi felicidad en la libertad y la felicidad de todos. Admití que la equidad en los actos, en los derechos y deberes es la única moral en que puede fundamentarse una sociedad humana. Comí mi pan con el sudor de mi frente. Ni una gota de sangre mancha mis manos y mi conciencia.

Comprendí que la finalidad suprema de la vida es la felicidad. Que la base eterna e inmutable del bienestar humano está en la salud, en la paz de la conciencia, en la satisfacción de las necesidades y en la sinceridad de la fe, Comprendí que cada individuo tiene dos yo, el real y el ideal; que el segundo es la fuente de todo progreso y que quien desee hacer el primero idéntico al segundo está en un error. En una misma persona la diferencia entre esos egos es siempre la misma, porque guardan la misma distancia, ya sea hacia un sentido progresivo o regresivo.

Comprendí que el hombre no es nunca suficientemente modesto, y que la verdadera sabiduría está en la tolerancia.

Quiero un techo para cada familia, pan para todas las bocas, instrucción para cada mente, luz para todas las inteligencias.

Estoy convencido que la historia no ha comenzado todavía; que nos hallamos aún en el último período de la prehistoria. Veo con los ojos de mi alma como se ilumina el cielo con las luces del nuevo milenio.

Sostengo que la libertad de conciencia es tan inalienable como la vida. Siento con todas mis fuerzas que el espíritu humano se orienta hacia el bien de todos.

Sé por experiencia que los derechos del privilegio vivirán y se sostendrán por la fuerza hasta que la humanidad se haya perfeccionado a sí misma.

En la historia real de la humanidad futura -una vez abolidas las clases y el antagonismo de

los intereses- el progreso y el cambio serán determinados por la inteligencia y mutua comprensión.

Si nosotros y las venideras generaciones no llegamos a acercarnos a ese ideal, no habremos obtenido nada de efectivo y la humanidad continuará siendo miserable y desgraciada aun.

Yo soy y seré hasta el último momento (a menos que descubra mi error) comunista anárquico, porque siento que el comunismo es la forma del contrato social más humana, porque sé que solamente en la libertad podría surgir el hombre a su noble y armoniosa integridad.

¿Y ahora?

A los treinta y tres años de edad -los que tenía Cristo, que según algunos sabios alienistas es la edad de los delincuentes generalmente- estoy encerrado en la prisión y prometido a la muerte. No obstante, pueda yo recomenzar las jornadas de la vida y pisaré el mismo camino, tratando siempre de abreviar la suma de mis faltas y errores y de multiplicar mis buenas obras.

Envío a mis camaradas, a mis amigos, a todos los hombres buenos un fraterno abrazo y mi cordial y caluroso saludo.

Charlestown - 1921.

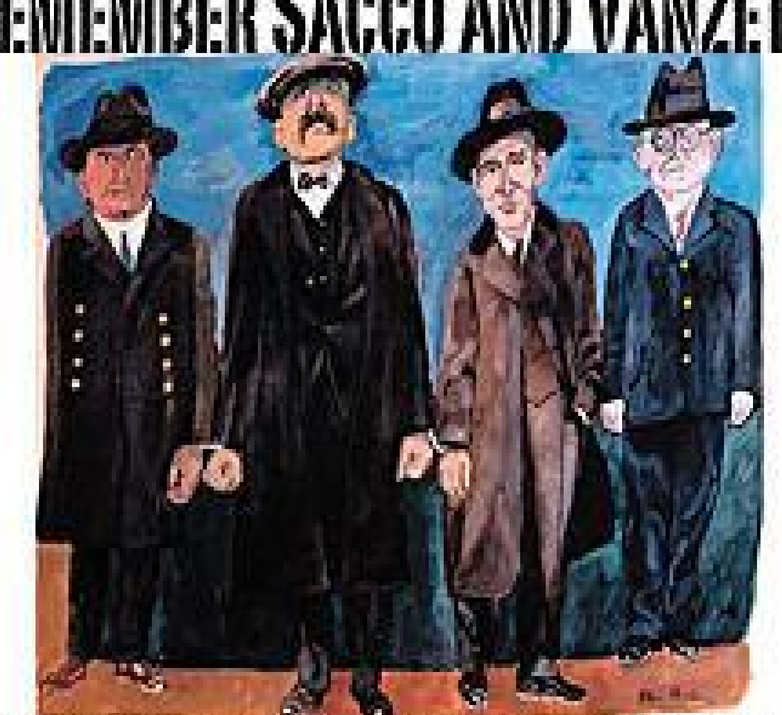
Bartolomé Vanzetti

Notas

[1] Este trabajo fue editado en inglés por el Comité de Defensa de Boston. Publicado en español en septiembre de 1927, en el suplemento quincenal de La Protesta, publicación anarquista de Buenos Aires, Argentina.

81 YEARS AGO, THE STATE OF MASSACHUSSETS EXECUTED ITALIAN IMMIGRANTS SACCO AND VANZETTI FOR BEING IMMIGRANT WORKERS AND ANARCHISTS. NOW IN 2008, STATE REPRESSION CONTINUES, AND SO DOES OUR STRUGGLE FOR JUSTICE.
ON AUGUST 23RD, THE 81ST ANNIVERSARY OF THEIR MURDER,

REMEMBER SACCO AND VANZETTI



3RD ANNUAL SACCO AND VANZETTI

MEMORIAL MARCH

AUGUST 23RD, 2008

RALLY IN COPLEY AT 1PM, MARCH AT 3 TO THE NORTH END. MUSIC, SPEAKERS, FREE FOOD.
FOR MORE INFORMATION:
WWW.SACCOANDVANZETTI.ORG

UNA VIDA

Nicolás Sacco

Nací en Torre Maggiore, en la provincia de Foggia, el 23 de abril de 1891. Viví hasta los 17 años rodeado de la afección de mis padres; ninguna nube vino a turbar la serenidad de las buenas relaciones entre los míos.



A la edad de la adolescencia, trabajaba con mis hermanos y con mi madre en la propiedad paterna.

Pero la precariedad en la cual se debate la existencia de todo pequeño propietario en Italia, la curiosidad natural en todo adolescente, el deseo de afrontar lo desconocido, de experimentar sensaciones nuevas, de crear para sí, por su actividad, por su clarividencia, un mundo en el cual cada uno pueda reivindicar su derecho natural a la existencia, me impulsaron a emigrar.

La América estaba indicada como la Tierra Prometida.

Llegué, luego, a América, casi ignorante de las cuestiones políticas y de las múltiples y multicolores tendencias; tenía únicamente una cierta simpatía por Mazzini, y, por reflejo, por el ideal que él había enseñado y agitado. Si, en ese momento, hubiera debido ir a un partido para aportar mi modesto esfuerzo, no hubiera vacilado en declararme republicano.

Vine a América en 1908. Fue un año terrible de desocupación, de miseria, de hambre. Experimenté ya mis primeras desilusiones.

En Italia había tenido ocasión de aprender algo de mecánica. Llegado a América, esto no me servía de nada. Los italianos,en esta época, estaban todos descartados de las fábricas. Un prejuicio que la avidez gigantesca engendrada por la guerra ha extirpado en parte, hacía que el trabajo de usina estuviera considerado como un privilegio no perteneciente sino a los yanquis puros.

Hube de contentarme con hacer de mozo de agua (water-boy) con el empresario italiano Janitello, de Middford, Massachussets.

De ahí volví a Middford y encontré la ocupación de edge trimming en la fábrica de calzados de Kelley. Estuve en ella siete años. Fueron después de aquellos pasados en el seno de mi familia, los años más tranquilos y más dichosos de mi existencia. Es ahí que conocí a aquella que vino a ser mi mujer, mi querida Rosina ...

Y perdonadme el paréntesis. Vosotros que sois hombres que lucháis como yo, por una humanidad más apta para crear y conservar los más altos sentimientos de afección y de amor,

comprenderéis el estado de alma en que me encuentro al pensar en la buena compañera que ha sabido sostenerme en mi arduo calvario.

La conocí cuando murió mi madre. Nuestro amor fue un alba poderosa sobre el declinar de una vida; se acreció en las vicisitudes de la lucha a la cual yo me había entregado y no perece ni aun si la infame mascarilla reservada a los criminales debe abatir mi juventud robusta.

En Middford tuvimos un hijo: Dante.

Yo me lancé en cuerpo y alma a la pelea[1]; me hice el organizador de mitines y conferencias; pertenecí durante poco tiempo a la Federación Socialista Italiana. Poco después, deseando más aire, no queriendo perderme en las luchas estériles que debían alcanzar su apogeo con la exaltación de una unidad obrera, fui dirigido por un ardor y voluntad de acción hacia las agrupaciones libertarias, hasta el día nefasto en que las manos impúdicas de los esbirros me capturaron y me designaron a las represalias del enemigo, y llegué a la jaula en que se me mantiene injustamente -aun según la justicia más ortodoxa- fuera de la humanidad.

El 5 de mayo, cuando con mi camarada y amigo Vanzetti venía de organizar un mitin de protesta contra la encarcelación arbitraria de que fueron víctimas Roberto Elia y Andrés Salsedo[2] (este último asesinado por los agentes de la policía federal) justamente ese día, fui arrestado y conducido a prisión.

¿De qué era inculpado? De un infame, de un atroz crimen que mi cerebro no podía concebir.

Mi crimen, el único crimen, del que estoy orgulloso, es el de haber soñado una vida mejor, hecha de fraternidad, de ayuda mutua; de ser, en una palabra, anarquista, y por ese crimen tengo el orgullo de terminar entre las manos del verdugo. Pero que tengan luego el coraje de decirlo, de gritar al mundo -los gobernantes y los asalariados de los Estados Unidos- que habiendo adquirido su independencia en nombre de la libertad, ellos pisotean esa libertad en todos los actos de su existencia.

Yo moriré dichoso de añadir mi nombre oscuro a la lista gloriosa de los mártires que han creído en la revolución social y en la redención humana.

Nicolás Sacco

Notas

[1]Se refiere a la resistencia contra la Primera guerra mundial.

[2]Editores del órgano anarquista **Il Domani**, detenidos y torturados en el *Departamento de Justicia de New York*, en el décimo cuarto piso. El 4 de mayo de 1920, Salcedo fue *encontrado muerto* en la acera del edificio.

UN LINCHAMIENTO PERIODÍSTICO

Bartolomé Vanzetti

Fuimos arrestados en la noche del 5 de mayo de 1920. En la mañana que siguió a esa noche, todos los diarios de Boston y de Cape Cod anunciaron nuestra detención, en la primera plana, con el título siguiente a toda página y en tipos enormes: Se arrestó anoche a los bandidos de Braintree. Ni más ni menos. Y había que leer qué cuento espeluznante tejieron bajo ese título para satisfacer la morbosidad del público. Este había sido informado inmediatamente que los presuntos bandidos de Braintree son rojos italianos conocidísimos y directores de huelgas. Todo esto fue realizado por los diarios de la mañana, en la primera edición del 6 de mayo.



Después de una noche horrible, sin descanso, soportando tormentos, amenazas, burlas e insultos fuimos, maniatados y escoltados por varios policías, a su oficina de fotografías en Main Street, Brockton, en la mañana del 6 de mayo. Estábamos enfermos, disgustados, ofendidos y lastimados; nuestra ropa estaba sucia y arrugada, nuestro cabello desgreñado. Sólo los que han soportado el proceso que nosotros estábamos entonces sufriendo pueden darse cuenta en qué estado físico y moral nos encontrábamos. Ya en el estudio fotográfico, mientras la policía nos escarnecía, éramos fotografiados varias veces y en diversas posiciones. Con el sombrero puesto y sin él, de perfil y de frente, parados o sentados en sillas sin respaldo. Entonces la policía eligió las dos peores fotografías para entregarlas a la prensa. El fotógrafo, un empleado de policía, fijó intencionalmente los negativos con su magistral retoque, añadiendo así su granito de arena en ayuda de la justicia. En el mismo día se reprodujeron las dos fotografías en toda la prensa; dos caras que habrían rehabilitado una galería de bribones, con nuestros nombres bajo de ellas. Todo hombre bien nacido se habría estremecido al mirar esas dos fotografías, y todo individuo que no nos haya conocido en persona, debe haber pensado: ¡qué tipo de asesinos tienen estos hombres! Este expediente de horribles fotografías es una artimaña empleada a menudo contra los extranjeros que la policía tiene entre ceja y ceja.

Las últimas ediciones nocturnas de los diarios fueron aún más virulentas y frenéticas contra nosotros. Los tipos rojos del encabezamiento se hacían cada vez más venenosos; la historia, más sensacional y aun más incierta.

La prensa capitalista, temerosa de Dios y acatadora de la ley, estaba excitando sádicamente, provocando locamente contra nosotros, y eso se creía a ciencia cierta por una población conmovida hasta el pánico por una serie de robos y de asesinatos, histérica ya contra los rojos y los extranjeros, con el instinto de la propia defensa, las morbosidades psicopáticas, los impul-

sos s primitivos, degeneración, miedo, odio, prejuicio, patriotismo, celos; y se estaba haciendo todo eso con un martilleo tan violento y persistente que hubiera echado abajo una montaña. Y todo ello en el segundo día de nuestra detención.

Fue en la noche del segundo o del tercer día de nuestro arresto cuando leí en la primera plana de un diario, un título a toda página y en tipos rojos: El pueblo trató de linchar a Sacco y Vanzetti.

Brevemente contado lo que ocurrió fue que por la mañana un poco antes de que los presuntos bandidos fueran llevados al tribunal, muchos ciudadanos rabiosos se habían reunido cerca de la comisaría y la asaltaron intentando linchar a los detenidos, pero fueron rechazados por la policía. Estas nuevas me asombraron.

En esa mañana, antes de ser llevados al tribunal, no habíamos oído nada de extraordinario, nada que pudiera haber inducido a uno a pensar o a sospechar en un linchamiento, ningún grito de una multitud rabiosa, ningún ruido de una lucha colectiva. En el tribunal vimos muchas caras abiertamente amigas y llenas de simpatía, pero no vimos ni notamos nada hóstil en los que se hallaban presentes. Al ir y al volver de los tribunales no vimos ni oimos nada anormal, y hasta ese mismo momento ni una palabra se nos había dicho acerca del frustrado linchamiento. Dos veces, a partir de ese momento, pregunté a dos de mis amigos si eso era verdad. El primero permaneció triste ante mi pregunta y respondió negativamente. El segundo también lo negó. No sé si este último me dijo la verdad o si la negó a propósito para ahorrarme la pena de saber que el pueblo había tratado de lincharnos. Sé que el segundo la hubiera negado aun si hubiera sido un hecho para no herir mi vanidad. De modo que todavía no sé, después de seis años, si ese intento de linchamiento fue verdadero o falso. Si fue cierto, diré que esa gente había sido azuzada para lincharnos por la campaña de la prensa contra nosotros. El hecho de que éramos casi desconocidos para el pueblo de Brockton, que ninguno de aquellos que nos conocían se hubiera unido con la multitud frenética, así como lo probó su pronta y constante solidaridad; que nadie nos había identificado en ese momento como los bandidos; que cuando Sacco y Orciani fueron llevados después a South Braintree y obligados a reconstruir el robo en el lugar y ante la vista de toda la población, ninguno de ellos fue amenazado ni insultado, todo prueba irrefutablemente que si el anunciado intento de linchamiento fue un hecho, había sido pura y llanamente determinado por la prensa.

Por otra parte, si el pueblo no intentó lincharnos, entonces las falsas noticias de ello, propaladas y contadas por todas partes por la prensa capitalista demuestra que el fin de la prensa era determinar nuestro linchamiento y, habiendo fracasado en obtenerlo por medio de su lenguaje violento contra nosotros, por sus espeluznantes historias, recurrió a una cuestión directa, a una invitación al linchamiento, por medio de noticias falsas, como si dijera al pueblo: Todavía no habéis linchado a los bandidos -hacedlo ahora.

No creo que todos los que colaboraron en el linchamiento periodístico fueran manifiestamente sinceros y conscientes de lo que estaban haciendo. La policía había forjado una teoría, basando nuestra culpabilidad en el hecho de nuestra presencia en Johnson House, y de esa casa, de una especulación mental a la otra, nos llevaron al crimen de Braintree. Ahora bien, desde que era cierto que estuvimos en Johnson House, y desde que, cuando uno acepta la base de una teoría también acepta todos sus accesorios y superestructuras, es probable que

alguno de nuestros posibles linchadores obraran de buena fe en el comienzo. Pero es cierto también que algunos de ellos fueron hombres de mala fe y lo han seguido siendo contra nosotros.

Por un número indefinido de causas y motivos, la policía y todo el elemento social que vive a salto de mata y tienen su pasar al margen del código criminal, husmeó instintivamente una condena en nuestro caso. Por lo que ha llegado hasta nosotros, sabemos que se ha dado en concepto de premios $70.000 a los ... que fraguaron nuestro proceso. Por supuesto, cada bribón de nacimiento, cada venal, cada rufián, cada ambicioso se dio cuenta en seguida que no tenía nada que perder y todo que ganar en abusar de nosotros y dañarnos, de modo que ocurrió, que la peor policía fue ayudada por la peor escoria; que cada uno ayudó a los mercenarios de la prensa capitalista; la peor policía y escoria social se ayudaron recíprocamente para obtener nuestra condena. No conocía limites.

Era como si cada pícaro y cada bribón tuviera su propia historia para echámosla encima. La prensa recogía todo, perfeccionando, corrigiendo, magnificando cada cuento, haciéndolo coherente y puliéndolo tanto como le fuera posible, divulgándolo a los cuatro vientos, alimentando en esta forma al público así como se alimenta a ciertos animales con pasto elegido.

(...)

Y así, durante una semana, la prensa capitalista estuvo machacando. Los títulos a toda plana se hacían cada vez más envenenados, las historias relacionadas con nosotros, cada vez más sensacionales, procesables y pasibles de pena; su lenguaje más despreciativo y virulento, más sádico y feroz. Cada detalle de esas historias con las que la prensa alimentaba al público, nos relacionaba a nosotros de un modo u otro con el crimen.

Ninguno de los ordinarios lectores y creyentes de la prensa capitalista hubiera podido resistir tal campaña y no creer cierta nuestra culpabilidad. Este linchamiento periodístico fracasó al querer determinar nuestro linchamiento físico por medio de una multitud frenética, pero, en cambio, tuvo éxito en determinar un linchamiento legal como ha sido nuestro caso, porque es esto lo que nos ha condenado en el corazón y la mente de los entonces futuros jurados.

Sé que nuestros enemigos podrían responder: Ustedes no fueron juzgados por la prensa capitalista, ustedes fueron juzgados por un proceso basado en la ley; ustedes han tenido amplia publicidad en su ayuda. Y también sé que los ladrones y rufianes, los estafadores y bribones que gobiernan el mundo y el destino humano abrirán la boca como papanatas y aprobarán tácitamente la presunción de los fraguadores de nuestro proceso y futuros verdugos. Pero los que tienen experiencia, los que por desgracia han sido juzgados y han comprendido, saben perfectamente que los prejuicios, la pre-impresiones y las pre-simpatías de los jurados son factores primordiales en su decisión subsecuente, porque ellos, los jurados, oyen, ven, perciben y comprenden a través de ellos mismos, y obraron en consecuencia cuando fueron citados y empezó el proceso.

Recordad que la lapidación moral periodística tuvo lugar en una época anormal y patológica de pánico colectivo y en estrecha relación con el ambiente anti-rojo y anti-extranjero, cuando todos creían que los adherentes a tendencias avanzadas eran capaces hasta de cometer crímenes; más aun, esas ideas eran consideradas en sí mismas como crímenes. Recordad que la fiscalía había rehusado insistentemente citar como jurados a todos aquellos en quienes, la

la parte acusadora lo sabía, no se podía tener confianza para que se sentaran junto con los hombres seleccionados por la policía de la región y que eran enemigos mortales nuestros, caracterizados e inteligentes ciudadanos. Ciudadanos inteligentes y caracterizados. Americanos cien por cien, que creían y apoyaban a la prensa patriótica y defensora del linchamiento.

Hoy en día, después de seis años de proceso, estamos convencidos de que solamente el hecho de que haber estado trabajando para una firma capitalista en el momento del crimen, nos podía haber salvado, como salvó a Orciani de las consecuencias mortales de la fotografía criminal de la prensa, haciendo campaña para que se nos condenara, comportándose cada vez en forma más ignominiosa. Hoy en día, solamente la voluntad de los trabajadores, de los revolucionarios puede detener la mano de los verdugos, quienes anhelan nuestra pronta ejecución, deleitándose en exasperarnos, apasionándose por nuestra muerte.

En la realidad histórica, realidad que es el orden del tiempo y de la naturaleza de las cosas - esta conspiración periodística de quietud, que va a ser el tema de este capítulo, fue la inevitable consecuencia del linchamiento periodístico descrito en el anterior: una necesidad de lo que en su conjunto ha sido un asesinato periodístico, perpetrado en nuestras personas por la hostilidad de la prensa reaccionaria de Boston y de Cape Cod, en particular.

Un hombre inteligente e ilustrado, pero joven y, por consiguiente, inexperto, con el que yo argumentaba sobre este asunto, meneó la cabeza y dijo:

Todo esto no ha sido premeditado ni hecho por resentimiento personal u hostilidad, sino por nada más que el interés profesional y el deber, independientemente de planes anteriores o ulteriores consecuentes.

Si esta fuera toda la verdad, el periodismo no sería más que puro sensacionalismo, hecho exclusivamente por el afan de lucro; la campaña mortal contra nosotros llevada a cabo con la única intención de hacer dinero; los periodistas serían hombres privados de todo sentido de responsabilidad, de humana solidaridad, de justicia, de conciencia, prosperando meramente sobre la aberración humana, las desgracias, la miseria y la desdicha- una imposibilidad.

Admitimos que el periodismo amarillo es en nuestros días de galopante e histórica transición, una enorme fuente de ingresos y de perversión, por consiguiente de conservadurismo y reacción, porque todo lo que degrada a los seres humanos o impide su perfección o la verdad es, por consiguiente, antirrevolucionario y regresivo. Pero nosotros negamos que la declaración de nuestro amigo sea toda la verdad sobre el periodismo; no es más que una fracción de él, porque aun el periodismo sensacional es algo muy diferente del sensacionalismo. Y, de otro modo: ¿Cómo explicar que muchos de los diarios que se dicen francos, decentes, honestos, serios, sanos, respetuosos de si mismos, fueran más rabiosamente sádicos y deshonestos contra nosotros -y eso editorialmente- que los amarillos? Esto puede ser explicado solamente por un conocimiento exacto de los fines y funciones principales de la prensa plutocrática y reaccionaria.

El tema de nuestro escrito es el comportamiento de la prensa en nuestro caso y ahora hemos alcanzado un punto en que el periodismo se hace un tema transitorio, pero que se impone; por otra parte, los dos asuntos son tan afines, están tan relacionados y entrelazados que el lector no podría comprender la significación real de nuestras palabras sin tener una idea exacta de lo que nosotros creemos que es el periodismo.

Esto nos obliga a explicar la concepción que nos hemos formado de la prensa, para aclarar de este modo la significación de nuestras propias palabras y evitar alguna eventual falta de comprensión.

El tema es vasto como el mundo, complejo e intrincado como las probabilidades de la misma existencia humana; merecedor de que lo trate un genio. Pero nosotros solo somos bajos tipos de trabajadores italianos y nos limitaremos a lo que es más estrictamente necesario para nuestro tópico.

Sentemos la idea de que el nombre general, colectivo de prensa significa todos los periódicos, semanarios, magazines, revistas y boletines del mundo y que cada uno de ellos defiende el interés o los intereses de los individuos, o de los grupos, locales, regionales, nacionales, internacionales o mundiales; sustentando alguna profesión, comercio, secta, partido, religión o filosofía -sea lo que fuere.

Si esto es verdad, y nos parece irrefutable, aquí estámos: Todos los intereses en conflicto, desde los locales a los mundiales, todo lo que está en conflicto, localismo, regionalismo, patriotismo, nacionalismo, imperialismo, internacionalismo y mundialismo, todos los grupos, sectas, partidos, religiones y filosofías que se entrechocan, todas las rivalidades y antagonismos y diferencias del mundo son voceadas en seguida y en seguida aprobadas o desaprobadas, combatidas o defendidas, ensalzadas o condenadas por la prensa, considerada como un todo.

A todo esto, añadid el irrebatible hecho de que cada localismo, regionalismo, nacionalismo, etc., etc., cada secta en pugna del mundo, tienen sus propias alas de la izquierda o de la derecha, su centro, sus propias diferencias internas, antagonismos y rivalidades, de mOdo que no sólo hay un conflicto general entre las unidades que forman la prensa, sino también el propio antagonismo, confusión, el propio conflicto en cada unidad y debemos concluir que la prensa, considerada en conjunto, es la Babel del siglo XX, el campo de lucha del intelecto, el Eco de esta edad de confusión.

Colaboradores ocasionales y excepcionales solo hacen más grande la confusión, por medio de insinuaciones y sugestiones cuyo significado sólo ellos conocen.

Esto es suficiente para nuestro propósito, como la prensa tomada en un conjunto. Ahora consideramos un diario particular relacionado con el propósito, fin y política hacia los que endereza su comportamiento y norma de conducta.

La publicación de varios diarios es una empresa comercial ya sea de un individuo, de un grupo, de un partido, una religión o un gran poder financiero, comercial o industrial. Todas estas diferentes posibilidades no implican diferencias apreciables en cuanto al carácter y conducta de un diario. Cada diario tiene un director, un cuerpo editorial, un cuerpo de corresponsales y reporteros. Ahora bien, todos estos deben emitir juicios y opiniones de acuerdo con lo que exige el director; el material de las crónicas es seleccionado, pulido y expuesto de acuerdo con los propósitos, política y prédica del diario; los corresponsales deben ser de tal naturaleza, manejar tales tópicos y encararlos desde el punto de vista que necesitan los directores. El director, en su plano, obedece al partido, la secta, la religión o el interés para el cual se le empleó. No presentamos pruebas en beneficio de la brevedad, pero desafiamos a cualquiera a que nos pruebe lo contrario. Es menester considerar que cada periodista tiene intereses y pasiones, que tiene una personalidad y que, como ser humano, Dante habría dicho que puede

ser influible, versátil de mil modos y maneras.

Siendo cierto todo lo que más arriba se dice, resulta:

1) Que cada publicación tiene su propia política, clara y definida, sus propios fines, intereses y propaganda.

2) Que los partidos, religiones o intereses poderosos tienen una gran prensa propia, que obedece a sus órdenes.

3) Que, por la fuerza de las circunstancias y de las cosas, y por la voluntad humana ninguna publicación puede ser neutral respecto de cosas, acontecimientos, ideas o personas con las que se trata o discute. Es menester que sea contraria o favorable a ellos.

4) Que un gran número de incoherencias, de excepciones a la regla, de inconsecuencias y contradicciones son posibles en la prensa.

Esta es nuestra opinión general del periodismo, en la que basamos nuestro pensamiento, inducción y deducción. Cerramos el paréntesis y volvemos a nuestra narración.

¿Hay uno solo que, conociendo los hechos, pueda en buena fe negar que fuimos arrestados en 1920, cuando la persecución roja estaba en su apogeo, cuando la terrible ola criminal se acrecentaba cada vez más, cuando el procurador general Palmer sacaba del erario público cien millones de dólares para una campaña periodística antirroja bajo el falso pretexto de salvar al país de la revolución, pero en realidad para el fin secreto de obtener la candidatura y ser elegido presidente de los Estados Unidos?

¿No es verdad, acaso, que una comisión de periodistas, sacerdotes, penalistas, sociólogos, etc., etc., se reunieron recientemente para estudiar las causas del crimen y los medios para prevenirlo y llegó a la única, verdaderamente risible conclusión de horca y cárcel, a un sistema de penalidad aterrador como la única panacea para la creciente criminalidad esto es suprimir sin conmiseración los efectos para eliminar las causas?

¿No es verdad, acaso, que uno de los principales papeles de la prensa plutocrática y reaccionaria es combatir la idea socialista y libertaria? ¿No es cierto, acaso, que la plutocracia teme más al radical que al criminal y que está más interesada en suprimir al primero que al segundo? ¿Que el pueblo, la prensa, las autoridades y la plutocracia estaban locos por sentar un ejemplo? - ¿Quemar a alguien para escarnecer a los otros y detener la crimina1idad?

Dijimos que en cada caso de radicales llevados a los estrados de la justicia, desde los mártires de Chicago al de Ettore Giovaneti (para no sa1ir de casa) la prensa reaccionaria ha estado siempre mortalmente contra ellos, excepto el cambio de su actitud cuando era forzada a ella.

Si todo esto no es pura falsedad, entonces la prensa capitalista no tenía otros motivos y propósitos en lincharnos cuando se produjo nuestro arresto, en mantenerse quieta cuando nada malo era posible decir en contra de nosotros -nada, salvo lo que imponía el deber profesional.

Por supuesto que nadie conoce mejor que los escribas mercenarios cómo ayudar a perjudicar a una persona detenida y que va a ser procesada. Hay cientos de medios para beneficiar o dañar a un acusado. Uno de ellos consiste, considerado en conjunto, en presentar el caso al público -del que serán elegidos los futuros jurados- en un sentido favorable o contrario al detenido.

Ahora bien, sin recurrir a más razonamientos, decimos que en la época de nuestro arresto la prensa presentó el caso y a nosotros mismos al público en el peor aspecto posible. Añadid a

prensa presentó el caso y a nosotros mismos al público en el peor aspecto posible. Añadid a esto el otro hecho de que los elementos sociales, de los que iban a ser elegidos los jurados, leen solamente la prensa plutocrática y creen ciegamente en ella, que no nos conocían personalmente ni comprendían nuestras ideas, que consideraban nuestros principios como una doctrina de terror y a nosotros como la personificación de la criminalidad, y convendréis que el linchamiento periodístico nos ha condenado. En efecto, Mr. Ripley, presidente de nuestro jurado, no sabía absolutamente nada de nosotros ni del crimen; nunca nos ha visto. No había visto nada del crimen ni de algo que se refiriera a él, lo que no obstó para que antes de venir al tribunal, citado como jurado, dijera, discutiendo con otro americano: Al diablo con ellos, de cualquier modo, deben ser colgados. ¿De dónde, si no de la prensa, pudo extraer ese deseo y punto de vista tan cívico, cristiano e imparcial?

Pero ¿qué sucedía mientras la prensa desarrollaba esa innoble campaña contra nosotros? La policía local, del Estado y federal, trabajaba día y noche para preparar el caso. Fuimos exhibidos a cientos de personas que vinieron a la comisaría de Brockton. No fuimos exhibidos ante grupos de personas sino ante una por una y eso bajo todos los aspectos, excepto el desnudo. Orciani y Sacco fueron llevados en un camión, enteramente cargado con policías, a Braintree y su vecindad, y obligados allí a efectuar una reconstrucción en el mismo lugar en el que se había cometido el crimen y eso bajo los ojos de la población reunida ahí con anticipación y extremadamente trabajada por la policía. Todos los que habían visto o creyeron ver algo relacionado con el crimen, vinieron a ver, (¡Y de qué modo!). Esta reconstrucción duró una semana más o menos.

¿Y con qué resultado?

Con el resultado de que el Estado fracasó en su deseo de obtener un solo testigo que identificara a Sacco como participante en el asalto de Bridgewater, o un solo testigo que identificara a Vanzetti como participante del crimen de Braintree.

Durante el transcurso de toda la reconstrucción una sola persona identificó a Vanzetti como participante del asalto de Bridgewater; fue Mrs. Georgina Brooks, la testigo casi ciega, y dos o tres testigos identificaron a Sacco como participante del crimen de Braintree. Pero medita en esto, caro lector, no estaban seguros, en modo alguno de que Sacco fuera el hombre; tampoco lo estuvieron el próximo septiembre, en la audiencia preliminar de Sacco; sólo negaron a la completa seguridad de ello 13 meses después, en el proceso de Dedham. También, uno o dos de ellos habían identificado positivamente a otro hombre antes de venir a vernos e identificar a Sacco. Pero de los testigos del Estado hablaremos más tarde.

Aquí sólo deseamos decir esto:

¿Qué valor tiene la incierta identificación de una mujer casi ciega, cuando cientos de personas de vista normal dicen: no, no es este hombre?

¿Qué valor tiene la incierta identificación de un hombre por dos, tres o cuatro personas, cuando cientos de personas, muchas de las cuales tuvieron una mejor oportunidad que aquellas para ver el asunto, dicen: no, este no es el hombre?

Pues bien, el linchamiento periodístico ha fracasado en su deseo de finiquitar el caso por el linchamiento de la multitud. La demostración ha terminado; el Estado no tiene nada contra nosotros -excepto la determinación de condenarnos. La libertad de acción, la pública tranquili-

dad, la indiferencia y el tiempo son necesarios para crear y engendrar la evidencia y los perjuros. ¡Hay algo peor que todo eso! Sacco y Vanzetti no están tan absolutamente abandonados como le había parecido a sus perseguidores. Mr. Vahey y su agente Govoni, nuestros defensores (¡?!?!), informan al enemigo que nuestros amigos corren en nuestra ayuda, formando comités de defensa.

Es más difícil de lo que pareció al principio. De modo que fue necesario detener la batahola indecente del periodismo para dar a nuestros amigos la impresión de que el caso se instruía normalmente, para ocultar la hostilidad de nuestros perseguidores, para así, sin ser molestados, seguir fraguando el innoble proceso.

De otro modo, ¿qué hubiera sido capaz de decir la prensa? ¿que sus historias anteriores no fueron más que falsedades? ¿o que el Estado no tenía nada contra nosotros? Esto no nos hubiera llevado a la silla eléctrica ni perdido el desarrol1o del vil proceso.

De ahí que la conspiración del silencio que siguió a su anterior tole tole, fue imperiosamente requerida por el interés de la parte acusadora.

La audiencia preliminar y el proceso grotesco de Plymouth, excepto su veredicto y su sentencia, así como también la audiencia preliminar de Sacco, pasaron casi en silencio. ¡Y sin embargo, cuántas cosas verdaderas y favorables hubieran podido y debido publicar la prensa sobre estas fases de la tragedia! Y precisamente por esta razón, para derrotarnos, la prensa reaccionaria mantuvo silencio, cuando el silencio era una necesidad de lo que en su conjunto había sido un crimen periodístico, perpetrado en nuestras personas por la prensa reaccionaria americana en general, y la prensa de Boston y de Cape Cod en particular.

Bartolomé Vanzetti



ANTECEDENTES DEL PROCESO DE PLYMOUTH [1]

Bartolomé Vanzetti

Los antecedentes

Creo que el proceso de Dedham no puede ser enteramente comprendido y explicado sin una completa comprensión del proceso de Plymouth, porque, a más de estar estrictamente relacionados el uno con el otro, los dos procesos son dos aspectos de una misma cosa: quiero decir, los miembros de una misma ecuación. Más aún: creo que todo el caso no puede ser comprendido y explicado sin un suficiente conocimiento de los elementos humanos por los cuales, a más de la influencia de la época y del medio, fuimos arrestados. Muy poco se ha escrito sobre el proceso de Plymouth, y todavía menos acerca de estas cosas, porque la necesidad de la defensa del proceso de Dedham ha absorbido todo el tiempo y la energía de los amigos y camaradas que nos defienden. En consecuencia, he decidido compilar una lista de declaraciones de hechos relacionados con el caso y explicar sus causas históricas, factores y circunstancias concomitantes y también daros un bosquejo del proceso de Plymouth.




La plutocracia gobierna efectivamente el mundo con la ayuda de una importante minoría de gente común y la aquiescencia de las grandes masas. Esta verdad general histórica es la que está más estrictamente relacionada con nuestro casó. Esto no necesita explicación. Fuimos tratados por defensores de la plutocracia y juzgados por ellos.

Somos anarquistas, italianos y débiles. Como anarquistas somos mal interpretados, temidos y odiados por los individuos que componen las multitudes americanas, haraposas y frenéticas por obtener dinero. Como italianos pertenecemos a una de las naciones más escarnecidas y despreciadas, por adversarios de la guerra; como débiles merecemos la horca a juicio de la vulgar mayoría del pueblo americano que nos sometió a juicio y nos juzgó.

En nuestra calidad de libertarios y de trabajadores hemos luchado, antes de nuestro arresto, contra la plutocracia americana, colocándonos de parte de los trabajadores. Sacco había sido muy activo en la huelga de los trabajadores de Milford, Founderey y en el caso Ettore Giovanetti. En una palabra: Sacco ha sido muy activo en toda huelga, lucha y agitación que tuvieron lugar durante el tiempo en que fue militante libertario. Yo participé en la huelga de los trabajadores de la Plymouth Cordage Co. en 1915. Esta compañía es uno de los poderes monetarios más grandes de esta nación. La ciudad de Plymouth es su posesión feudal. De todos los hombres de la localidad que se destacaron en la huelga yo fui el único que no saqué provecho ni traicioné a los trabajadores. Hacia el fin de la huelga, el Boston Post, diario entregado en cuerpo y alma a la Cordage Company, decía que: Alrededor de cien italianos anarquistas son los

que mantienen la huelga contra la voluntad de los otros huelguistas. Esta era una semi-verdad exagerada. Pero de todos los hombres de la localidad que tomaron parte en la huelga yo fui el único que, en lugar de ser recompensado, fui inscrito en la lista negra de la compañía y sometido a una larga y vana y desacostumbrada vigilancia policial. Y yo me di cuenta que la Cordage Company nunca olvidaría ni me perdonaría lo poco que había hecho en ayuda de sus trabajadores explotados. En este punto, debo relacionar lo que sigue con el proceso de Plymouth.

La mayor parte de la colonia italiana de Plymouth depende de la Cordage Company, que tiene un servicio tan bien organizado que conoce los asuntos públicos y privados de la ciudad en general y los de sus empleados en particular. Ahora bien, muchos de sus empleados estaban seguros de mi inocencia. Así también se afirmaba en alta voz en toda la comunidad: Mr. Broyn, gerente de la compañía, estaba, sin duda alguna, informado de mi inocencia, aún antes del proceso. Una simple palabra de un poder semejante y se me hubiera dejado en libertad en seguida; pero sucedió todo lo contrario, pues, debido al juez, al acusador, y aún a mi propio abogado, el proceso de Plymouth asumió, desde el principio, el carácter de lo que ha sido un linchamiento legal. Mi eliminación por medios legales era el desquite del gran poder monetario.

Fuimos arrestados y procesados cuando la reacción de la post-guerra estaba en su apogeo. Los primitivos lemas de la reacción: Los radicales no serán reprimidos sino suprimidos, ¡Tratadlos con rigor! se practicaron en las calles y en las plazas tan bien como en las comisarías y en los tribunales de esta nación. Para probar mi aserción os recomiendo que leáis: The delirium of deportation of 1920 (El delirio de la deportación de 1920) por Luis Post, secretario auxiliar del Trabajo durante la administración de Palmer y War Time Mobs and Court Violence (La violencia de los tribunales y las multitudes en tiempo de guerra) editado por la Unión Americana de las Libertades Civiles. Estos documentos bastarán para convenceros, tanto a vosotros como a algún posible Santo Tomás mexicano, de que mis palabras no son exageraciones.

La creciente criminalidad de la post-guerra fue un factor casi decisivo en contra de nosotros. Durante unos meses anteriores a nuestro arresto, Massachusetts había sido invadida por una terrible ola criminal; se habían cometido robos en los bancos y en las carreteras y también asesinatos. Ninguno de los culpables fue hallado. El pueblo estaba espantado e indignado, la prensa exigía de la policía una acción pronta y drástica, y la plutocracia presionaba a las autoridades para que desarraigara de algún modo la desenfrenada criminalidad.

En la legislatura de Massachusetts se presentó un proyecto de ley por el que se ofrecía una crecida suma de dinero por la aprehensión, arresto y convicción de los asaltantes y asesinos de Braintree. Más tarde se nos dijo que no se podía hallar ninguna prueba de que se hubiera instituido semejante premio, pero nosotros mantenemos nuestro aserto de que había muchos premios de diferente naturaleza. También la Slater and Morril Shoe Company of Braintree y la Bridgewater Co., instituyeron premios con el mismo objeto.

La institución de estos premios contribuyó en gran parte a que se nos declarara culpables. Todo nuestro caso, así como uno de sus detalles, indica que, después de la postura de esos premios, todos se interesaron en nuestra convicción: el populacho, la policía, la parte acusadora, el Estado y la plutocracia, todos ellos. La institución de un premio para el arresto de una persona que es conocida, sin que haya duda alguna al respecto, como autor del crimen o crí-

crímenes, puede ser un acto muy triste, pero no implica a un inocente por el simple hecho de que los culpables son conocidos. Pero la institución de una crecida cantidad de dinero como premio por la aprehensión, arresto y convicción de autores desconocidos puede llevar a la condena de personas inocentes. Y la convicción de gente inocente se hace más posible, más aún, tanto más probable cuanto más interesados en obtenerla estén los grupos dirigentes, puesto que la época histórica anormal y el medio social corrompido lo permiten. Esa condición de las cosas y de las personas crea transacciones ilícitas y grandes injusticias; y también conduce a que algunos paguen servicios solicitados, que otros sirvan por una paga y que otros, en fin, se vean engañados en su acción y en su juicio. La codicia o la necesidad de ese dinero instituido puede inducir a un individuo del populacho o a un desdichado cualquiera a cooperar en la convicción para obtener el premio. Por abuso de autoridad y poder la policía, la parte acusadora y la plutocracia pueden, por intimidación, coerción o corrupción, por amenaza, castigo o por el ofrecimiento de favores, protección o empleos, compeler o inducir a algunos criminales habituales procesados o procesables y a otros desdichados codiciosos o necesitados, a hacer perjuicio contra un acusado, a culparlo. Esto ha pasado en nuestro caso. Irresponsables morales y defectuosos mentales, rameras y pervertidos, y gentes venales de toda clase y condición cometieron perjurio contra nosotros y fueron creídos por dos jurados populares. Esto está ahora irrefutablemente probado.

El hecho que yo fuera un trabajador, viviendo en una comunidad de italianos y que el día, hora y momento del crimen estuviera entre ellos, entregándoles un pedido previamente hecho, de anguilas y peces, este hecho, repito, pesó mucho en contra mía en el proceso de Plymouth. Porque esto llevó a los testigos Italianos a los estrados de la justicia a testificar en mi favor; los jurados americanos, abogados de odio y de prejuicios raciales, religiosos, políticos y económicos contra los italianos y los radicales, trabajados por un astuto fiscal y manejados por el juez y ayudados por el abogado de la defensa, no pudieron creer y no creyeron a los testigos más verídicos.

Webster Thayer, el juez que presidió nuestros dos procesos, es un fanático, poseído por la idea de llegar a ser juez de la Corte Suprema del Estado. Como fanático y reaccionario es un enemigo natural de los libertarios. Como aspirante a un sitial de la Suprema Corte, previó en nuestro caso y en nuestra condena una buena oportunidad para alcanzar su fin. De modo que Webster Thayer solicitó la instrucción de nuestro caso. Esto explica su conducta injusta y feroz en contra de nosotros. Por su sola solicitud no llegaría a ser candidato a la Suprema Corte. Se nos ha dicho que el juez Thayer estaba, y todavía está convencido de nuestra culpabilidad. Por supuesto que no podía expresarse de otro modo, pero puede ser cierto. También se nos dijo: ¿Cómo sabe usted que el juez Thayer quiere llegar a ser juez de la Suprema Corte del Estado? ¿y qué quiere verlo a usted convicto y confeso? Bien, cada juez quiere hacer méritos para el puesto de la Suprema: esto es lo mismo que preguntarle a una mujer asaltada: ¿Cómo sabe usted que este hombre quería violentarla? Tal vez pensó en pegarle, creyendo que usted lo merecía.

Frederick Katzmann, Procurador del Distrito en nuestros dos procesos, tenía las mismas razones y propósitos que Webster Thayer para declararnos convictos y confesos. Su ambición consistía en llegar a ser procurador general. Lo que ha hecho contra nosotros habla por sí

mismo y retrata a Katzmann mejor que todas las frases.

En la época de nuestro arresto, la reacción había deportado o dispersado ya, de un modo u otro, a la mayor parte de los camaradas experimentados y conocedores, especialmente en este Estado, de manera que la enorme tarea de nuestra defensa tuvo que ser confiada a camaradas y amigos que eran, más o menos, inexpertos en los procedimientos y manejos legales, de la policía, de los tribunales y del pueblo americano. Nosotros mismos éramos aún más ignorantes de tales cosas. De modo que inevitablemente tuvieron lugar numerosos y graves errores que neutralizaron enormemente la agitación y protesta mundial que se hacía en nuestra ayuda por la mejor parte de la humanidad. Además, por nuestra ignorancia de los hombres y de las cosas, en calidad de defensores nombramos a traidores y desleales abogados que voluntaria o involuntariamente arruinaron nuestra causa. De este modo se gastó una buena parte del dinero recolectado por nuestra defensa por la solidaridad del pueblo que habita este país y la tarea del abogado, que estaba y está trabajando honestamente en nuestra ayuda, se hizo extremadamente dificultosa.

La retención de Mr. John Vahey como abogado para la defensa en el proceso de Plymouth fue el más grande de nuestros errores. Nos traicionó. Se me ha dicho que acusar a un abogado de traición a su cliente es el peor cargo que se le puede hacer, pues todo se puede pasar por alto como ser su comportamiento negligente en el trabajo encomendado o su incapacidad, pero menos la traición. Quiero solo contestar que ser traicionado y enviado a la ruina es mucho peor que acusar a un abogado de traición. Cómo nos traicionó lo diré después. Aquí sólo deseo presentar algunos de los motivos que lo indujeron a ello.

Por contrato entre mis amigos y Mr. Vahey se convino en pagarle en concepto de honorarios una cierta suma especificada, sin tener en cuenta el resultado del proceso. Por este simple hecho ya no tenía ningún interés en ganar, lo significaría la continuación, la apelación para un nuevo proceso, etc. -más trabajo y más dinero para él. Su hermano, que vive en Boston, tiene una gran reputación y desde el comienzo nuestro abogado defensor nos prometió: Si pierdo el proceso llamaremos a mi hermano para que él se encargue del caso. Webster Thayer, Katzmann y él, Vahey, son muy buenos amigos, todos de la misma calaña y son al mismo tiempo sirvientes de la Plymouth Cordage Company. Después del proceso de Dedham, Vahey y Katzmann se establecieron juntos en un estudio de abogados.

Cuando fuimos arrestados e interrogados, dijimos una serie de mentiras. Este hecho fue aviesamente esgrimido contra nosotros, tanto por el Procurador del Distrito como por el juez, como prueba de que éramos conscientes de nuestra culpa. La tesis del abogado de la defensa quiso explicar nuestro temor aduciendo nuestra condición de adherentes a ideas avanzadas, diciendo que temíamos el castigo por la actividad radical que desarrollábamos y que conocíamos las brutalidades, las sentencias monstruosas y los asesinatos cometidos con muchos radicales por ser tales. Para invalidar esta tesis el juez Thayer dijo: Han mentido porque eran conscientes de su culpabilidad; aseguran que estaban asustados por ser radicales, pero como radicales solo caían bajo la sanción de la deportación y no podían en modo alguno temer ésta ya que pensaban irse a Italia. (Citado de memoria). Thayer se esforzó por invertir, falsificar y tergiversar las cosas con el propósito de enviarnos a la silla eléctrica, y obtener así el sitial que anhelaba.

Ya es hora de responderle. Es verdad que Sacco estaba preparado para irse a Italia y yo pensaba ir el próximo invierno, después de la estación de la pesca. Queríamos ir a Italia, pero no ser deportados. Aborrecemos la deportación como una violación del derecho individual y como un insulto a la dignidad humana. También la temíamos porque nos hubiera privado de la posibilidad de regresar a este país, para cuyo progreso hemos dado el vigor de nuestra juventud, la sangre de nuestras venas y al que estamos vinculados por el amor y la amistad. Es una vergonzosa mentira la de que nosotros, como desheredados, como anarquistas, como revolucionarios, temíamos solamente la deportación cuando fuimos arrestados. Precisamente el día de nuestro arresto leíamos en un diario que el día anterior nuestro camarada Salcedo fue lanzado por una ventana del 14° piso del edificio de Park Row en New York, estrellándose en la calzada; había sido llevado ilegalmente e incomunicado por los agentes federales, juntamente con su camarada Roberto Elía. Sabíamos del camarada Marruco, de Penn, que fue deportado a Italia, pero que nunca alcanzó las playas italianas. Sabíamos que los verdaderos traidores de esta acción y los verdaderos espías alemanes habían sido libertados de todas las prisiones americanas; pero también sabíamos que había, y aún hay, en las cárceles de los Estados Unidos, centenares de socialistas, sindicalistas y anarquistas, acusados de haberse opuesto a la matanza más grande de la historia, la guerra, y por ello condenados a cumplir condenas monstruosas. Eugenio Debs, uno de los pocos hombres del mundo, uno de los mejores hijos de América, estaba en la prisión federal de Atlanta. Sabíamos de los mártires de Chicago, del proceso fraguado de Mooney y Billings, del caso Centralia, del caso Ettore Giovanetti y del destino de John Hillstrom. Teníamos motivos para estar asustados, motivos personales e históricos. También sabíamos que durante los recientes arrestos en Massachusetts para la deportación, muchas víctimas habían sido arrastradas a la locura y al suicidio por los malos tratamientos a que fueron sometidos por el Departamento de Justicia. Sabíamos que políticos y oficiales de las altas esferas habían dicho, uno de ellos que: Los radicales deben ser primero fusilados y luego juzgados; y otro que: me gustaría colgar a todos los radicales en la piazza de mi casa, y la lista podría ser continuada, pero esto prueba que teníamos razón para estar atemorizados cuando fuimos detenidos, aún sin tener en cuenta nuestra conciencia de ser radicales, lo que significa que éramos más odiados por los capitalistas, jueces y fiscales que los criminales. Fuimos arrestados y brutalmente maltratados y amenazados. Dar un nombre, una dirección o una información hubiera significado una lluvia de allanamientos, el hallazgo de literatura libertaria y de correspondencia privada, familias aterrorizadas, detenciones, procesos, deportaciones y así de continuo.

¿Debíamos convertirnos en espías? No somos de los hombres que traicionamos a los amigos y camaradas a cambio de la propia liberación, nunca. Obligados a hablar y por otra parte, determinados a no herir a nadie, nos vimos compelidos a mentir. No nos avergonzamos de ello. Esto prueba solamente nuestra determinación de no ser cobardes. Nuestras mentiras estaban dirigidas a lo que dijimos más arriba y si se considera el proceso se verá que su inconsecuencia se hace cada vez más aparente. Y si el Juez y el Procurador del Distrito hicieron tal batiburrillo en tomo a ellas se debió a su conciencia de no tener nada mejor contra nosotros que el manejo de la duda, que llenar la mente del jurado con dudas, que usar la duda contra nosotros y conseguir así nuestra condena.

Cuando nos arrestaron fuimos revisados. Se nos encontró un revólver a cada uno, algunas balas de repuesto a Sacco, y a mí tres o cuatro. Al rechazar la instrucción de un nuevo proceso, el juez Thayer dijo que el jurado nos consideró convictos, no por el testimonio visual de los testigos, sino por evidencia circunstancial. Sin esos dos revólveres y unas cuantas balas no hubiera habido ni siquiera sombra de material de evidencia contra nosotros. Y estos objetos no constituyen una evidencia en modo alguno, salvo como prueba de lo que la parte acusadora quería hacer, apoyándose en ellos. Lo mismo se podía haber dicho de lo que Thayer llama evidencias circunstanciales.

El triunfo de la reacción por toda Europa y el advenimiento del fascismo en Italia, constituyeron una circunstancia adversa para nuestro caso. La opinión pública italiana ha sido siempre favorable para nosotros y también la de toda la prensa italiana. Signor Rolando Ricci, ex embajador italiano en Washington, a su llegada a América prometió interesarse en nuestro caso, porque los creo inocentes y porque son italianos. El marqués Fernante di Ruffano, cónsul italiano en Boston, asistía casi diariamente al proceso de Dedham. En su informe del proceso al gobierno italiano, el marqués Ferrante escribía: Ni una sombra de evidencia se ha establecido contra los acusados, están convictos de odio racial y político. A mi juicio, si hubiera habido otro partido y otros hombres en el gobierno de Italia en ese tiempo, ya estaríamos libres. Al decir esto no hago más que una declaración de hecho o, más bien, de opinión, lo que no significa que pidamos algo a ningún gobierno, pues la esperamos del pueblo.

Muchos se habrán extrañado, o deben extrañarse, de que, a pesar de nuestra inocencia, de la agitación mundial en nuestra ayuda, de los 300 mil dólares gastados en nuestra defensa, hayamos sido convictos dos veces y estemos todavía en la prisión. Pero espero que, después de haber leído y meditado sobre las declaraciones más arriba anotadas, toda persona normal se dará cuenta que no hay razón para asombrarse del caso. Por otra parte, no está todavía definitivamente terminado. No esperamos sino injusticias y abusos de nuestros perseguidores, pero lucharemos hasta el último momento.

Algunos hechos precedentes

Fuimos arrestados el día 5 de mayo de 1920, ya bien entrada la noche, en Montello, Brockton, mientras regresábamos de West Bridgewater en coche de alquiler. El 6 de mayo, Ricardo Orciani fue detenido y traído donde estábamos nosotros, a la comisaría de Brockton. El mismo día encargamos nuestra defensa a un abogado de Brockton, Mr. Callahan. Logró que se dejara en libertad a Orciani después de unos cuantos días, pues probó que a la hora del crimen estaba trabajando en Readville Car Shops. Precisamente en el día que Orciani era libertado, recibí, por la noche, la visita de varios de mis amigos de Plymouth que vinieron acompañados de Mr. Vahey en su propio automóvil. Un tal Doviglio Govoni iba con ellos. Me dijeron en pocas palabras que consideraban a Mr. John Vahey como un abogado más capaz para el caso, que Mr. Callahan. Haremos toda clase de esfuerzos por ti, pero necesitamos un abogado de nuestra confianza. Aparte de esto, Mr. John Vahey tiene un hermano que es un gran abogado y que posiblemente nos preste una gran ayuda en caso de que el primer proceso termine mal. Firma, pues, este papel.

Mr. Vahey presentó entonces una declaración ya preparada de descargo de Mr. Callahan y

de retención de la defensa por parte de Mr. Vahey. Yo lo firmé. Era la primera vez que veía a Mr. Vahey. Ahora diré unas cuantas palabras acerca de Doviglio Govoni. Es conocido como uno de los peores individuos de la colonia italiana de Plymouth, tan pervertido que había perdido su trabajo de intérprete de los tribunales italianos y haragán crónico, capaz de todo menos de trabajar y de hacer el bien. Seguramente que mis amigos en circunstancias ordinarias no hubieran confiado absolutamente en él. Pero lo inesperado de mi arresto y la grave acusación los había, por decirlo así, aturdido, no sabían qué hacer; uno de mis conocidos tenía mucha confianza en Mr. Vahey, y Govoni tiene una lengua de víbora. Solicitaron, pues, para nosotros los servicios de Vahey como abogado de defensa y los de Doviglio como su agente. Nos llevaron a la silla eléctrica y lo hicieron con toda intención y conciencia. Mr. Callahan, nuestro abogado, intervino otra vez en nuestra defensa en el proceso de Dedham, manifestándose siempre sincero y honesto con nosotros.

La audiencia preliminar

Ambos, Mr. Vahey y Govoni, fueron activos y voluntariosos en el comienzo de mi defensa. Mister Doviglio Bovoni indujo a mis amigos a comprarle un automóvil que sería utilizado para preparar mi defensa. Entonces, en la segunda semana de mayo, tuvo lugar, en el tribunal de Brockton, la audiencia preliminar en contra mía. Mister Vahey no presentó ningún testigo de la defensa, pero se comportó enérgicamente contra los testigos del Estado a quienes confundió y aniquiló. El 18 de mayo se verificó, en el tribunal de East Norfolk, la audiencia preliminar del proceso de Sacco. Entre tanto, nuestros amigos y camaradas habían puesto orden y organización en una defensa común muy bien coordinada. Decidieron que mi abogado y Mr. Graham, un abogado de Boston, cuyos servicios se solicitaron por nuestros camaradas de Boston como abogado defensor de Sacco, trabajarían juntos en nuestra defensa. En la audiencia preliminar del proceso de Sacco vale la pena mencionar el hecho de que el Estado no tenía ni un solo testigo que pudiera identificar positivamente a Sacco como uno de los participantes en el asalto de Braintree. La conducta de Govoni y Mr. Vahey cambió. Después de la audiencia preliminar, mi abogado y el agente cambiaron súbita y completamente su comportamiento hacia nosotros. Suspendieron toda actividad en la preparación de nuestra defensa. Govoni utilizaba su automóvil, comprado por mis amigos, para todo, excepto para ir a Bridgewater y procurar testigos visuales en mi defensa. Más aún, fue obligado por alguien a ir a Bridgewater, pero dilató el viaje tanto como le fue posible y cuando se halló ya en el lugar se arregló de modo que no hizo nada. Se condujo aún peor: intentó convencer a los que me habían visto o se trataron conmigo en Plymouth a la hora del crimen, que su testimonio era de poca monta, mientras fingía dar gran importancia al testimonio de aquellos que me habían visto en Plymouth en el día del crimen a altas horas de la noche, para así disminuir el número de los que me habían visto a la hora del crimen. El pueblo de Plymouth advirtió claramente que aparte de no hacer nada por mi defensa, estaba haciendo todo lo posible para debilitarla y dando a Katzmann una oportunidad de decir que cuando los testigos afirmaban haber visto a Vanzetti en Plymouth, éste había tenido tiempo de volver de Bridgewater.

Pero por supuesto que Govoni fracasó en su propósito y numerosos testigos manifestaron habernos visto en Plymouth a la hora en que se cometía el asalto de Bridgewater. Debemos a

esta traición el hecho de que mi defensa haya consistido casi exclusivamente en mi terrible ausencia. Sin duda alguna, un abogado honesto habría presentado muchos testigos visuales en nuestra defensa. El asunto de los testigos del Estado debe haber sido un negocio muy sucio puesto que, a despecho de todo, el pueblo indignado de Bridgewater destituyó en la siguiente elección a Mr. Stewart, entonces jefe de policía de Bridgewater, el principal forjador y organizador de los testigos del Estado en contra nuestra. En cuanto a Mr. Vahey, me hizo muy pocas preguntas en lo relativo a mi defensa y, a partir de la terminación de la audiencia preliminar hasta el final del proceso, no me planteó ninguna cuestión acerca de mi caso. Por el contrario, comenzó por prometerme la silla eléctrica. Os pondrán en ella junto con Sacco, y ... en este punto acostumbraba dejar de hablar, empezaba a silbar, trazando movimientos espirales con su mano derecha, recto el dedo índice. Esto fue el único trabajo hercúleo realizado por Mr. Vahey en mi defensa, mientras fumaba gruesos cigarros comprados para él por el pobre pueblo italiano. Pero las palabras de Mr. Vahey prueban que sabía antes del proceso de Plymouth que yo sería procesado por el asalto y asesinato de Braintree. Esto debe ser constantemente recordado porque, unido a otras cosas de las que hablaremos, probará la traición de Vahey. Suponer que Vahey y su agente Govoni hubieran sido inducidos a tal conducta por estar convencidos de mi culpabilidad, sería tan falso como injusto. No había habido nada en el caso para justificar, ni aun excusar, tal duda. Siempre he protestado por mi inocencia; la colonia italiana y muchos americanos de Plymouth han ido en masa a probarlo. La audiencia preliminar había probado la imposibilidad y la inconsistencia del cargo en contra mía. La verdad es que ambos, la parte acusadora y el abogado de la defensa se dieron cuenta que sin la traición de este último el proceso fraguado sería un fracaso y mi convicción una imposibilidad: de ahí la traición.

El proceso de Plymouth

Comenzó la última quincena de junio de 1920 y terminó con mi convicción la primera semana de julio del mismo año. Se me condenó por intento de robo y asesinato. El Estado afirmaba que yo era uno de los participantes del asalto y asesinato que tuvo lugar el 24 de diciembre de 1919, en Bridgewater, Mass., a las 7.45 horas más o menos. Así lo aseguró Mr. Thompson: El único problema del proceso consistía en saber si yo era, en efecto, uno de los hombres comprometidos en el asunto. Debió haber sido así, pero no lo fue, como pronto lo veremos. Ahora se impone una ojeada retrospectiva de hechos para seguir mi narración.

Comer anguilas y peces en la víspera de navidad es, en el pueblo italiano, una antigua tradición; por otra parte, somos muy apasionados por esa comida. El 24 de diciembre de 1919, mientras yo vendía anguilas en Plymouth a 0.25 centavos la libra, los codiciosos vendedores ambulantes de peces de Boston, abusando de la inclinación del pueblo por las anguilas, las vendían a $ 1.25 Y 1.50 la libra. Yo, siendo vendedor ambulante de productos de pesca y conociendo esta tradición, pensé en proveer de anguilas a mis clientes para la víspera de navidad. De modo que en el transcurso de las semanas precedentes fui de casa en casa para solicitar pedidos, que fueron muchos. Esto nunca había sucedido antes en la historia de la colonia de Plymouth. Su novedad y la solemnidad del día en que ocurrió, hizo memorable el acontecimiento para mis clientes. Pero para entregar esos pedidos tuve que trabajar durante

todo el día del 24 de diciembre y efectuar ese trabajo en Plymouth, distante treinta millas de la escena del crimen. Cuando la colonia italiana se enteró de que yo había sido procesado por el crimen de Bridgewater, proclamó mi inocencia y ofreció su testimonio.

Los testigos de la defensa

Treinta testigos italianos se presentaron ante el tribunal para probar mi coartada. Podían haber sido más, pero su presencia allí solo hubiera sido acumulativa. Una docena de ellos, más o menos, testificaron que entre 6.30 y 7 horas del día 24 de diciembre yo había estado en sus casas, entregándoles pedidos de anguilas y peces. Luis Bastoni, un panadero italiano, testificó que a las 7.45 horas del 24 diciembre había estado en su panadería para pedirle que me prestara su carro y su caballo, porque así estaría seguro de entregar mis pedidos, y que, a causa del excepcional día de trabajo, él necesitaba el caballo para sí mismo y, por lo tanto, se veía en el trance de negármelo. Preguntado por el fiscal cómo sabía que eran las 7.45 horas del 24 de diciembre cuando yo estuve en su panadería, respondió: Recuerdo, y nunca lo olvidaré, que oí a la sirena de la Cordage Company anunciando las ocho menos cuarto. Habiéndose irritado el panadero por el comportamiento de mis perseguidores profirió algunos juramentos informales y fuera de lugar, siendo advertido por el angelical Thayer: Esa profanación no se permite en el tribunal. Esto era cinismo. Mary Fortini, mi casera, testificó acerca de mi trabajo efectuado hasta bien entrada la noche del 23 de diciembre a fin de preparar los pedidos para el próximo día; que antes de las 6 horas bajé de mi pieza a la cocina; en una palabra, habló de mis comidas, de mi trabajo, movimientos y palabras en todo ese día.

Bertrando Brini, entonces un muchacho de trece años de edad, testificó que en la noche del 23 de diciembre de 1919 fui a su casa y le pregunté si quería ayudarme en el próximo día a entregar con un carro mis pedidos de peces, que antes de las 7, en la mañana del 24 de diciembre me encontró en Main Street, mientras iba con su padre a traer el pan para el panadero, también lo que yo le dije, lo que él me respondió, lo que el padre le ordenó hacer, que fue a la casa, almorzó, se puso las zapatillas de goma y vino a mi casa antes de las ocho. Me encontró en el patio, preparando el carrito, cargando los pedidos. Le expliqué por qué no me había sido dable conseguir el caballo y el carro. Dejamos la casa casi inmediatamente y empezamos a entregar los pedidos. Describió con detalles nuestra gira de todo el día; desde antes de las ocho hasta las 14.40 horas estuvo constantemente conmigo por las calles de Plymouth entregando anguilas y peces: que estuvo conmigo desde el momento, o unos minutos más tarde en que se efectuó el asalto. Katzmann lo estuvo interrogando durante más de dos horas. Utilizando en vano su astucia, Katzmann fracasó en su propósito de confundir al muchacho o de pescarle una sola contradicción o discrepancia. Al día siguiente el muchacho fue llamado otra vez y retenido por más de una hora por Katzmann, que no consiguió debilitar ni confundir al muchacho, sino que, por el contrario, fue él el que se mostró tal cual era. Pero es un gran jurísta cuando puede hacer todo lo que quiere. Volviéndose hacia el jurado, después del testimonio del muchacho, dijo: Los padres de un muchacho tan inteligente tienen derecho de estar orgullosos de él, pero lo que os dijo desde el estrado es una lección aprendida de memoria.

El muchacho es ahora estudiante de la Universidad de Boston y un excelente músico. Está deseoso de decir al mundo que soy inocente y que Katzmann es un mentiroso.

El testimonio de este y de los otros testigos de la defensa, fue lógico y consistente. Me extrañaría que en toda la historia judicial de este Estado haya habido un acusado con un alibi más convincente, consecuente, coherente y más verídico que el mío. Pero en la época y el lugar en que fue juzgado, ante doce jurados americanos llenos de odio y de prejuicios religiosos, políticos, raciales y económicos, dominados por el juez y ayudado por mi abogado, Frederick Katzmann desarrolló un juego extremadamente turbio contra los testigos italianos que defendían a un anarquista italiano. Doviglio Govoni, el agente del abogado de la defensa, para ayudar al fiscal, había informado, directamente o por medio del abogado de la defensa, a Katzmann de la amistad, ideas, negocios y relaciones de los testigos italianos; y Katzmann se sirvió de tales informaciones para convencer al jurado de que mi alibi era falso, que mis amigos realizaban un esfuerzo heroico para salvarme. Por eso se comportó en ese sentido. A John di Carlo, un testigo de la defensa, Katzmann le preguntó: ¿No ha discutido usted nunca con Vanzetti acerca de las teorías del gobierno?. Y en seguida: Vanzetti acostumbraba a ir a su negocio a menudo, ¿no es verdad?. Y también: ¿No han discutido ustedes nunca acerca de los ricos y los pobres?

A Michael Sassi, otro testigo de la defensa, Katzmann le preguntó: ¿Es usted muy amigo de Vanzetti, no es verdad?

- Sí, muy amigo mío.
- Y también de Brini, ¿no?
- Brini es de la ciudad donde yo nací. Nos criamos juntos.
- ¿Hablaba usted con Vanzetti cuando visitaba a Brini?
- Vanzetti estaba allí con nosotros.
- ¿Ha oído usted hablar alguna vez a Vanzetti de sus ideas políticas? ¿Le ha oído alguno de sus discursos en el teatro, o en algún lugar donde se dirigiera a sus amigos de la Cordage Company? ¿Ha cenado usted muchas veces con Vanzetti?
- Con Brini como huésped he cenado muchas veces: Vanzetti estaba de pensionista en el mismo lugar que él y a veces se hallaba presente.
- ¿Acostumbraba usted jugar a las cartas con el acusado?
- Vanzetti no juega.
- ¿No fumaban?
- No fumo.
- ¿Cuántas veces bebieron juntos?
- Vanzetti no bebe.

Un método bastante raro para averiguar si yo estaba en Bridgewater o vendiendo pescado en Plymouth el 24 de diciembre de 1919. El fiscal presentó a Mr. Stewart, entonces jefe de policía de Bridgewater, el autor principal del proceso fraguado, para que leyera al jurado un informe del interrogatorio a que me sometió en la noche de mi detención. Leyó, entre otras cosas, que soy partidario de cambiar el gobierno, aún por medio de la violencia si fuera necesario. Katzmann mismo en su alocución final al jurado previno a éste que estuviera alerta porque los compatriotas se defienden entre ellos. ¿Hay algo más cobarde que esta injusta insinuación para excitar el odio racial de los jurados? ¿No equivale esto a decirles: Americanos, debéis estar prevenidos contra los italianos? Esto es lo que hicieron; y qué bien lo hicieron. Si

los testigos de la defensa hubieran sido americanos en lugar de italianos, ningún jurado americano hubiera encontrado mi culpabilidad. Si en lugar de haber trabajado en Plymouth entre italianos el 24 de diciembre hubiese estado en Boston asociado con la gente del hampa y desarrollando una actividad criminal, la gente del hampa hubiera ocupado el estrado y convencido al jurado de mi inocencia. El mundo criminal sabe cómo testificar en los tribunales, eso es parte de sus negocios, y es menos odiado y despreciado por la mayor parte del pueblo, jueces y fiscales de lo que lo son los italianos y los radicales. Sé lo que estoy diciendo.

Los testigos del Estado

Todos los testigos del Estado, en los dos procesos que, directa o indirectamente nos han complicado en los dos crímenes, son perjuros y como a tales se les conoce a todos ellos, menos Mr. y Mrs. Johnson que son, sin embargo, de la misma laya, como lo probaré.

Aquí, por supuesto, hablaré de los testigos del Estado en el proceso de Plymouth. Fueron pocos, contradictorios consigo mismos y contradictorios entre ellos. En la audiencia preliminar, tres o cuatro de ellos me identificaron positivamente como uno de los bandidos. Otro estaba casi seguro de que yo era el bandido, pero no lo afirmaba. Lo malo del caso fue que describieron al bandido -que debería haber sido yo- como un hombre muy diferente a mí: más bien bajo, y yo no lo soy; más bien joven, alrededor de 23 ó 24 años de edad, y yo tenía 32, dando la impresión de ser más viejo aún porque siempre he sufrido. Más bien liviano, cuando era lo contrario, pesado y daba la impresión de ser más pesado de lo que era, debido a mi conformación recia. Los bigotes de Carlitos Chaplin, cortos, con las puntas cortadas, y mis bigotes son grandes y caidos. Pelo a la Pompadour; semejante corte es una imposibilidad física en lo que a mi se refiere a causa de mi cabello corto. En el volante del automóvil, y no obstante, Katzmann admitió en el proceso de Dedham que yo no sé conducir un automóvil. Como ya lo he dicho, mi abogado les hizo hacer un papelón en la audiencia. Debieron haberse dado cuenta en seguida que su testimonio, al describir al bandido en forma tan diferente a la mía, hubiera corroborado mi alegato de inocencia, en lugar de probar mi culpabilidad. De modo que cuando testificaron en el proceso hicieron lo que pudieron para modificar en la medida de lo posible su anterior testimonio acerca de la apariencia física del bandido que yo debiera haber sido. Para hacerle más parecido a mí, ya no tenía los bigotes cortos, sin puntas, de Carlitos Chaplin, sino que iba afeitado; ya no tenía 23 ó 24 años, sino 25 o 28. Naturalmente que el peso aparente del bandido aumentó proporcionalmente con el bigote y la edad. Nada es más fácil para una persona determinada a cometer perjurio que describir a un individuo que no está presente como parecido al acusado que se halla ante él -ya que no es posible ninguna confrontación. Esto es lo que hicieron los testigos del Estado en mi proceso; pero, como habían descripto antes al bandido, a cada modificación de su anterior descripción se pusieron al descubierto como mentirosos que mentían para condenar a un inocente. Este hecho paralizó y limitó la posibilidad de su intención de cambiar completamente su testimonio anterior y describir al bandido como enteramente parecido a mí. De manera que, a despecho de sus desesperados esfuerzos, el bandido descrito por su testimonio final seguí siendo todavía un hombre físicamente muy diferente a mí. Aparte de eso, uno de ellos me vio con gorra; otro, con sombrero; un tercero me sacó la gorra y el sombrero y me dejó la cabeza al descubierto en una fría ma-

ñana de invierno tal vez para dar la oportunidad a un cuarto testigo de observar la cómica conformación, de mi cabeza, parecida a una bala -que es una mentira como todas las demás. Antes de mi detención nunca había estado en Bridgewater. También me localizaron en distintas parte del automóvil: Giorgina Brooks me colocó en el volante antes del asalto; otro me puso en el asiento de adelante, al lado del conductor, después del asalto, y algunos otros, si mal no recuerdo, me vieron en el asiento de atrás.

Antes de comenzar una revista sintética de los perjuros del Estado creo útil esbozar el asalto tal cual fue relatado por la prensa, por testigos visuales fidedignos y por algunos perjuros, porque ello desacredita a estos más que cualquier comentario o afirmación. Un poco después de las 7 de la mañana del 24 de diciembre, el pagador de la Bridgewater Shoe Company había estado en un Banco de la ciudad y recogido $ 18.000 para el pago de la semana. Habían puesto el dinero en un cofre, y fue conducido por un chauffer y bajo la vigilancia de un guardián de la misma compañía.

Por supuesto que el pagador estaba con ellos. Fue a su regreso del Banco a las oficinas de la compañía, mientras pasaban por el centro industrial, cerca del depósito del ferrocarril, cuando los tres hombres fueron asaltados por los bandidos. A esa hora las calles estaban llenas de obreros y obreras que se dirigían a las fábricas cercanas y de otra gente que iba a sus negocios cotidianos o al lugar elegido para pasar el día de navidad; en las casas todo era actividad, pues la gente se estaba preparando para el día de trabajo. Por supuesto que ninguno de los apurados transeúntes o pacíficos peatones, ni los asaltados pensaban en un probable robo. Nada hubiera justificado tal sospecha o pensamiento; todo se desenvolvía regularmente en ese pequeño lugar. Entonces, súbitamente, algunos hombres armados con escopetas y revólveres, bajaron de un automóvil, atacaron el coche de la compañía disparando contra sus ocupantes, que respondieron a la descarga. Los peatones y transeúntes, sorprendidos y espantados por el inesperado tiroteo, para escapar del peligro salieron corriendo en todas direcciones. Desvalijado el coche de la compañía, los bandidos volvieron a su automóvil y desaparecieron. Todo esto ocurrió en pocos minutos.

Ahora volvamos a los perjuros del Estado.

El pagador de la Bridgewater Shoe Company fue el único de ellos que tuvo un poco de coraje moral. Rehusó identificarme positivamente como uno de los bandidos, aunque en el proceso hizo todo lo que pudo por testificar contra mí con más energía que en la audiencia preliminar. Evidentemente fue obligado a herirme tanto como le fuera posible. De todos modos, un tiempo después abandonó el empleo de la compañía. El pueblo dijo que esta actitud se debió a su negativa de identificarme positivamente.

Bowles, el guardián de la compañía, que había estado en el automóvil, me identificó positivamente, aunque, según su propio testimonio, tuvo menos tiempo y oportunidad de mirarme que el pagador. Dijo que el chauffer cayó herido al primer disparo y el automóvil empezó a hacer zig-zag. Con la mano izquierda manejaba el auto y con la derecha disparaba contra los bandidos. Durante ese tiempo no hizo otra cosa que mirar a los bandidos. De modo que tenemos que vérnosla con un individuo que se proclama a sí mismo héroe. Vale la pena contar cómo llegó a identificarme. Como guardián de la compañía, policía especial y uno de los asaltados, estaba tres veces interesado en nuestro arresto y en venir a vernos. En efecto, vino y ... lo

reconoció dirá el lector. Hizo más que venir a vernos; durante tres o cuatro días con sus correspondientes noches, se trajo, en el automóvil de la compañía, al pueblo de Bridgewater a la comisaría de Brockton para que nos viera.

Nos había visto, por consiguiente, durante cuatro días consecutivos, pero no pudo identificarme ni a mí ni a Sacco. Luego estuvo en la comisaría de Brockton y en el mismo automóvil en el que fui traído de Brockton a la cárcel de Plymouth, pero tampoco me identificó. Mientras tanto, el jefe de policía, Stewart había decidido fraguarnos un proceso y Bowles se convirtió en su instrumento. Finalmente, en el día fijado para la audiencia preliminar, Stewart y Bowles vinieron a Plymouth de Bridgewater para llevarme en un automóvil al tribunal de Brockton, donde debía verificarse la audiencia. Luego, ya en camino, ocurrió una cosa extraña. Al entrar en Brockton nos encontramos con un cortejo funeral y Stewart se vio obligado a parar el automóvil. Cuando el coche fúnebre pasó ante nosotros nos descubrimos.

Fue en ese momento cuando Bowles, dándose vuelta hacia Stewart, exclamó: ¡Voto a bríos, creo que he visto antes a este hombre!, Se refería a mí, y Stewart aprobó con un movimiento de cabeza. Entonces Bowles me preguntó: Dime, Bart, ¿me has visto alguna vez? ¿Me conoces?, No sabiendo aún quién era (iba humildemente vestido) le contesté: No, no le conozco, no recuerdo haberle visto en ninguna parte. Repiti mis palabras como un eco mientras el automóvil se ponía en marcha. Seguro de mi inocencia, de la sinceridad de mi contestación y creyendo que me había hecho una pregunta puramente casual no presté atención a lo que se había dicho ni pensé que mis palabras podían haber sido peligrosas. Pero pronto, ya en el tribunal, tuve que abrir los ojos cuando ví a Bowles dirigiéndose al estrado y le oí decir que yo era uno de los bandidos. Todavía es un héroe, hijo distinguido de su época y merecedor de un premio.

Otro de los perjuros del Estado fue un estudiantuelo de catorce años, un vendedor de diarios que se calificaba a sí mismo de estudiante. Es un defectuoso mental, cuya falta de vergüenza y de conciencia le puso de manifiesto como un pusilánime. Llegará el día en que expondré minuciosamente el proceso fraguado en Plymouth y entonces reproduciré su testimonio. Ahora, para ser breve, lo omito.

Mrs. Giorgina Brooks fue una testigo para identificarme positivamente; y su testimonio también merece ser esbozado. Es como sigue: por la mañana salió de su casa para ir a pasar el día de navidad a la casa de sus padres en Providence, R. I. Llevaba consigo un chico de cuatro años y una valija. En un momento dado, cuando iba a cruzar una calle vio un automóvil estacionado con el motor en movimiento, en el otro lado de la calle y ocupado por cuatro o cinco hombres. Concentró su atención en el hombre que estaba en el volante. Le eché una atenta mirada. Al cruzar la calzada lo miró otra vez y éste la miró de soslayo. Después de haber cruzado la calle, le echó otra mirada. En su camino hacia el depósito, mientras llevaba la valija en una mano y retenía con la otra al chico, se volvió varias veces a mirar al hombre del volante que, según esta señora, era yo.

Pero esto no es todo: ya en el depósito, sacó un boleto y luego se asomó a la ventana que daba a la calle en que tuvo lugar el asalto. El tren para Providence, dicho sea de paso debía haber salido de Bridgewater en momentos en que se verificaba el asalto, pero esa mañana se retardó, tal vez para dar oportunidad a la señora de testificar en favor del Estado. En efecto,

dijo que oyó las detonaciones y vio el fuego de los revólveres al ser descargados. Ahora. bien, se comprobó que entre la ventana y la escena del crimen se levanta un edificio que obstruye completamente la vista del punto en que se realizó el atentado, salvo para el que puede ver a través de las paredes. La testigo dijo que sufría de los ojos y que su vista estaba muy afectada, hasta el punto que, como más tarde lo admitió, no hubiera reconocido a su misma madre si la hubiera encontrado en la calle ataviada con diferente traje.

No obstante, vio a través de un edificio. Para que se diese crédito a su increíble narración y se justificase su razonable interés y sus miradas al hombre del volante, Giorgina Brooks dijo que obró así porque todo eso le pareció algo sospechoso (el automóvil y los hombres). Utilizó esta mentira como un medio de unir en un todo coherente lo que había dicho antes: tal las perlas sueltas por cuyos agujeros se pasa un hilo para formar un collar. ¿Por qué no tomó el número del automóvil? ¿Por qué miró solamente a uno de los hombres? ¿Por qué no avisó o telefoneó a la policía? Nadie que conozca la prontitud norteamericana para hacer tales cosas, a la más leve sospecha y cuán numerosos son los automóviles, puede creer su excusa.

El que describió mi cabeza como una de conformación extraña, parecida a una bala, (¿por qué no a la de un negro?) fue, si no recuerdo mal, el cuarto y último de mis identificadores. Después de haber hablado de "descargas de balazos y de gente escapando en todas direcciones, mi abogado le preguntó si él también había escapado u ocultado tras algún árbol. Contestó: Quise hacerlo, pero estaba tan espantado que no pude moverme del sitio en que estaba parado. En otras palabras, estaba petrificado de terror, la condición más favorable y adecuada para ver, individualizar y recordar a un extraño, visto durante algunos segundos en medio de una gran confusión.

Mr y Mrs. Johnson, de West Bridgewater, propietarios de un garage en el que Boda guardaba su automóvil, fueron los únicos dos testigos del Estado que dijeron algo verídico. Testificaron que en la noche del 5 de mayo de 1920, Boda, Orciani, Sacco y otro hombre estuvieron en su casa para sacar el automóvil de Boda. Mrs. Johnson había telefoneado a la policía por nuestra detención. Por supuesto que ellos, sobre todo ella, hicieron todo lo que pudieron para dañarnos con su testimonio. Para obtener los 200 dólares del premio era necesaria la convicción. Presentarlos en contra mía constituía una abierta violación de la ley, porque ninguno de ellos me había identificado como uno de los hombres que habían estado en su casa. El día de mi convicción o al siguiente, Mrs. Johnson fue a las oficinas de la Bridgewater Shoe Company para pedir los prometidos doscientos dólares del premio. La compañía rehusó pagarle, diciendo que no daría un centavo hasta que yo no hubiera sido sentenciado. Mr. Johnson se puso iracundo y promovió tal tole tole para cobrar los US $200 que el periódico de Brockton tuvo oportunidad de hacer un buen tiraje alrededor del asunto. Estos fueron los principales testigos del Estado y sus cuentos; el jurado, prestándoles fe, apoyándose en ellos halló que yo era culpable.

Excepto Mrs. Brooks, cuyo comportamiento en el tribunal fue descorazonador, mi proceso hubiera sido como un día de vacaciones o un pic-nic para los testigos del Estado. Todos los de Bridgewater acudieron en masa a mi proceso durante varios días; se mofaron y burlaron cínicamente de mí y de los italianos que fueron al tribunal; fueron perjuros con una indiferencia monstruosa, hasta demostraron alegría; representaron el rol de un público americano hostil, de

una pandilla que sirvió de contrapeso -a los ojos del jurado- a las manifestaciones de simpatía de los italianos hacia mí.

A mi llegada a Plymouth, Mass; ocho años antes de mi detención, usaba barba, pero la forma y el aspecto de mis bigotes eran enteramente iguales a esa época cuando fui arrestado. A los dos años de mi llegada a Plymouth me afeité la barba, pero conservé el cabello y los bigotes como antes. En consecuencia, mi cara era familiar a todos los habitantes de la ciudad, precisamente porque había sido un vendedor ambulante de pescado y había trabajado mucho tiempo en la Cordage Company y tomado parte activa en la huelga. De modo que, después de haber oído la descripción que los testigos del Estado hacían del bandido, le dije a Vahey que podía convocar a los vigilantes de Plymouth, a los contratistas americanos para quienes había trabajado y a todos los prominentes hombres de negocio italianos y peluqueros, para que declarasen que yo nunca había llevado mi cabello a la Pompadour ni mis bigotes a lo Carlitos Chaplin, ni cortos ni con las puntas afeitadas. Mr. Vahey no hizo nada acerca de esto, excepto el decirme que los contratistas habían olvidado los rasgos de mi fisonomía. Pero fue obligado a presentar a varios hombres y mujeres que habían ofrecido su testimonio en este respecto. Todos ellos eran vecinos míos, trabajadores italianos, menos Mr. Ferrari, un cervecero. Por consiguiente, seguí insistiendo ante Mr. Vahey para que presentara testigos más valiosos ante el jurado. Y cuando me di cuenta que no iba a presentar a ningún vigilante, ni homhres de negocio, ni peluqueros en mi ayuda, le puse en el dilema de que si no desarrollaba una defensa más vigorosa tomaría otro abogado y a él lo denunciaría ante los tribunales. Mis ojos deben haber sido más expresivos que mis palabras. Mr. Vahey cedió: mandó entonces, a último momento, a su agente Doviglio Govoni, en busca de algunos vigilantes y peluqueros. Govoni volvió al tribunal con un peluquero italiano y dos vigilantes americanos. Estos últimos testificaron que me conocían hacía ya muchos años y que me veían casi diariamente, y que me habían visto siempre con el cabello y los bigotes tal cual los llevaba en ese momento. Sin embargo, su comportamiento fue nervioso y atolondrado mientras estuvieron en el estrado; su testimonio estuvo muy lejos de ser tan vigoroso como debía haber sido. El hecho es que después de todo eran policías que trabajaban para sí y para sus familias, y sabían que el juez el fiscal y la Cordage Company estaban todos en contra mía y, por consiguiente, se atemorizaron de testificar en mi favor. A no mediar este pensamiento su testimonio hubiera sido más firme y convincente.

Ahora, unas cuantas palabras acerca del peluquero. En el norte de Plymouth, donde residí durante ocho años, hay 5 peluqueros italianos. Cuatro de ellos son bien parecidos, hombres inteligentes que dominan ambos idiomas, el italiano y el inglés. El otro es un buen diablo que no habla bien ni el italiano ni el inglés. Habla el napolitano, pero con dificultad también. Nmguno de estos cinco hombres profesan mis ideas, algunos son adversarios políticos míos, pero todos ellos hubieran venido a testificar en mi favor. Ahora bien, sea porque tal haya sido mi suerte o por malicia o por ambas cosas a la vez -como parece haber sido- lo cierto es que Mr. Govoni trajo al tribunal al peluquero que hablaba con dificultad el inglés. A pesar de todo, la verdad se dice fácilmente y el testimonio de nuestro hombre fue muy bueno. Dijo que me conocía hacía ya varios años, que me había afeitado y cortado el pelo muchas veces, que yo siempre he llevado el cabello y los bigotes tal cual los tenía en ese momento, que mi cabello

es corto y que es imposible cortármelo a la Pompadour. Preguntado si alguna vez había afeitado la punta de mis bigotes, contestó negativamente: Vanzetti ha llevado siempre los bigotes largos; sólo le he afeitado algunos pelillos que tenía en el centro del labio superior, debajo de la nariz y que se inclinaban hacia la boca.

Este fue aparentemente el punto débil de su testimonio que Katzmann se había esforzado maliciosamente en obtener. Una vez logrado, Katzmann lo explotó hasta el extremo, utilizando vergonzosamente el detalle de uno o dos pelillos para probar la propia contradicción e insinceridad del testigo. Digo que no sólo fue vergonzoso, sino criminal el comportamiento de Katzmann.

Todo peluquero italiano puede explicar que afeitar uno o unos cuantos pelillos de un bigote largo y espeso, no significa necesariamente afeitar las puntas; que esta operación sin importancia alguna no hace observable ninguna diferencia en el aspecto y la forma de los bigotes; que recortar los bigotes significa acortarlos desde el centro hacia los extremos, y que hay tal diferencia entre unos bigotes plenamente crecidos y otros recortados, que se nota a primera vista. Fue especialmente para poner de manifiesto esta explicación que obligué a Vahey a presentar a los peluqueros italianos. Katzmann también utilizó su lengua viperina en contra del tartamudeante testigo y contra su mísero inglés y condicción extranjera con el fin de despertar el odio racial del jurado y su desconfianza. No obstante, pese a todo, testigos de la defensa, en este respecto, habían más que suficientes, en calidad y número, para convencer al jurado, más allá de toda razonable duda, de la veracidad de la tesis de la defensa. Consciente de ello y temiendo una absolución, Mr. Katzmann recurrió a una de las artimañas más innobles que se hayan utilizado jamás en un tribunal provinciano y ante un jurado provincial. Volvió a llamar al estrado a Mr. Ferrari y le requirió la descripción de los bigotes, barba y cara de varios hombres de la ciudad:

- Mr. Feriari ¿conoce usted a Fulano de Tal?

- Sí.

- ¿Qué clase de bigote lleva? -y así de continuo.

Katzmann no dejó de preguntarle a Mr. Ferrari acerca de los bigotes de hombres que iban siempre afeitados. Le estaba tendiendo un lazo. Todo esto es inconcebible, porque Ferrari no testificó como un experto en cabellos y bigotes, sino como fisonomista. Pero Katzmann tenía sU fin secreto y finalmente pidió a Ferrari que describiera la barba y los bigotes del gerente del Plymouth House (un hotel). El testigo dijo: Mr. ... (he olvidado su nombre) no tiene ni la barba ni los bigotes parecidos a los del hombre ordinario. Los pelos de su barba son muy raros, blancos, finos, suaves; los lleva enteramente largos, tal vez más largos de media pulgada, pero se destacan muy bien de la piel cuyo color es oscuro. Sus bigotes son pequeñitos y sus cabellos son, como los de su barba, blancos, finos como los de la cara de una mujer de edad avanzada. Era una descripción magistral, la verdad fielmente pintada; nadie que conociera el asunto podía negarlo. Pero Katzmann preguntó: ¿Qué clase de bigote lleva B. Brini (entonces tenía 13 años). El testigo sonrió en la cara del fiscal, luego habiendo notado la cara afeitada y lisa de éste, contestó: Igual al suyo. Esto pareció finiquitar la interrogación hecha, aparentemente, sin sentido. Pero Katzmann ya había concebido su plan, y hélo aquí: ... El gerente de la Plymouth House entra en el tribunal, sonriendo y haciendo reverencia al juez y al fiscal, que son-

ríen y le contestan. Pero ya es un hombre diferente, su cara está lisa y bien afeitada, los pelos blancos, etc., han desaparecido; su conformación tampoco es la misma, un masaje reciente, que debe haber sido prolongado y vigoroso, ha dado color a sus siempre descoloridas mejillas, es irreconocible. Invitado gentilmente por Katzmann, toma asiento en el estrado. Katzmann le pregunta si ha llevado alguna vez barba o bigotes. Contesta: nunca. Katzman mira al suelo y luego al cielo raso, luego mira al jurado y después de un sabio silencio magistralmente mantenido, empieza suavemente para terminar con un trueno. Caballeros del jurado, os ruego miréis la cara de este caballero y luego que creáis, si podéis, lo que (señalando a Mr. Fenari) ese testigo ha dicho. Volviéndose nuevamente hacia el gerente, Katzmann le dijo: Esto era todo. El gerente estaba tan contento que al bajar del estrado fue incapaz de hallar la puerta para salir. Nada tengo que decir para explicar esta ignominia, salvo que ambos, Katzmann y Thayer, son clientes del Plymouth House.

En este punto, uno podía pensar para su coleto: pero si es verdad que toda la ciudad conoce muy bien a ambos, al acusado y al gerente del Plymouth House, ¿por qué entonces no acepta la verdad el jurado? Bien; sólo uno de los jurados era residente de Plymouth y este era capataz de la Cordage Company. Los otros once jurados eran residentes de otras ciudades. Y ya que estoy en tren de aclaraciones, agregaré que la prensa capitalista del Estado nos había linchado más bien que declarado convictos, por su terrible campaña contra nosotros, especialmente en la época de nuestro arresto. El público americano, del que provenía nuestro jurado, fue predispuesto contra nosotros. Leyeron y creyeron la campaña de la prensa contra nosotros, en la que se les dijo desde el comienzo que éramos radicales y directores de huelgas.

Acerca de la evidencia material del Estado

La evidencia material presentada por el Estado contra nosotros es una camisa de franela, de color suave, una gorra gris claro, un sweater de lana color marrón y las cuatro balas que me encontraron al revisarme. La camisa y la gorra gris fueron presentadas para que correspondieran con el testimonio de algunos de los testigos del Estado, que habían dicho que el bandido llevaba una camisa y una gorra como las que he mencionado recién. El hecho de que la camisa exhibida fuese la única de mis cuatro camisas de lana de color suave fue un detalle completamente ignorado por la defensa así como ignoraba que tenía dos sweaters de lana del mismo color rojo subido y cuello alto, que había llevado constantemente uno de ellos en el invierno y que me cubría enteramente la camisa. Esta hubiera sido una tesis negativa y todos aquellos que han pasado por la rodalia de un proceso saben por amarga experiencia cuán difícil es probar una tesis negativa, por más evidente que sea.

Pero la defensa podía haber probado que el fraguador del proceso, Stewart, se había apoderado de esa ropa ilegalmente. Yo era pensionista en una casa privada. Mr. Stewart tenía sólo derecho a apoderarse de todo lo que hubiera en mi pieza, pero él anduvo rondando por la casa en busca de una camisa y de una gorra que le sirvieran a satisfacción. La camisa y la gorra estaban colgadas de un clavo en la escalera del sótano, de allí las sacó. Podían haber pertenecido a cualquiera, ya que hay millones de camisas y de gorras de esa clase en circulación; creo, por lo tanto, que el valor del testimonio de mi camisa y mi gorra se reduce a nada, de modo que no hablaré más de esa evidencia, pero sí sobre las balas.

¿Es creíble que si yo hubiera sido uno de los bandidos y hubiese usado la escopeta y algunas balas en el asalto, es concebible, repito, que haya llevado en mi bolsillo las balas que quedaron, después de cuatro meses y mientras iba a visitar a los amigos? Bien, es necesario decir cómo me incauté de las balas. El día de mi detención había estado en la casa de Sacco. Se estaban preparando para irse a Italia; la casa estaba toda trastornada. Rosa Sacco se ocupaba en llenar los baúles. Mientras me hallaba con ellos en la cocina vi esas cuatro balas sobre la mesa o al lado de la chimenea. Se me ocurrió llevárselas a uno de mis amigos de Plymoutb. ¿Vas a llevar estas balas a Italia? Sacco contestó: Haremos ejercicios de tiro en los bosques si tenemos tiempo y si no las tiraremos. Dámelas -dije- se las llevaré a un simpatizante de Plymoutb y obtendré de ellas cincuenta centavos para la propaganda, y diciendo esto tomé las balas y las puse en uno de los bolsillos de mi saco, donde me las encontraron cuando me detuvieron. Ahora bien, cuando comenzó el proceso, Sacco y su compañera se ofrecieron para explicar el hecho tal cual habla ocurrido, pero Mr. Vahey se opuso enérgicamente a su intención de testificar, e insistió hasta que estuvieron persuadidos de que no debían hacerlo.

Vahey justificó su actitud diciendo que tal cosa podía dañar a Sacco cuando fuera juzgado por el proceso de Braintree y podía complicarme a mí en el cargo. No solamente dijo esto a Sacco y a Rosa, sino también a mí y a nuestros amigos. El que lograra persuadirnos a todos nosotros prueba, lisa y llanamente, nuestra ignorancia e inexperiencia en los procedimientos judiciales, pero no oculta ni disminuye su consciente traición. En efecto, Mr. Vahey sabía en esa época que yo sería procesado por el crimen de Braintree, que el Estado podría presentar las balas como material de evidencia en el próximo proceso, independientemente del testimonio de Sacco y su compañera en mi proceso, en el llamado caso de Plymouth. Ocurrió que fui complicado en el crimen de Braintree, pero no se presentaron las balas como prueba en contra mía.

El segundo proceso fraguado fue completamente diferente al anterior. La verdad, la única verdad posible, es que Mr. Vahey, mi abogado defensor, se opuso e impidió su testimonio porque temía que podía ser decisivo en el sentido de mi absolución. Sobre todo porque el Estado hubiera sido incapaz de probar, ni siquiera de provocar la duda, de que yo hubiese poseído una escopeta en el momento de mi detención o antes.

Por qué no testifiqué

La ley de esta nación concede a un acusado el derecho de testificar o no en su favor, dependiendo esto de su voluntad. El testificar, como no testificar, son asuntos de gran importancia e influyen en el resultado de todo caso. El jurado popular excusa y justifica, en ciertos casos, la negativa del acusado en testificar; pero en casos que se relacionen con robos, fraudes, asesinatos, etc., el jurado popular considera semejante negativa como un signo de culpabilidad, como el índice de que el acusado es incapaz de rechazar con su testimonio la teoría del fiscal. Preparar el testimonio del acusado es uno de los primeros deberes y la principal tarea de un abogado defensor honesto implica también reciproca contianza entre el abogado y el acusado. Yo quería llenar ese requisito pero Mr. Vahey se opuso y resistió hasta que acepté su parecer. Pues bien, todo indicaba que debíamos testificar y no hacer lo contrario, como lo probó el

ulterior desarrollo del caso. No obstante no sé si debo atribuirlo todo a la actitud de Mr. Vahey, a la mala fe o a la condición equívoca y a las relaciones que había entre él, mis amigos y yo.
Debido a su actitud y comportamiento anterior y presente, mis amigos y yo habíamos sido inducidos a considerarle como a nuestro enemigo y nuestro traidor y a temerle como tal, y en esta condición nada bueno se podía hacer y tampoco era posible la recíproca comprensión. ¿Temía él mi futuro testimonio y, si era así, por qué motivo y de qué tenía que estar atemorizado? No hallo contestación para estas cuestiones, pero su conducta no le justifica. ¿Creen Uds. que Mr. Vahey trató de preguntarme, suponiendo que él fuera el fiscal de un distrito imaginario, qué habría dicho yo sobre esto o aquello, o sobre esta o aquella cuestión cuando tuviera que declarar en el estrado como se hace en todo caso y por todo abogado defensor honesto? ¡Oh, no!, ni por un instante. Me preguntó cómo explicaría desde el estrado el significado del socialismo, comunismo o bolchevismo, si era interrogado en ese sentido por el fiscal. A tal pregunta yo daría una explicación sobre esos temas arriba mencionados.

No, si usted va a decir tales cosas a un jurado ignorante y conservador, lo mandarán directamente a la prisión del Estado. Entiendo que ésta no era una razón en contra de la actitud que yo quería adoptar en el estrado, sino una excusa para impedirme testificar, porque Mr. Vahey también es un abogado y como tal sabía que podía haber impedido al procurador del distrito el hacer preguntas acerca de cuestiones políticas, enteramente extrañas al caso, diciendo que yo no era procesado por ideas políticas, sino por asalto. Esto, por supuesto, hubiera sido una mentira, pero habría bastado para llamar al orden a Katzmann, impidiéndole hacerme preguntas sobre mis ideas políticas; de esta manera destruía lo que fingía temer tanto. Por lo tanto, me veo obligado a decir que no testifiqué en mi favor, porque mi abogado no me lo permitió y creo que lo hizo así porque temía que yo convenciera al jurado de mi inocencia, y porque sabía que la negativa de un acusado de ocupar el estrado para testificar es considerada por el jurado como un signo de culpabilidad.

Esto es todo.

El veredicto

Al enumerar los cargos ante el jurado, el juez Thayer les dijo que no debían prestar atención a la segunda parte del proceso: intento de matar. Porque -dijo - según los testigos del Estado el hombre que tenía la escopeta tenía amplia oportunidad de herir o matar a cualquiera. El hecho de que nadie haya sido herido ni matado prueba que no había intención de matar; que sólo usó el arma para intimidar. El jurado se retiró y volvió cuatro horas más tarde con un veredicto de culpabilidad para las dos acusaciones: culpabilidad de intento de robo y culpabilidad de intento de matar.

El juez Thayer pudo haberme sentenciado, con gran contento suyo el mismo día en que se dio el veredicto. Había sido mi enemigo mortal, previsto el resultado del proceso, todos los medios posibles en contra mía, y estaba ya determinado a darme la pena máxima. No obstante, por razones fácilmente conjeturables, esperó varias semanas antes de sentenciarme. Finalmente, el 16 de agosto de 1920, en el tribunal de Plymouth, el juez Webster Thayer me sentenció de 12 a 15 años de cárcel, que cumpliría en la prisión del Estado. Con un comportamiento magistral de hipocresía no sobrepasada, dejó de lado el veredicto de culpabilidad de

intento de matar, y entonces me sentenció sólo por intento de robo. Con esta diferencia, que me aplicó por intento de robo una condena más larga que las de todos aquellos que estaban en la prisión del Estado cuando yo llegué allí muchos de ellos condenados por intento de robo, de matar o de haber asesinado a sus víctimas. Puedo citar una docena de estos casos. Pero Thayer no se contentaba con tan poco ... con sentenciarme, sino que insultó mis principios, mis ideales y la verdad, diciendo: Los ideales del acusado están emparentados con el crimen. Sólo estas palabras prueban irrefutablemente el odio y los prejuicios del juez contra nuestras personas y nuestros principios.

Así terminó la innoble parodia de un proceso conocido con el nombre de proceso de Plymouth, que destrozó mi existencia y sumió en el dolor y la amargura los corazones de los seres amados.

Después de la sentencia

Fui encadenado y llevado en un automóvil a la prisión del Estado de Massachussetts, desde donde estoy escribiendo ahora. Otros dos automóviles cargados con guardias armados, escoltaban el que me llevaba. Pocas horas después de la sentencia oí cerrarse la puerta de hierro de la prisión tras mí; minutos después estaba alojado en una oscura celda. Para nosotros, la convicción de Plymouth era uno de los mojones que nos conducían a la silla eléctrica. Esto explica los esfuerzos y la ferocidad con que Webster Thayer y Frederick Katzmann trataron de obtenerla. Ambos sabían que ellos presidirían y proseguirían nuestro caso en el próximo proceso, en Dedham. Nada había contra Sacco; pero, conscientes de su debilidad, comprendieron la gran importancia y la necesidad de mi convicción. Thayer no quería nuestros procesos aparte. Sacco se sentaría en el banquillo al lado de un hombre ya convicto en un cargo similar. Los jurados lo sabrían, (leen los diarios), sabrían que somos viejos camaradas, ambos italianos, desheredados que emigraron a México para escapar al servicio militar. Katzmann sabía que en tales condiciones podía herir a Sacco con todo lo que se presentaba contra mí, y a mí con todo lo que se le achacara a Sacco. De modo que el proceso y la convicción de Plymouth explican el proceso y la convicción de Dedham. Con las consideraciones y explicaciones dadas más arriba, mi esbozo del proceso de Plymouth llega a su fin.

Situación actual y perspectivas

Estamos esperando ahora la decisión de la Corte Suprema del Estado. Como sabéis, la apelación a dicha corte fue presentada y discutida por Mr. William G. Thompson, un hombre y un jurista de gran reputación. Tanto sus argumentos escritos y orales, como sus documentos sobre el caso, son monumentos de agudeza humana y de ciencia judicial. Con un hombre así como defensor, tenemos motivos para esperar una victoria. Por supuesto que si la decisión de la Corte es negativa, estamos perdidos. Si nos concede un nuevo proceso tendremos que luchar y la victoria libertará a Sacco enseguida. En cuanto a mi, tendré que cumplir la sentencia de Plymouth, de 12 a 15 años de cárcel. Habiendo pasado seis años en la prisión, me quedan otros seis para cumplir la pena mínima o nueve para la máxima. Sé que los seis años de pasión que he padecido me han destrozado. Soy tratado como un desamparado, como si ni un alma. ni un centavo acudiera en mi ayuda. Unos pocos años más de semejante régimen y me convertiré en un espectro humano. No quiero y no puedo cumplir otros seis o nueve años

de prisión por un crimen que no he cometido. De todos modos trataré de que mi destino no sea igual al de Ricardo Flores Magón[2]. Porque ¿para qué me servirá la libertad cuando esté reducido a una larva de hombre? No obstante, espero que los acontecimientos seguirán un curso diferente, especialmente porque contamos todavía con la solidaridad de los camaradas, de muchos trabajadores y amigos. Esto salvó nuestra vida; también nos libertará, tal es mi presentimiento. Mr. Thompson está interesado también en el primer proceso y luchará por él también.

Me parece que las palabras expresadas más arriba acerca de las condiciones y del tratamiento a que estoy sometido son oscuras y poco adecuadas para que se comprenda bien el asunto. Para evitar este inconveniente, trataré de ser claro y emplearé términos concretos para ello. Hablando en absoluto, no soy maltratado: un poco de odio, de desprecio y de abuso. Pero yo y algunos otros no lo permitimos y somos tratados bien por la mayoría de ellos. Tengo un trabajo ímprobo en un lugar lleno de gas y de olor a pintura y he estado alojado en una de las más pequeñas celdas de la planta baja, pero últimamente he sido trasladado a una celda mejor. Ahora bien, prestad atención: permanezco siete horas en un lugar lleno de gas, 40 minutos en un patio polvoriento, apiñado de gente, 16 horas en una estrecha celda que tiene 8 pies de largo y pie y diez pulgadas de ancho. Tal es mi vida diaria, salvo en los días de fiesta en los que debo permanecer de 21 a 23 horas en mi jaula. ¿No es esto suficiente para matar a una mula en el término de pocos años? Hasta ahora no he hecho nada contra esto, debido a la certidumbre de que no habría un nuevo proceso. Hubiera reusado la probable conmutación de la pena y elegido la silla eléctrica antes que la vida en la cárcel. De modo que no me importaba ir perdiendo la salud ya que esperaba que me mataran pronto. Pero si las cosas cambian, no soportaré pasiva y silenciosamente un lento asesinato. Lo que he visto, sufrido y comprendido me permite creer y decir que quieren arruinar mi vida de tal manera que, si se vieran forzados a liberarme, dejarían salir de la cárcel a una sombra de hombre.

Ahora también en nombre de Sacco, cuyos sentimientos estoy seguro de expresar, envío a los trabajadores, camaradas y amigos mexicanos, nuestro saludo augural.

Vuestro de todo corazón.

Bartolomé Vanzetti

P. S. - La Corte Suprema se expidió contra nosotros; es caso perdido. La esperanza de un nuevo proceso concedido por la Corte no fue más que una ilusión. Escribí mientras estaba influido por el general optimismo de nuestros camaradas, pero a la primera dilación en la resolución que esperábamos me dí cuenta de lo que decidiría la corte. Presentí mi condena y decidí declarar una huelga de hambre el 1° de mayo, pero mis camaradas insistieron de tal modo que no lo hiciera así, que cedí. La silla eléctrica será, probablemente, el fin de todo esto, pero antes que me asesinen he de escribir mi testamento.



Notas

[1] Este trabajo fue escrito en inglés y dirigido a modo de carta al compañero Librado Rivera, de México, preso él también en la Penitenciaría de Andonegui, Tampico. El Road to Freedom Group de Chelsa, Mass., lo dio a la publicidad en folleto.

Fue traducido y publicado en español por el diario La Protesta (Buenos Aires), del 18 al 27 de marzo de 1927.

[2]Refiérese a la lamentable situación en que terminó Ricardo Flores Magón, anarquista mexicano quien murió en la prisión de Leavenworth. Kansas.

LIBERTAD O MUERTE

Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti

A los compañeros, a los amigos y al proletariado revolucionario

Muchas veces, durante nuestra prisión, os hemos dirigido la palabra a través de los barrotes que nos privan de libertad y de los más elementales e inalienables derechos.



No para invocar vuestra solidaridad -ella vino espontánea, generosa y pronta, y se afirmó cada vez más a medida que la magistratura y los esbirros revelaban el propósito de perdemos por cualquier medio y a toda costa- sino por fe, por pasión, por gratitud y por orgullo, os hemos dirigido la palabra.

Por fe: y os dijimos que sólo vosotros podéis arrancamos al verdugo y devolvernos a la vida que es libertad, acción, amor y odio; que de vosotros y no de la ley, esperábamos justicia.

Por pasión: y os gritamos con el ánimo indignado, del sadismo de la persecución, las mentiras y la duplicidad demostrados y usados contra nosotros por el juez Webster Thayer y por el procurador Katzmann. Y gritamos la trama urdida por la policía -a la orden de aquellos- para crear, con la corrupción, la amenaza y la venganza, todos los falsos testimonios de la acusación, sin los cuales hubiera sido imposible, no ya condenarnos, sino hasta acusarnos; y os dijimos que los jurados -en menos de 4 horas, después de un proceso que había durado 8 semanas- encontraron el modo de condenarnos a la pena capital.

Después, cuando el veredicto de muerte os fue informado, vosotros, compañeros y trabajadores, habéis sabido rugir la ira y el dolor que os abrasaban el pecho, aprestándoos a todas las audacias y desafiando las puntas de las bayonetas de los inconscientes hermanos soldados, y la brutalidad de los mercenarios esbirros, os habéis arrojado a las calles y a las plazas de cada ciudad del mundo, gritando a la faz de los representantes y servidores de nuestros jueces, de nuestros verdugos y perseguidores, que vosotros no estáis dispuestos a dejar cumplir impunemente nuestro asesinato.

Y el estallido de la dinamita liberadora se unió a vuestro grito inmenso, titánica voz de dolor, de voluntad, de perdición y de redención. Y nosotros os hemos dicho que a ese grito y a ese estallido debemos nuestra vida. Las fieras sintiéronse quemar encima el pelo y aflojaron el nudo. De otra manera se hubieran apresurado a entregamos al verdugo que, en el silencio de

una mala noche, nos habría atado y abrasado sobre la hoguera sin llamas del siglo XX.

Pero vosotros que, durante la más ciega reacción de la historia, habéis sabido cumplir un gesto tan bello y tan poderoso del solidaridad, como pocos nos recuerda la historia del proletariado, vosotros no desarmasteis -confiados y decididos: el arma al pie.

Y no por creída necesidad, sino por impulso del corazón, hemos exteriorizado nosotros la gratitud y el orgullo de pertenecer a vuestras falanges, sacras al devenir humano. ¡Por impulso del corazón! ... y hemos, aunque sabiéndolo, repetido mal lo que alguno de vosotros dijo como maestro, lo que vosotros todos sabéis.

Ahora, empero, queremos deciros nuestro pensamiento sobre nuestra presente situación, -situación incierta, oscura, penosa, preñada de incógnitas. Y haciendo esto, creemos cumplir un deber hacia nosotros mismos, hacia vosotros y hacia la gran causa común. Nuestra forzada impotencia, desviándonos de las responsabilidades propias de cada militante, nos impone el rigor del silencio sobre cosas que nos conciernen de cerca, sea como hombres, sea como revolucionarios -pero no el ser viles-. Examinemos, pues, juntos, nuestra presente situación y la de todos los prisioneros de nuestra guerra.

Al hacer esto, nos hallamos obligados a comenzar ... desde el principio y a repetirnos. Es una necesidad, pero no es un mal, porque mientras el daño y la vergüenza duren e invadan todo, conviene repetir ...

Vosotros lo sabéis: Desde cuando, debido a la desidia de los dos primeros abogados encargados de nuestra defensa, Katzmann y Thayer tuvieron la primera, fácil cuanto importante victoria en el proceso de Plymouth, a cargo de uno de nosotros, las cosas han cambiado asaz, y más cambiaron después del proceso de Dedham. Indudablemente cambiaron para mejor. La misma prensa burguesa que al tiempo de nuestro arresto cumplía contra nosotros un verdadero linchamiento moral, ahora y desde mucho tiempo, ha cambiado de tono. Ella, casi unánime, ha declarado injustificable el veredicto de Dedham.

La defensa ha obtenido la retractación de dos importantes testigos de acusación, y ha descubierto que un tercero, Goodridge, no es Goodridge, y que éste, antes de ser un perjuro, fue un ladrón, un embrollón y un bígamo. Además de esto la defensa ha hallado un nuevo testigo en la persona de Roy E. Gould, el cual se encontraba presente en el asalto, ha visto a los autores y niega nuestra presencia en el lugar. Se han obtenido muchas otras evidencias, en nuestro favor, evidencias que, por brevedad, dejamos de exponer, pero de tal valor como para asegurar, en un caso común, la revisión del proceso.

¿Pero debemos esperar, por esto, obtener justicia?

Absolutamente, no. -Nos lo dijo con magistral sapiencia, el mismo juez Thayer hace un año casi. Recordaréis que él fijó la audiencia requerida por la defensa para pedir nuevo proceso, para la víspera de Navidad. El había decidido ya rehusarnos el proceso, y escogió con cristiano espíritu la víspera de Navidad, para alegar a los nuestros y a nosotros, con su comprensibilísimo no. Recordaréis también su denegación. Discurso famoso, digno de él. Dos piezas de impostura, de bilis, de vanidad, y de mala fe. En aquel discurso Thayer citó una jurídica meada fuera del tarro de un colega suyo; hela aquí, si no textualmente, al menos en substancia: Los jurados pueden negarse a creer a los testigos de defensa, aunque sean más numerosos que los de la acusación; y pueden basar su veredicto de culpabilidad aun creyendo a uno

entre todos los testigos de la acusación.

Thayer preparará otro discurso para cuando nos rehusé nuevamente el proceso, porque él siente la necesidad de cubrir el espíritu con la letra, pero si quisiera apresurarse podría justificar su nueva denegación repitiendo, simplemente, las palabras ya proferidas y que nosotros transcribimos.

Entonces, diréis vosotros, ¿por qué habéis pedido la defensa legal? Nosotros la hemos requerido, y vosotros la habéis financiado, por buenas razones.

Presos por la violencia, acusados y constreñidos por la violencia a un proceso, hemos debido recurrir a la defensa legal, la cual es la sola defensa reconocida por la ley, para ser tutelados en nuestros derechos, y para demostrar, a rigor de ley, nuestra inocencia. Pero no hemos creído jamás que la defensa legal fuese capaz de obtener justicia. No, nosotros hemos logrado demostrar nuestra inocencia. En la más indulgente hipótesis, el jurado no podía condenarnos más que usando la duda contra nosotros. Y el mencionado discurso del juez es todo un esfuerzo para justificar la acción del jurado.

Pero es ocioso hablar de esto. Vosotros, compañeros, amigos y trabajadores, sabéis muy bien por qué nos declararon culpables.

Y el silencio de los jurados, después del proceso dijeron que se habían jurado el uno al otro no hablar de lo que pasó en la cámara de deliberaciones- habla por sí mismo.

Para ser libertados debemos obtener otro proceso, y debemos salir absueltos. En consecuencia, el hecho de obtener otro proceso ¿no es decisivo para nuestra libertad?

¿Y debemos deciros que la defensa legal, por si sola, es impotente? Deberemos hablaras de Mooney y de Billings, de los mártires de Chicago, de Joe Hill, de los prisioneros políticos, de los recientes procesos a los mineros y de los últimos arrestos? ¿Debemos deciros que de los Thayer y los Katzmann, que administran la justicia de clase, no se debe esperar más que mal? ¿Que los hombres de la estampa de los doce buenos hombres del condado de Dedham, que nos condenaron, y de la estampa de los doce buenos hombres de los otros Condados, que condenaron a los demás, no han desaparecido, absolutamente, de la faz de la tierra? ¿Y que es absurdo, ridículo, esperar la justicia de la ley de clase de nuestros mortales enemigos?

No, compañeros; si el enemigo que tiene todo que ganar perdiéndonos, advierte que lo puede hacer impunemente, estad bien ciertos: no nos tendréis más entre vosotros. Nos matarán, o nos harán morir, átomo a átomo, entre los muros de sus bastillas, como ya han hecho con los otros.

Y harán así con los demás rehenes. Y los rehenes aumentarán. Las prisiones rebosarán de los más fuertes campeones del trabajo y de la libertad. Y su martirio será el martirio de la misma libertad. Corrupto, traicionado, confuso y aterrorizado, el vulgo andrajoso se inclinará a la violencia y a la astucia del vulgo dorado y en la general ruina nosotros seremos arrastrados y nuestros hijos serán esclavos, esclavos miserables de otros y de sí mismos.

¡Compañeros! ¡Trabajadores! ¿Lo permitiréis? Nosotros somos impotentes ahora. Nuestro destino y el vuestro, como el destino de nuestro, hijos, está en vuestras manos, y no en las manos del enemigo.

A nosotros no nos queda más que mirar el patíbulo o la aun más horrenda encarcelación perpetua, sin debilidades y sin bellaquerías.

Adolescentes apenas, conocimos la separación de los nuestros, la odiosidad de los patrones y la villanía del mundo de bien. A los veinte años preferíamos el estudio y la lucha, a los fáciles amores y a la taberna. Y en la larga vigilia que sabe de toda miseria, toda pena, todo insulto y toda humillación, maduró en nosotros esa fe que desafía y vence a todo enemigo y a cualquier adversidad; la fe que la lucha y el valor templan y no abaten. Y sabemos de mucho tiempo, lo que la causa pide y el enemigo sirve ...

Por la defensa de la existencia y el triunfo del ideal, estábamos decididos al sacrificio supremo. Pero esperábamos caer en la pugna, a pecho descubierto y con el hierro al puño, cara a cara con el enemigo execrado.

Atroz ironía: se soñaba caer como leones y la realidad nos prepara la muerte del topo. Y, sin embargo, nos conforta la certeza de que, aun así como es, nuestro sacrificio no es vano, sino que madura y apresura la invocada hora del gran desquite.

Sabremos encontrar la fuerza para resistir a la pena cotidiana, y en la no peor de las hipótesis, sabremos mirar a la cara al verdugo que nos ate y lanzar al mundo de los grandes ladrones y de los grandes asesinos nuestra extrema maldición.

La prisión perpetua significa un martirio más largo y más atroz que el de la ejecución inmediata. Pensad también que esa es la pena más redituable a la burguesía, porque ahorra el gasto del verdugo y le da el producto de nuestro trabajo.

En cuanto a nosotros, dadnos Libertad o Muerte!

A vosotros, compañeros y trabajadores nuestro saludo!

Ahora y siempre por la Revolución Social.

Enero 1923.

Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti



MI ÚLTIMO PRIMERO DE MAYO[1]

Bartolomé Vanzetti

El 5 de abril la corte suprema de Massachusetts sostuvo por segunda vez la decisión del juez Thayer:



¡Al verdugo con Sacco y Vanzetti!

El nuevo procurador, Wilbur, digno sucesor de Katzmann, había dicho en substancia, hace ya meses:

Cuanto antes quemen a Sacco y Vanzetti, antes se extinguirá la agitación en su favor, y cesará para nosotros todo peligro.

Yo haré lo que me permita la ley para liquidarlos lo antes posible.

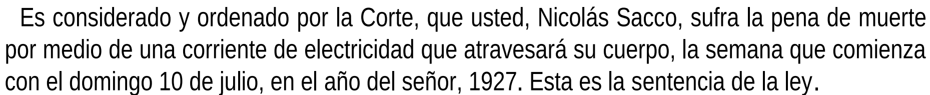
Por eso no perdieron tiempo: Raney, el asistente procurador, pidió a Thayer que dictase sentencia lo antes posible, y así decidieron para el sábado de la misma semana.

Al amanecer del 9 de abril fui despertado por los guardianes:

Arriba, Bart, prepárate para ir a Dedham ...

En aquella mañana primaveral, en la sala, inundada de sol y de azul, de la Corte superior de Dedhan, un ujier dijo: Nicolás Sacco: levántese.

Nicolás se levantó y, Thayer, cubriendo la alegría anterior con una exterioridad inanimada, comenzó a leer:



Es considerado y ordenado por la Corte, que usted, Nicolás Sacco, sufra la pena de muerte por medio de una corriente de electricidad que atravesará su cuerpo, la semana que comienza con el domingo 10 de julio, en el año del señor, 1927. Esta es la sentencia de la ley.

Thayer no pronunció la última fórmula de la formal sentencia de muerte:

Y pueda Dios, en su infinita bondad, tener compasión de vuestra alma.

El juez-verdugo se calló y por algunos segundos reinó el silencio, un silencio de muerte, pero vibrante de vida, en la sala, llena de cielo y de sol, de Dedhan, Mass.

Después Thayer, descarnado, lívido y cadavérico apoyó ambas manos sobre el sillón. y se levantó lentamente, con trabajo. Quería miramos a la cara para reirse de nosotros por última vez, enmascarando la burla atroz con un presunto saludo. Yo le miré fijamente y vi que le faltó el valor: apartó los ojos de nosotros, se contrajo levemente, alargó el corte de su boca y su boca y su rostro se contrajeron en una mueca débil pero horrible que quería aparecer una sonrisa.

Volviéndose para salir llevó rápidamente la mirada hacia los espectadores sentados en los sillones de los jurados, intentó una sonrisa invitando a la aprobación, pero nadie le miró. Entonces se encolerizó en su fuero interno y huyó, como un delincuente, de la sala. Se le había caído la máscara: era él, la fiera salvaje.

La prensa dice:

Cuando Thayer llegó a su gabinete, parecía nerviosísimo y después de haber recorrido la estancia a pasos concitados, varias veces, se detuvo y dijo rápidamente: Habría podido prolongar su vida algunos años, pero ¿por qué iba a hacerlo?

No hay una línea de las evidencias que no la haya estudiado.

Estoy listo para comparecer ante Dios en este momento.

Con tales palabras Thayer confiesa que había acelerado la hora de nuestro suplicio para poder luego, finalmente, disfrutar en paz la vida y la victoria ahora lo harán juez de la Corte suprema de Massachusetts.

Que había estudiado bien los testimonios, de eso estábamos segurísimos por la manera con que ignoró los más esenciales, y falsificó -para reforzarlos y gozar con ello- los conducentes a error, dándoles vuelta, invirtiéndolos, falseándolos todos, y mintiendo e inventando en justificación de sus cuatro decisiones iguales:

Al verdugo con Sacco y Vanzetti.

Que Thayer esté pronto para comparecer ante su dios (si no puede hacer otra cosa), él, que teme a los hombres, no nos sorprende: el dios del verdugo Thayer no puede estar hecho más que a su imagen y semejanza: un dios carnicero y liberticida. Eso explica por qué Thayer se embriaga con nuestra sangre y con los jirones de nuestras carnes, con la agonía de nuestras compañeras y de nuestros padres, con las lágrimas de nuestros hijos; y pasaría en éxtasis sobre nuestros cadáveres y exterminaría a los revolucionarios y a los libertarios todos -esa es su siembra: porque él, carnicero y liberticida, siervo abyecto del privilegio y de la tiranía, cree tener la sanción de su dios verdugo y liberticida y factor máximo de injusticia y de tiranía.

La historia, la ciencia y la experiencia nos dicen que tal fue y es la psicología de los más grandes criminales y tiranos que tienen un dios a su imagen y semejanza que sanciona sus horripilantes crímenes. Es preciso deshacerlos o perecer.

Después el lobo telefoneó a la loba, en Worcester, que todo había ido bien y él estaba en salvo ... gracias a dios.

¡Vil! Nosotros, atados y los pocos presentes inermes, estábamos virtualmente en un campo de esbirros, bajo las bocas de las ametralladoras.

Al día siguiente, sino al mismo día, el asistente procurador Ranney declaró que él no dejará sin tocar ningún resorte para quemarnos.

Hay que decirlo: los sucesores de Katzman y de William, Wilbur y Ranney, están tan sedientos de nuestra sangre como los primeros -aun sin tener el atenuante de las pasiones y de los resentimientos personales, comprensibles en sus predecesores que habían proseguido el caso, pero no comprensible en ellos que no participaron en él.

La conducta de aquellos y de los jueces supremos es una prueba tangible de cuanto Kropotkin dice en el Apoyo Mutuo de los gobernantes.

¿Será este mi último primero de mayo?

Todo me induce a creerlo.

Pero yo quiero cantarlo igualmente una vez más y saludar otra vez a los oprimidos y a los rebeldes y a los libertarios todos en la gloria de su sol luminoso.

Quiero saludar:

A las gentes del trabajo que, encorvadas sobre la máquina, sobre el surco, sobre el mar y en las minas, da ocio y honores a quien nada produce y todo lo posee.

A los compañeros desterrados en una patria que cada día se toma más madrastra.

A los prófugos por las vías del mundo.

A los confinados en las islas penales.

A los sepultados vivos en las bastillas del capitalismo.

A los desterrados en Siberia.

A vosotros todos, oprimidos, perseguidos, martirizados, que habéis llorado todas vuestras lágrimas.

A vosotros todos, que no doblegasteis ni doblegaréis el corazón indómito y la voluntad férrea.

Quiero saludar, en fin, la tumba, las fosas conocidas y desconocidas de todos los caídos y cubrirlos de las flores más rojas del jardín de mi corazón. Flores a vosotros, muertos quéridos; flores y recuerdos de pensamientos vengadores.

A los vivos les digo:

Valor.

Resistid.

A toda noche sigue la aurora.

Vendrá la hora de la rebelión y de la victoria.

¡Salve, compañeros!

Y al bello sol de mayo lanzo mi ¡viva la anarquía y la revolución social!

Bartolomé Vanzetti

Notas

[1] Publicado en el semanario L´Aduanata dei Reffratari de Newark, N.Y., el primero de mayo de 1927.


FREE
SACCO...VANZETTI
VANZETTI
SACCO

SABER VIVIR, SABER MORIR[1]

Nicolás sacco

Milford, Mass., es una pequeña ciudad de New England. La mitad de la ciudad es nueva y se halla situada en una colina circundada aquí y allí por vastas praderas y bosques; es de una limpieza escrupulosa.

La otra mitad de la ciudad está a los pies de una larga cadena de montañas.

Allí, en ese pantano insalubre, en viejas casas derrumbadas habita el pueblo más laborioso y más duro a las fatigas.

En uno de esos edificios de dos pisos y doce habitaciones, que antes eran ocupados por dos familias solamente, hoy, divididas, viven cuatro familias.

Dos jóvenes en un corazón y una vida habitan allí desde hace varios meses.

Tras de la casa hay un acre de terreno. Cada una de las familias cultiva su pedacito de jardín.

Delante, un pequeño prado que se ve todavía aquí y allí matizado de hierba que sobrevivió al paso continuo de los hombres; más allá, dos árboles seculares y un río que corre siempre bajo la dulce y viva mirada de la naturaleza.

A la izquierda de la casa, hacia el sur, hay una linda casita de una señora inglesa, rodeada por un prado espacioso, lleno de céspedes y de flores, con cuatro largos cordones de tulipanes.

Más alla, una iglesia, ligada a un palacete lujoso, ocupado por un sacerdote que por el día predicaba y explotaba al pobre pueblo cansado de trabajar, con la falsa promesa de un paraíso celeste, y por la noche gozaba en la orgía y en el delito.

Doscientos pasos más lejos está la fábrica donde yo trabajaba desde hacía varios años, y donde, con mis esfuerzos ayer como siempre construía el nido del sueño más ardiente de la vida.

Era un hermoso día de verano y los rayos del sol calentaban y besaban la frente de los corazones nobles. En Milford, Mass., dos mil y más trabajadores proclamaban la huelga por una mejora en el salario. En los primeros días de lucha todos están animados de un entusiasmo y de un valor espartano; se desarman los cuatro cosacos y rufianes de los patrones; se mandan a casa a los rompehuelgas y se grita ¡viva la huelga! ¡queremos pan y trabajo!

Ante la fábrica hay una fuerte legión de huelguistas, y las escaramuzas siguen diariamente aquí y allí.

En la fábrica no se trabaja, el rompe-huelga no se ve ya y entre los huelguistas corre la voz de que el patrón pide una comisión para llegar a un arreglo, mientras que el número de los cosacos va en aumento; pero los huelguistas no les temen y tienen fe en su victoria.

Después de algunas semanas de huelga llegan dos malos pastores, los organizan, les dan un carnet y recomiendan que estén en calma y sean pacientes y tengan fe en ellos y en la victoria ... bluff ...

El lunes siguiente los huelguistas encuentran los piquetes de exploración, compañías de cosacos que alientan y acompañan a los rompehuelgas hasta la fábrica, y se decía que por la noche debían llegar trescientos y más cosacos de la metrópoli. Los huelguistas defendían su pan y pedían a los crumiros que desertaran del trabajo. Pero los cosacos eran violentos y provocaban y maltrataban ferozmente a los huelguistas. La lucha se enciende y caen doce huelguistas gravemente heridos bajo el plomo asesino; otros veinte más fueron arrestados.
El pueblo está amedrentado por la ferocidad de los soldados, que aprovechan la ocasión de un poco de desorden y de desaliento que circula entre las filas de los huelguistas por la primera pérdida sufrida.

Un mes ha pasado. El magistrado condena a los arrestados de un año a 18 meses de prisión; el sacerdote predica y defiende su boliche y se descarga todos los días contra los huelguistas llamándoles vagabundos perturbadores de la paz pública. Por otra parte, el comercio que ayer engordaba a costa de los robustos brazos de los trabajadores, les cierra las puertas ahora.

El desaliento progresa; alguno deserta de las filas; las patrullas no se hacen ya regularmente; la fábrica continúa llenándose de crumiros, pero el obrero tiene paciencia todavía y la solidaridad llega de todas partes. Pero eso no basta: el hambre persiste y se hace cada vez más espantosa. Esos huelguistas olvidan al comerciante enriquecido que hoy les condena al hambre, al sacerdote que les es hostil, al polizonte que les maltrata, al magistrado que les condena y al patrón que los echa a la calle y se burla en el afecto de sus propias compañeras.

Pasan otros meses; la miseria se siente en todas partes: los niños tienen hambre y las pobres madres cansadas del largo ayuno acuden a los lugares de reunión llorando y rogando a sus compañeros que vuelvan a la fábrica. ¡Pobres madres!

Las voces de protesta se elevan aquí y allí en la sala imprecando contra el patrón que los desangra; otros maldicen y algunos incitan al asalto contra los depósitos de víveres. Así desesperados y apremiados por la miseria, los huelguistas deciden volver a la lucha con más tenacidad. Pero esta vez los cosacos no tienen ya valor para afrontar los grupos hambrientos de los huelguistas decididos a vencer o morir; pero los esperan al paso en acecho y atrincherados para luego hacer fuego villanamente sobre los grupos de huelguistas que avanzan hacia ellos con las manos limpias.

A cincuenta pasos de mí, Emilio Bachiocchi cae bajo un tiro de fusil del cosaco asesino, sin tener tiempo de enviar el último beso a su compañera y a sus hijos. ¡Asesinos!, grité yo, pero no tuve tiempo de repetirlo porque se sucedió una fuga general, y yo me fuí con los otros.

¡Pobre Emilio! ¡Cuán bueno y laborioso era, afectuoso con los suyos y los compañeros de trabajo. Lo conocí y lo ví años antes trabajando ante una boca de lava ardiente que tostaba la carne; hoy cae allí, solo y olvidado, bajo el plomo asesino de su amo enriquecido.

El número de las víctimas sin vengar del primero de mayo crecía espantosamente cada vez más, y yo sentía en el alma una tristeza infinita y en la tristeza -¡ayl- busqué la mecha.

Una hora o más después fue recogido y llevado a casa y un día o dos después se celebró su funeral. El pueblo se estremecía de ira y maldecía al patrón y al esbirro, y durante más de dos días en la calle no se vio figura alguna de cosaco.

La tumba de Emilio Bachiocchi fue cubierta de flores y de rosas fragantes, y todos juraban vengar al compañero caído.

Después del entierro todos se dirigen a la casa de la víctima y uno tras otro, todos estrechan la mano y tienen palabras de consuelo para la señora Bachiocchi. Entre la confusión busqué a los niños y los besé uno a uno en la frente, por mí y por su buen padre caído.

El domingo siguiente fui a visitar de nuevo con un grupo de amigos y de compañeros, a la señora Bachiocchi y apenas me vieron los niños, me reconocieron y yo les acaricié con más afecto.

Con frecuencia mi pobre y buena madre me hablaba en mi adolescencia de una María dolorosa, pero yo no había visto nunca otra María dolorosa que la señora Bachiocchi, vestida de negro, con las lágrimas que le surcaban copiosamente las mejillas lívidas por el dolor y rodeada de sus hijos que le preguntaban insistentemente: mamá, mamá, ¿cuándo vuelve papá? ¡Pobres niños!

Antes de imos, la viuda me estrechó la mano, diciéndome: ¡Gracias, amigo!, yo no le conozco, pero sé que es usted bueno como mi pobre Emilio.

- ¡Oh, no diga esto, por favor! Yo no le he hecho nada. Emilio cayó como supo vivir siempre.

Desde entonces no he vuelto a tener valor para poner los pies en aquella casa sagrada.

Apenas había salido, un compañero vino a mi encuentro y me dijo: ¿No sabes nada, Sacco? Hoy el cura de la parroquia cercana, en su sermón, ha profanado el cadáver de nuestro pobre Emilio.

¡Canalla! ¡Inquisidor! El día de las reivindicaciones, lo pagará.

La huelga duró aún varias semanas. El patrón supo que los ánimos estaban excitados y concedió a los huelguistas una insignificante mejora. La huelga se declaró terminada y los huelguistas volvieron al trabajo encorvados y humillados.

Han pasado años, pero la reacción se volvió cada vez más agresiva; los arrestos se vuelven más frecuentes, se persigue y se deporta sin piedad a los mejores hijos del pueblo. Las víctimas caen y se siguen una tras otra, y el mayo fúlgido y fecundo nos trae siempre nuevas víctimas sin vengar.

El penúltimo primero de mayo de mi arresto se preveía una gran manifestación de protesta -no en el sentido del verdadero primero de mayo de reivindicación de los mártires caídos- sino más que otra cosa como una Pascua del trabajo. Pero sin embargo, la policía irrumpía en todas partes en las filas de los ciudadanos pacíficos, sembrando el terror entre los niños, las esposas y las madres; los arrestos se sucedían en masa. Por su parte, los señores magistrados suministraban inexorablemente años de presidio a diestra y siniestra. Una de las ciudades más afectadas fue Roxbury, Mass.

De ahí, de todo ese cúmulo de persecuciones, de dolor y de miseria, nació en mí la chispa de la venganza por todos los oprimidos caídos.

Por eso a las puertas de las sacristías, de los magistrados y hasta en el Olimpo del imperio, la dinamita explotaba como manifestación de protesta y de reivindicación de los mártires de Chicago y por todas las víctimas aun no vengadas.

Después caí, y conmigo cayeron otras víctimas inocentes.

Cuando me hallé tras los barrotes de esta tumba, sólo sentí por los niños, por los amigos y camaradas menos afortunados, y por no poder volver a ver y acariciar la cabecita rubia de aquel pobre niño macilento y haraposo, a quien yo encontraba y ayudaba a recoger el carbón a lo largo de la vía férrea para calentar y cocer el alimento para su pobre madre enferma ...

Respecto de mí, sentía el orgullo de mi fe, de haber amado ayer como hoy, y de haber dado y comido siempre el pan de mi trabajo.

Y ahora, heme aquí al borde de la tumba, sí pero con el mismo orgullo y con la misma fe de ayer; todo ha quedado en mí y vosotros, compañeros, sois la única esperanza de salvación, llevando la certidumbre de que si caemos no permaneceremos invengados y de que los inquisidores que nos han condenado a muerte no continuarán caminando libremente como hoy.

A vosotros, amigos y compañeros, y a ti, fúlgido mayo, el último beso fraternal de reconocimiento de aquel que ha sabido vivir como sabrá morir.

Siempre vuestro.

1° de Mayo de 1927.

Nicolás Sacco

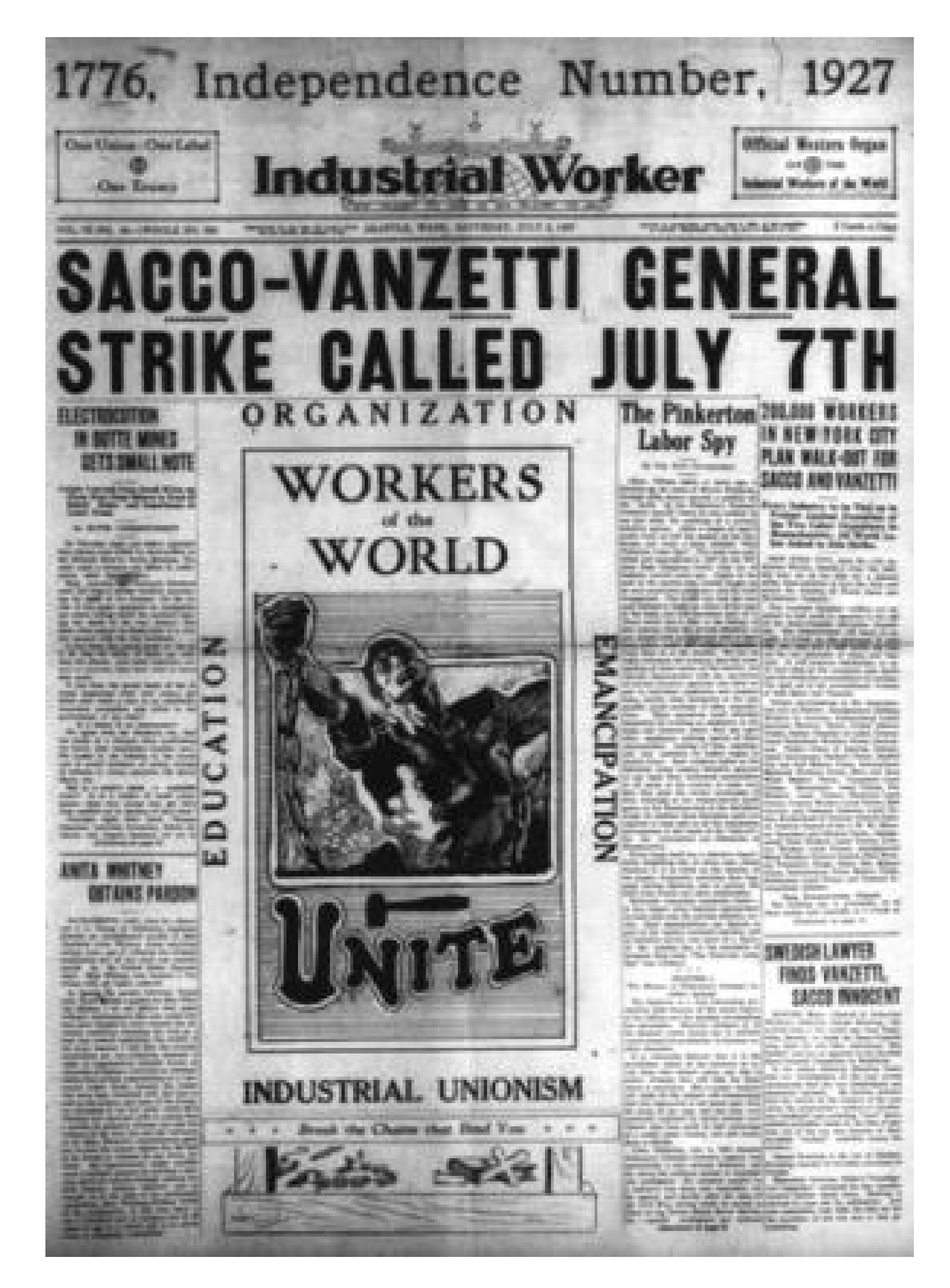
Notas

[1] Publicado en el semanario L´Aduanata dei Reffratari de Newark, N.Y., el primero de mayo de 1927.

ALEGATOS



1.- Palabras de Nicolás Sacco ante la audiencia de Dedham.
2.- Palabras de Nicolás Sacco al ser condenado a muerte.
3.- Palabras de Bartolomé Vanzetti al ser condenado a muerte.
4.- Declaración de fe de Bartolomé Vanzetti



1776, Independence Number, 1927

Industrial Worker

SACCO-VANZETTI GENERAL STRIKE CALLED JULY 7TH

ORGANIZATION

WORKERS of the WORLD

UNITE

EDUCATION

EMANCIPATION

INDUSTRIAL UNIONISM

The Pinkerton Labor Spy

200,000 WORKERS IN NEW YORK CITY PLAN WALK-OUT FOR SACCO AND VANZETTI

ANITA WHITNEY OBTAINS PARDON

SWEDISH LAWYER FINDS VANZETTI, SACCO INNOCENT

PALABRAS DE NICOLÁS SACCO ANTE LA AUDIENCIA DE DEDHAM

P.- ¿Qué quería usted expresar ayer cuando dijo que amaba a un país libre?

R.- Dadme la ocasión de explicarme.

P.- Le estoy pidiendo, precisamente, que se explique.

R.- Cuando estaba en Italia, un muchacho todavía, era republicano, de modo que siempre pensé que la República tiene más probabilidades de impartir la educación, desarrollar, elevar algún día la condición de la familia, procurar el desenvolvimiento normal del niño y su educación. Era mi opinión en ese tiempo; pero cuando llegué a este país vi que no existía lo que yo pensaba antes, sino que, por el contrario, la diferencia era enorme, puesto que en Italia no trabajé en forma tan penosa como he trabajado aquí. Podía haber vivido libremente allá; trabajar en las mismas condiciones, pero no en forma tan penosa, siete u ocho horas por día y disponer de mejor comida. Hablo sinceramente. Por supuesto que aquí hay buena comida, ya que es un país más grande, para todos los que puedan gastar dinero, no para la clase trabajadora y laboriosa, y en Italia hay más oportunidades para el trabajador, de comer vegetales, más frescos que aquí, pero me vine a esta nación. El trabajo que conseguí era muy pesado y a él estuve atado trece años; nunca me imaginé que costaba tanto mantener a una familia. Jamás pude guardar un centavo en el banco; tampoco pude mandar a mi hijo a la escuela a que aprendiera algo. He predicado a hombres que me acompañan en la desgracia. La idea libre da a cada hombre la probabilidad de profesar su propio credo, no la idea suprema, no para la ventaja de una minoría, no para retroceder a la posición atrasada de la España de veinte siglos atrás, sino que proporciona una oportunidad de educación, de leer la literatura, de hablar libremente, precisamente lo que le falta a la República.



Pude ver a los mejores hombres, a los más inteligentes y educados, arrestados y enviados a la prisión y muertos en ella o durante años sin poder salir de allí. Y Debs, uno de los más grandes hombres de este país, todavía está en la prisión, porque es socialista. Quería que la clase trabajadora viviese en mejores condiciones, tuviera más educación, proporcionara a los niños más probabilidades de llegar a ser algo algún día, pero lo metieron en la cárcel. ¿Por qué? Porque la clase capitalista está contra todo esto, la clase capitalista no quiere que nuestros hijos vayan a las universidades o a los colegios de Harvard. No hay ninguna probabilidad ... no quiere que la clase laboriosa se eduque, que la clase trabajadora levante la cabeza, exige que esté siempre sometida. Sucede a veces, ustedes lo saben, que los Rockefeller, los Morgan, dan cincuenta ... quiero decir que dan 500.000 dólares al colegio de Harvard, dan un millón de

dólares para cualquier otra escuela. Todos dicen: Bien, D. Rockefeller es un gran hombre, el mejor hombre del país. Quisiera preguntarle, ¿quién va al colegio de Harvard? ¿Qué beneficio saca la clase trabajadora de que el multimillonario Rockefeller regale un millón de dólares? No tiene ni la menor probabilidad, la clase desheredada, de concurrir al colegio de Harvard, porque hombres que ganan $21 por semana o $30, aunque ganen $80, si tienen una familia con cinco hijos no puede con ese sueldo vivir y enviar a sus hijos al colegio de Harvard, si es que quieren comer de acuerdo a sus necesidades. Se ven obligados a comer como las vacas, pero yo concibo que los hombres deben vivir como hombres. Entiendo que los hombres deben gozar de todo lo que la naturaleza les pueda ofrecer.

He aquí como cambiaron mis ideas. He aquí por qué amo al pueblo que sufre y trabaja y odia la guerra. No queremos luchar con los fusiles, y no queremos destruir a hombres jóvenes, llenos de salud. La madre ha sufrido en el trabajo cotidiano de criar a un hombre. Llega un día en que se necesita un poco más de pan y cuando logra que el hijo lo traiga como producto del trabajo del muchacho, vienen los Rockefeller, los Morgan o alguna gente de esa laya, de las clases dirigentes, y los envían a la guerra. ¿Por qué? ¿Qué es la guerra? La guerra no es empuñar el fusil como Abraham Lincoln y Jefferson, para luchar por un país libre, para dar oportunidades a los pueblos de una educación mejor, no solamente para la raza blanca, sino para la negra y las otras, porque todos son hombres; sino que la guerra se hace en beneficio de los grandes millonarios, las guerras son negocios, producen millones de dólares.

¿Qué derecho tenemos de matarnos los unos a los otros? He trabajado con irlandeses. He trabajado con alemanes, con franceses, y con otra mucha gente. Amo a esa gente como a mi mujer y a mi pueblo, por lo bien que me han tratado. ¿Por qué había de matar a esos hombres? ¿Qué me han hecho? Ellos nunca me han hecho nada. Por lo tanto no creo en la guerra. Quiero destruir todas las armas. Todo lo que puedo decir es que el gobierno no educa. Recuerdo que en Italia, hace unos sesenta años, el gobierno no podía evitar eses daños y perjuicios, de modo que un día alguien dijo en el gabinete: Si queréis destruir esos perjuicios, si queréis eliminar a esos criminales, debéis dar una oportunidad a la literatura socialista, a la educación del pobre, a la emancipación. Por eso es que quiero destruir el gobierno. Esa es mi idea del amor socialista. Por eso es que amo al pueblo que quiere educarse y vivir, construyendo lo que es bueno en la medida de lo posible. Eso es todo.

Nicolás Sacco

PALABRAS DE NICOLÁS SACCO AL SER CONDENADO A MUERTE

- Nicolás Sacco, ¿tiene usted alguna razón que aducir acerca de por qué no se lo pueda condenar a muerte?

- Sí, señor. Yo no soy orador. El idioma inglés no es muy familiar para mí. Y como sé, como me dijo mi amigo, mi camarada Vanzetti, que piensa hablar más, entonces yo pensé dejarle el tiempo a él.

Yo nunca sé, nunca oí, ni leí en la historia de algo tan cruel como este tribunal. Después de seis años de perseguirnos, todavía nos creen culpables. Y toda esta buena gente está hoy con nosotros en el tribunal.

Yo sé que el fallo va a ser entre dos clases: la clase oprimida y la clase rica. Nosotros le damos al pueblo libros, literatura. Ustedes persiguen al pueblo, lo tiranizan y lo matan. Nosotros siempre tratamos de darle educación al pueblo. Ustedes tratan de poner una barrera entre nosotros y otras nacionalidades, para que nos odien. Por eso hoy yo estoy aquí en este banquillo, por haber sido de la clase oprimida. Y ustedes son los opresores.

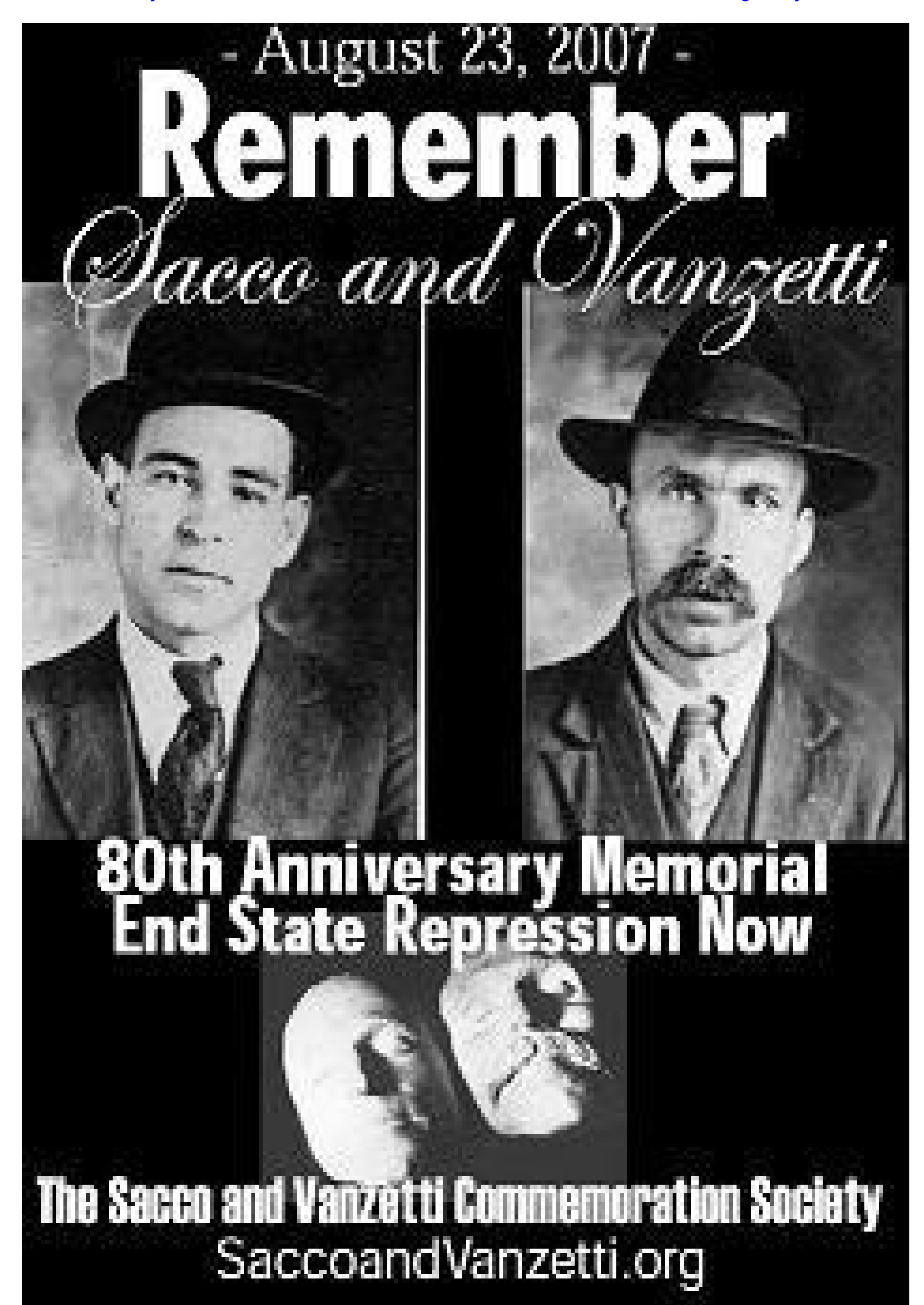
Usted lo sabe, juez, usted conoce toda mi vida. Usted sabe por qué me han traído aquí y hace siete años que usted nos está persiguiendo, a mi y a mi pobre mujer, y hoy todavía nos condena a muerte. Yo quisiera contar toda mi vida pero, ¿para qué? Usted ya sabe de antemano lo que yo digo, y mi amigo, quiero decir mi compañero, va a hablar porque él sabe más inglés que yo, y yo lo voy a dejar hablar a él.

Mi camarada, el hombre bueno para todos los niños. Ustedes olvidan de toda la población que ha estado con nosotros durante siete años. Simpatizando con nosotros y dándonos toda su energía y toda su bondad. A usted no le interesa. Entre la gente y los camaradas y la clase trabajadora hay una gran legión de gente intelectual que ha estado con nosotros estos siete años, pero el tribunal sigue adelante. Y yo creo que les agradezco a todos, a toda la gente, mis camaradas que han estado conmigo estos siete años, con el caso Sacco y Vanzetti, y le voy a dar a mi amigo Vanzetti la oportunidad de que hable él.

Me olvidé de una cosa que mi camarada me hace acordar. Como dije antes, el juez conoce toda mi vida, y él sabe que nunca fui culpable, nunca. Ni ayer, ni hoy, ni para siempre.

Nicolás Sacco

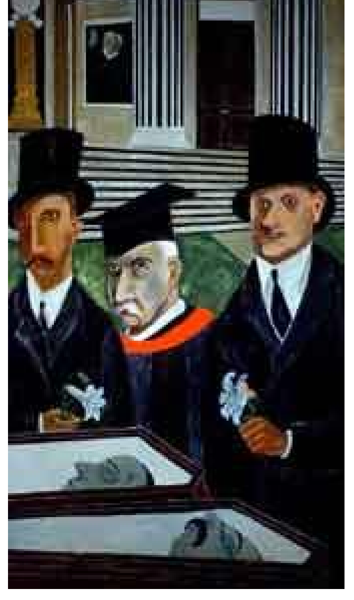



- August 23, 2007 -
Remember
Sacco and Vanzetti
80th Anniversary Memorial
End State Repression Now
The Sacco and Vanzetti Commemoration Society
SaccoandVanzetti.org

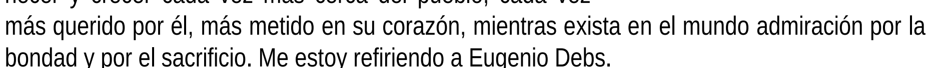
PALABRAS DE BARTOLOMÉ VANZETTI AL SER CONDENADO A MUERTE

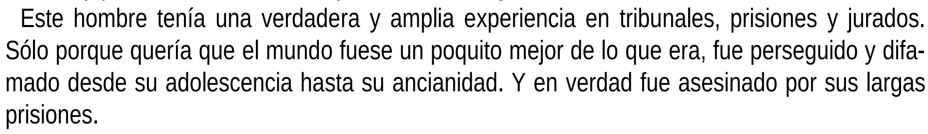
- Bartolomé Vanzetti: ¿tiene usted alguna razón que manifestar, en virtud de la cual no pueda ser condenado a muerte?

- Si. Lo que yo digo es que soy inocente. Que no sólo soy inocente, sino que en toda mi vida, nunca he robado, ni he matado, ni he derramado sangre. Esto es lo que yo quiero decir. Y no es todo. No sólo soy inocente de estos dos crímenes, no sólo que nunca he robado, ni matado, ni derramado sangre, sino que he luchado toda mi vida, desde que tuve uso de razón, para eliminar el crimen de la Tierra.



Ahora, tengo que decir que no sólo soy inocente de todas esas cosas, no sólo no he cometido un crimen en mi vida; algunos pecados sí, pero nunca un crimen; no sólo he luchado toda mi vida por desterrar los crímenes, los crímenes que la ley oficial y la moral oficial condenan, sino también el crimen que la moral oficial y la ley oficial no condenan y santifican: la explotación y la opresión del hombre por el hombre. Y si hay alguna razón por la cual yo estoy en esta sala como reo, si hay alguna razón por la cual dentro de unos minutos va usted a condenarme, es por esa razón y por ninguna otra.

Pido perdón por evocarlo. Hay un hombre que es el más bueno que he visto en mi vida. Un hombre que va a permanecer y crecer cada vez más cerca del pueblo, cada vez

más querido por él, más metido en su corazón, mientras exista en el mundo admiración por la bondad y por el sacrificio. Me estoy refiriendo a Eugenio Debs.


Este hombre tenía una verdadera y amplia experiencia en tribunales, prisiones y jurados. Sólo porque quería que el mundo fuese un poquito mejor de lo que era, fue perseguido y difamado desde su adolescencia hasta su ancianidad. Y en verdad fue asesinado por sus largas prisiones.

El conoce nuestra inocencia, y no sólo él, sino todos los hombres de claro criterio del mundo, no sólo de este país sino de todos los países del mundo, están con nosotros. La flor de la humanidad de Europa, los mejores escritores, los más grandes pensadores de Europa han pedido por nosotros. Los científicos, los más grandes científicos, los más grandes estadistas de Europa, han pedido por nosotros. Los pueblos de los países extranjeros se han pronunciado por nosotros.

¿Es posible, que sólo unos pocos individuos del jurado, sólo dos o tres hombres, que serían capaces de condenar a su propia madre a cambio de honores mundanos y bienes terrenos; es posible que ellos tengan razón contra el mundo, todo el mundo que ha dicho que están equivocados y que me consta que están equivocados?

Si hay alguien que pueda saber si tienen razón o no, somos yo y este hombre. Hace siete años que estamos juntos en la cárcel. Lo que hemos sufrido durante estos siete años, ninguna lengua humana lo puede narrar y, sin embargo aquí estoy delante de usted y no tiemblo, lo miro derecho a los ojos y no me ruborizo y no cambio de color, y no tengo vergüenza ni miedo.

Eugenio Debs dice que ni siquiera un perro, aunque no sea exactamente sus palabras, que ni siquiera un perro que ha matado gallinas, hubiera sido declarado culpable por un jurado de Estados Unidos con las pruebas que el Estado de Massachusetts ha reunido en contra de nosotros.

Hemos probado que no podía haber habido en toda la faz de la tierra un juez más prejuicioso ni más cruel que lo que usted lo ha sido con nosotros. Hemos probado eso. Y nos siguen negando un nuevo juicio. Nosotros sabemos, y también lo sabe usted en el fondo de su corazón, que usted ha estado en contra de nosotros desde el primer momento, aun antes de habernos visto la cara. Antes de vernos, usted ya sabía que éramos izquierdistas y que debíamos perecer. Nosotros sabemos que usted se descubrió, y descubrió su hostilidad contra nosotros y su desprecio, hablando con amigos suyos en el tren, en el club universitario de Boston y en el Golf Club de Worcester, Mass. Estoy seguro que si la gente supiera todo lo que usted dijo en contra nuestra, si usted tuviera el coraje de declararlo públicamente, entonces quizás su señoría, y siento tener que decirlo porque usted es un hombre anciano y yo tengo un padre anciano, pero quizás usted, señoría, tendría que estar ocupando nuestro lugar como acusado en este juicio.

Nosotros fuimos juzgados durante un período que ya ha pasado a la historia. Quiero decir con eso, un período en que había una ola de histeria y resentimiento y odio contra la gente de nuestras ideas e ideales, contra el extranjero. Y me parece, más bien estoy seguro, que tanto usted como el fiscal han hecho todo lo que pudieron para agitar la pasión de los miembros del jurado, los prejuicios de los miembros del jurado, en contra nuestro. Ellos nos odian porque estamos contra la guerra, y no saben distinguir entre un hombre que está contra la guerra porque la considera injusta, porque no odia a ningún pueblo sobre la tierra; y un hombre que está contra la guerra porque está a favor del país que lucha contra el país en que él está, y entonces es un espía.

Nósotros no somos espías. El señor fiscal sabe perfectamente que nosotros estábamos contra la guerra porque no creíamos en los propósitos por los cuales según ellos, se hacía esta guerra. La creíamos injusta y creemos eso hoy más que hace diez años, porque cada día vamos comprendiendo mejor, el resultado y las consecuencias de esa guerra.

Creemos hoy más que nunca que esa guerra fue un trágico engaño y yo voy a subir con alegría al cadalso si puedo decir a la humanidad: Cuidado, los llevan a una nueva hecatombe. ¿Para qué? Todo lo que les dicen, todo lo que les han prometido, todas son mentiras, trampas, engaños. Fue un crimen. Prometieron libertad. ¿Dónde está la libertad? Prometieron prosperidad. ¿Dónde está la prosperidad? Prometieron elevación y dignificación moral. ¿Donde están?

Desde el día que ingresé a la prisión de Charlestown, la población de la cárcel se ha duplicado. ¿Dónde está la nueva moral que la guerra ha traído al mundo? ¿Dónde está el progreso espiritual que hemos alcanzado a través de la guerra? ¿Dónde está la seguridad de nuestra

vida, la seguridad de obtener el mínimo de cosas que necesitamos? ¿Dónde está el respeto por la vida humana? ¿Dónde están el respeto y la admiración por las características nobles y sanas del alma humana? Nunca antes de la guerra hubo tantos crímenes como ahora, tanta corrupción, tanta degeneración como la que hoy reina.

Se ha dicho que la defensa ha puesto toda clase de obstáculos en la marcha de este proceso para demorarlo todo lo posible. Yo creo que esto es injurioso, porque es inexacto. El Estado de Massachusetts ha utilizado uno de los cinco años que duró el proceso sólo para que la acusación comenzara con el juicio, nuestro primer juicio. Después los abogados de la defensa apelaron y usted esperó. Yo creo que en el fondo de su corazón usted ya había resuelto, cuando terminó el juicio, denegar todas las apelaciones que se interpusieran. Usted esperó un mes, no, un mes y medio, y comunicó su decisión en víspera de Navidad, exactamente en Nochebuena. Nosotros no creemos en la fábula de Nochebuena, ni desde el punto de vista histórico, ni religioso. Usted sabe que muchos de nuestros seres queridos creen en eso y no porque no creamos, significa que no seamos humanos. Nosotros somos humanos y la Navidad es una fecha grata al corazón de todos los hombres. Yo creo que usted ha comunicado su decisión en la víspera de Navidad, para envenenar el corazón de nuestros familiares v demás seres queridos.

Bueno, ya he dicho que no sólo no soy culpable de estos crímenes sino que nunca he cometido un crimen en mi vida; nunca he robado, ni matado, ni derramado sangre, y en cambio siempre he luchado contra el crimen. He luchado y me he sacrificado para borrar de la Tierra incluso aquellos crímenes que la ley y la iglesia legitiman y santifican.

Quiero decir esto: que no le deseo a un perro ni a una serpiente, al ser más bajo y despreciable de la Tierra, no le deseo lo que yo he tenido que sufrir por crímenes de los que no soy culpable. Pero mi convicción más profunda es de que yo he sufrido por otros crímenes, de los que sí soy culpable.

Yo he sufrido y sufro porque soy un militante anarquista, y es cierto, lo soy. Porque soy italiano. Y es cierto, lo soy. He sufrido más por lo que creo que por lo que soy; pero estoy tan convencido de estar en lo cierto. que si ustedes pudieran matarme dos veces, y yo pudiera renacer otras dos, volvería a vivir como lo he hecho hasta ahora.

Vanzetti terminó su exposición con las siguientes palabras, incluidas por Seldon Rodman en una antología de la poesía norteamericana, dándole corte de versos:

He estado hablando mucho de mí mismo
y ni siquiera había mencionado a Sacco.
Sacco también es un trabajador,
Un competente trabajador desde su niñez, amante de su trabajo,
con un buen empleo y un sueldo,
una cuenta en el banco, y una esposa encantadora y buena,
dos niñitos preciosos y una casita bien arreglada
en el lindero del bosque, junto al arroyo.
Sacco es todo corazón, todo fe, todo carácter, todo un hombre;
un hombre, amante de la naturaleza y la humanidad;
un hombre que le dio todo, que sacrificó todo

por la causa de la libertad y su amor a los hombres:
dinero, tranquilidad, ambición mundana,
su esposa, sus hijos, su persona y su vida.
Sacco jamás ha pensado en robar, jamás en matar a nadie,
él y yo jamás nos hemos llevado un bocado
de pan a la boca, desde que somos niños hasta ahora,
que no lo hayamos ganado con el sudor de la frente.
Jamás ...
Ah, sí. Yo puedo ser más listo, como alguien ha dicho;
yo tengo más labia que él, pero muchas, muchas veces,
oyendo su voz sincera en la que resuena una fe sublime,
considerando su sacrificio suoremo, recordando su heroísmo;
yo me he sentido pequeño en presencia de su grandeza
y me he visto obligado a repeler
las lágrimas de mis ojos,
y apretarme el corazón
que se me atenazaba, para no llorar delante de él:
este hombre, al que han llamado ladrón y asesino y condenado a muerte.
Pero el nomhre de Sacco vivirá en los corazones del pueblo
y en su gratitud, cuando los huesos de Katzmann
y los de todos vosotros hayan sido dispersados por el tiempo;
cuando vuestro nombre, el suyo, vuestras leyes, instituciones,
y vuestro falso dios no sean sino un borroso recuerdo
de un pasado maldito en el que el hombre era lobo para el hombre ...
Si no hubiera sido por esto
yo hubiera podido vivir mi vida
charlando en las esquinas y burlándome de la gente.
Hubiera muerto olvidado, desconocido, fracasado.
Esta ha sido nuestra carrera y nuestro triunfo.
Jamás en toda nuestra vida hubiéramos podido hacer tanto por la tolerancia,
por la justicia,
porque el hombre entienda al hombre,
como ahora lo estamos haciendo por accidente.
Nuestras palabras, nuestras vidas, nuestros dolores -¡Nada!
La pérdida de nuestras vida -La vida de un zapatero y un pobre vendedor de pescado
¡Todo! Ese momento final es de nosotros
Esa agonía es nuestro triunfo.

Bartolomé Vanzetti

DECLARACION DE FE

Bartolomé Vanzetti

Del memorial que Vanzetti envió al gobernador Fuller en mayo, explicando los detalles del proceso, he aquí algunos párrafos:

... Somos anarquistas; creemos en la anarquía, que no es ni una secta ni un partido, sino una filosofía que, como todas las otras filosofías, tiende al progreso y a la felicidad humana. Nuestra aspiración suprema es la eliminación de toda forma de violencia y la mayor libertad de cada uno y de todos, realizada con la eliminación de toda forma de opresión y de explotación del hombre por el hombre. Nuestro sentimiento y nuestro ideal de justicia están fundados en el principio del respeto y de la dignidad humana, de la igualdad de los hombres en los orígenes de la naturaleza y en la igualdad de sus derechos y de sus deberes.

Nosotros nos llamamos libertarios, lo que significa, en resumen, que creemos que la perfección humana debe ser obtenida con el máximun de la libertad y no por efecto de coerción, y que todo lo que hay de malo en la naturaleza humana y en la conducta de los hombres, puede ser eliminado solamente con la eliminación de sus causas y no con la coerción o alguna imposición que provocan mayores daños, agregando mal al mal.

Nosotros no somos tan torpes como para creer o sostener que las instituciones humanas pueden ser cambiadas en un día. El cambio deberá ser gradual. Pero creemos que un cambio debe tener lugar y que tiene que efectuarse en el sentido de mayor libertad y no de mayor violencia. Es por eso que somos contrarios a toda teoría de comunismo o de socialismo, autoritarios, porque tienden a volver a soldar más o menos fuertemente las cadenas del espíritu humano, mientras nosotros somos adversarios del sistema actual porque está basado en la violencia.

Por esta causa estamos satisfechos de sufrir y de morir, pero no por el bajo y grosero crimen de Braintree ...

... Por todas estas razones y porque nosotros reconocemos que es necesario mucho tiempo y mucho trabajo para tratar adecuadamente las cuestiones que hemos sometido a vuestra atención, respetuosamente le pedimos que, si pone en duda la veracidad de nuestras declaraciones, proceda a una encuesta preliminar y pública sobre nuestro caso, confiándola a hombres hábiles y desinteresados. Que sea pública es necesario, porque no podrá ser efectivamente convincente si no pueden conocer todos lo que se diga en contra de nosotros. Pero crea que nosotros al hablar así, no queremos de usted piedad u otra cosa que no sea justicia o que queremos salvar nuestra vida renunciando a nuestros principios o a nuestra dignidad de hombres.

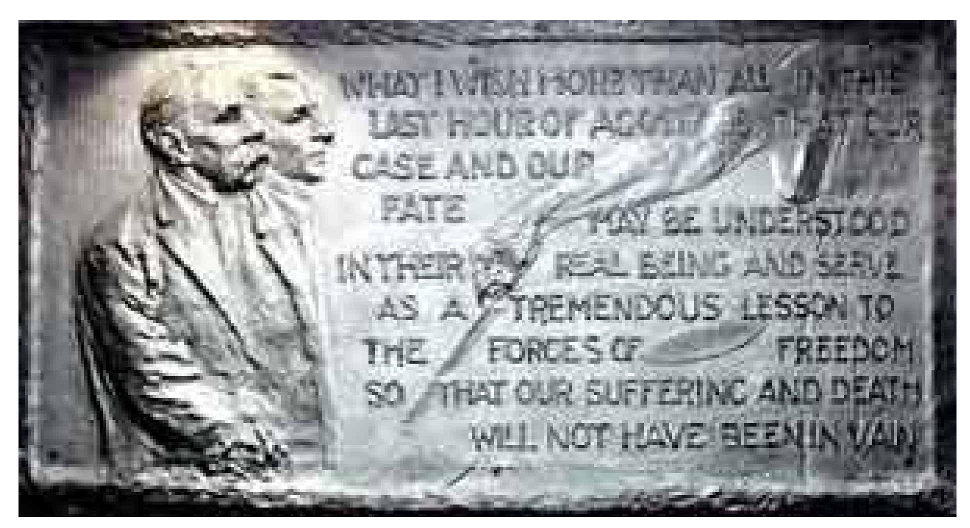
A los hombres condenados a morir se puede perdonar la franqueza de su lenguaje. Nosotros no le pedimos nada que pueda parecer despreciable o increíble, pero le recordamos que en última instancia las víctimas de la injusticia sufren mucho menos que los gobiernos que han infligido la condena injusta. Nosotros no podemos morir más que una sola vez, y el dolor de la muerte será de un instante. Pero la injusticia cometida contra nosotros no será olvidada. Y ella, en el largo curso de los años, atormentará la conciencia de aquellos que, por su intolerancia, han querido nuestra muerte, y sus mismas generaciones del porvenir sentirán el peso de

nuestro fin injusto. El error de la justicia es una tragedia. Pero la injusticia cometida con el propósito deliberado es una infamia.

Gobernador Fuller, nosotros hemos estado en la cárcel siete años, acusados de un delito que no hemos cometido, y esperando la muerte que se aproximó cada día más. Tal vez usted se imagina lo que esa espera ha sido para nosotros. ¿Y sabe lo que ha significado para la mujer y los hijos de Sacco, o para el padre, y la familia de Vanzetti en la lejana Italia? No es el pensamiento de nuestra muerte que se aproxima la que nos ha causado y nos causa el mayor dolor, sino los sufrimientos de aquellos que están cerca de nosotros y a quienes queremos, sus sufrimientos de los siete años pasados y los sufrimientos mayores de los años que vienen.

Y bien, nosotros no le pedimos piedad, sino justicia. Nosotros no queremos conmoverle con nuestros sufrimientos y los de nuestras familias. Usted no puede justamente decidir su actitud oficial basándose en nuestros sufrimientos y en los de nuestras familias. Pero ellos pueden representar para usted una razón a fin de prestar la mayor atención y conceder una imparcial consideración a los dos motivos de nuestra petición: que somos inocentes y que nuestro proceso no ha sido conducido equitativamente.

Bartolomé Vanzetti.



CARTAS




SACCO Y VANZETTI
81 AÑOS
23 DE AGOSTO 1927
A 81 AÑOS DE SUS
EJECUCIONES

A LOS COMPAÑEROS Y A LOS AMIGOS Y A LOS QUE SIGUIERON NUESTRO VIA CRUCIS

18 de octubre de 1921.
Cárcel de Dedham, Mass.

Hemos sido erróneamente condenados por un atroz asesinato que otras personas cometieron. El crimen es completamente extraño a la lucha de los trabajadores para mejorar su situación.

No tenemos miedo a la muerte.



Todo trabajador, como siervo del capitalismo, afronta millones de veces la muerte en el cumplimiento de sus tareas. No tememos la muerte, pero nos rebelamos angustiados al pensar que debemos morir por un delito que no hemos cometido, por un hecho que no tiene ningún significado social. Desde los primeros años de nuestra juventud hasta el momento de la detención dimos nuestro tiempo, nuestras fatigas y los medios que ganábamos penosamente a la educación de los trabajadores, preparándolos para el día que el proletariado sepa emanciparse.

No somos vulgares malhechores que robamos y matamos. Ningún hombre en condiciones mentales normales comete un asesinato. Los delitos de violencia son la demostración precisa de que la actual sociedad está en condiciones anormales que determinan esas formas especiales de delincuencia.

No es preciso aquí repetir la historia de nuestro proceso y de nuestra condena. Una red diabólica de mentiras fue construida en nuestro daño y algunos inocentes actos nuestros fueron hábilmente falseados por la mentalidad insidiosa de aquellos que en los defensores del trabajo, ven solamente enemigos de la sociedad.

El capitalismo americano no llega a comprender que un trabajador pueda ser un activo luchador contra la explotación y al mismo tiempo tener una inteligencia y un corazón que repudien los hechos de violencia. El complot tuvo el último retoque al ponerse en evidencia nuestra fe en la justicia de las reivindicaciones de los trabajadores. Esta razón fue suficiente para condenarnos.

Si vamos a la silla eléctrica iremos, no porque se haya demostrado que somos culpables del delito que se nos atribuye, sino por nuestros ideales. E iremos permaneciendo fieles a nuestros principios, los cuales, si hoy son rechazados y combatidos, mañana dominarán la vida.

Si morimos, moriremos con la convicción de que los hombres de vanguardia deben morir siempre. Deseamos, mientras tanto, que nuestra muerte no ocurra en vano y que vosotros, trabajadores que hacéis posible la vida de la sociedad moderna, haréis que nuestro sacrificio sea más elocuente y útil al progreso social que lo sería nuestra vida.

No queremos morir inútilmente.

Si hemos de morir, haced al menos que nuestro sacrificio contribuya a abrir el camino a un mundo en el que no existan más las clases dominantes, sofocando las aspiraciones de la libertad.

Nicolás Sacco
Bartolomé Vanzetti



FRAGMENTO

Dedham, 1921.

... Ahora es inútil hablar de la maquinación infame en que hemos sido envueltos ... Ahora se esclareció nuestra inocencia. Y el procurador Katzman sabe también que somos inocentes, que no somos vulgares asesinos. Pero sabe igualmente que somos italianos y además, subversivos ... ¡He ahí por qué se nos quiere matar! Si debo morir por aquella fe, por aquél noble y sublime ideal de justicia, fraternidad y libertad social que abracé espontáneamente, que defendí y propagué siempre por todas partes, educándome e instruyéndome, puedo gritar bien alto que muero altivo y orgulloso ...

¡Valor, verdugo! Tú, en nosotros, destruirás dos hombres, pero no el pensamiento. El pensamiento vuela lejos, atraviesa todas las barreras de los prejuicios seculares de la sociedad corrompida, marcha sin tregua más allá de los mares y de las fronteras, a educar y crear una más decidida juventud rebelde, que sabrá dar el último golpe de gracia a esta sociedad, sepultándola bajo sus propias ruinas ...

Nicolás Sacco



A SU HERMANO SABINO

Dedham, noviembre de 1921.

Mi querido hermano:

Puedes imaginarte qué alegría tengo cada vez que recibo una de tus cartas a través de los horrores de la infame bastilla de la libre América.

Tu carta está llena de ansiedad, de valor y de ese sentimiento de humanidad que surge, no solo de los afectos fraternales, sino de nuestra gran fe recíproca.



Estoy contento al saber que los camaradas y amigos de Italia se agitan en defensa de dos inocentes, culpables sólo de amar la justicia y la humanidad, y deseo que sus esfuerzos sean coronados por el éxito.

No creo en la justicia corrompida de América, pero dirijo el pensamiento hacia el proletariado del mundo y hacia los buenos camaradas. De ellos solo podremos esperar la libertad.

Aquí los camaradas de América trabajan por todas partes y luchan sin descanso de suerte que después del veredicto que sacudió al mundo entero nació una profunda indignación en todos los corazones que alientan sentimientos de justicia y de libertad.

Ayer he recibido la visita de un compañero del Comité de defensa de Boston: Hemos hablado un par de horas y me ha dicho que nuestros abogados han ganado dos probabilidades de obtener la revisión del proceso. Así, el 1 de enero, el juez dictaminará u ordenará la revisión.

En caso negativo, debemos apelar a la Corte Suprema del Estado de Massachusetts.

Lucharemos hasta que el verdugo nos lleve a la silla fatal y que nuestro último grito será para la anarquía. Sí, por nuestra fe sabremos morir como supieron morir todos los mártires del pensamiento libre. Pero no por un crimen vulgar que no hemos cometido.

Un beso infinito a todos.

Tu hermano.

Nicolás Sacco

A L.D. ABBOTT, NUEVA YORK

Dedham, Mass. 1926.

No abrigo ninguna gran esperanza en mi libertad personal. El proletariado revolucionario de Europa ha sido abatido por la reacción. Debemos, pues, abandonamos a la suerte. Pero de la reacción en Massachusetts no puedo esperar nada y por esto debo estar dispuesto a una muerte infame.

La razón por la cual no creo que se nos conceda la revisión del proceso es que las altas autoridades que nos la rehusarán saben exactamente que saldríamos ganando nosotros si el proceso se revisara. Para ellos sería una confesión de que han cometido con nosotros una injusticia. No sólo saldríamos en libertad, sino que su iniquidad se revelaría al mundo en el caso de un nuevo proceso. Además, para nuestros asesinos hay algo más peligroso que el desenmascaramiento, y es la libertad. Hemos atravesado por todo dolor, por todo peligro, por toda preocupación, por todo temor; hemos soportado, firme y dignamente, sin vacilaciones, una lucha a muerte de siete años. No hemos renegados de nuestra fe, no hemos demostrado ningún arrepentimiento sobre nuestra herejía y no hemos abandonado nuestras concepciones. Hemos permanecido anarquistas; no nos hemos arrojado a los pies de nuestros verdugos; les hemos mirado frente a frente y les hemos forzado a bajar la cabeza.



¿Qué esperaría un asesino capaz de hacer lo que el juez Thayer ha hecho con nosotros, de sus víctimas, si éstas están libres?

Por estas razones se nos ha rehusado la revisión del proceso, y se nos rehusará todo lo demas. Nuestros enemigos saben que este es el único camino para terminar con nosotros y suprimirnos. Y yo me asombro de que ninguno de aquellos que hablan de este caso hayan mencionado ambas razones. No deberían ocultarlo, sino expresarlo altamente.

Saludos a todos los amigos de New York de mi parte.

Bartolomé Vanzetti

POR QUÉ NO FIRME LA PETICIÓN AL GOBERNADOR FULLER

Nicolás Sacco

Queridos compañeros y amigos:

La mayor parte de las veces, según los casos, el silencio y la tolerancia valen un tesoro, pero a veces las cosas son de tal modo repugnantes que revuelven hasta el estómago del más prudente. Por eso no se puede menos de tomar la pluma para aclarar la realidad de los hechos, que son muy diversos a como la prensa azuzadora dijo respecto de mi actitud al rehusarme a firmar la petición enviada al gobernador Fuller.


L'ADUNATA DEI REFRATTARI

XXII AGOSTO

He aquí como están las cosas: Dos días después de mi negativa a firmar la petición para un nuevo recurso legal, invocando una comisión imparcial para una investigación sobre todas las fases del proceso, vino a verme Mr. Ehrmann, el nuevo asistente abogado de Mr. Thompson, junto con el doctor Mayerson, psiquiatra de Boston, es decir el médico de que el Comité de defensa se ha servido siempre en estos años de peripecias de nuestra vida, y a quien por el buen trabajo prestado a la defensa, el Estado de Massachussetts lo recompensó con una bagatela.

Pocos minutos antes llegó mi compañera y Feliciani precedidos del abogado Mr. Ehrmann y el doctor Meyerson.

Apenas vi al doctor comprendí el asunto y sin quererlo, rozó un poco mi susceptibilidad. Después de cambiado el saludo y estrechado las manos, nos sentamos a una mesita. El interrogatorio giró sobre lo habitual: por qué me rehusé a firmar la petición, de que hablé extensamente en una carta anterior enviada a la prensa, con el deseo de verla publicada dentro de unos días.

Mr. Ehrmann fue el primero en interrogarme si nuestra causa había sido juzgada antes o después del juez Thayer, a lo que respondí que sí, y confieso que hice mal en no haberle respondido diferentemente, es decir, que tanto en la primera como en la segunda negativa de la Corte Suprema, los jueces no hicieron más que aprobar la injusticia de Thayer y no han estudiado nunca los hechos y las nuevas evidencias del proceso, desde el punto de vista jurídico.

Pero Mr. Ehrmann fue muy prudente al no explicarme eso, porque quería llegar al objetivo que se había propuesto, es decir, que yo no podía tener conocimiento de las cosas, puesto que no disfrutaba de mis plenas facultades mentales; pero hasta aquí no llegó, pues si se hubiese atrevido le habría respondido esto: Que si hace dos años, en nuestra primera apelación a la Corte Suprema, hubiesen colgado al juez Thayer en el primer poste del alumbrado, ningún otro juez nos habría rehusado un nuevo proceso; a estas horas Sacco y Vanzetti estarían libres.

Volvamos al doctor Mayerson, que después de haber preguntado otras varias cosas, me dijo: Dígame, Mr. Sacco, ¿cree usted que no firmando esta petición el pueblo podría salvarle?

- No sé lo que el pueblo puede hacer mañana -respondí- pero tengo fe en los buenos amigos y compañeros que en la lucha de estos años pasados nos dieron vida; y las experiencias de estos siete años me enseñan a no firmar ningún otro papel legal.

- Ahora dígame, Mr. Sacco, continuó el doctor Mayerson; usted reconoce todas estas instituciones universitarias, políticas, religiosas; ¿considera usted a profesores, banqueros y políticos que ocupan hoy altos cargos en la nación, como enemigos o amigos suyos?

- ¿Cómo he de juzgarlos enemigos míos cuando hoy inician comicios de protesta y nos ayudan financieramente? Después de todo también ellos tienen un corazón. En mi vida he odiado a nadie; pero he defendido siempre al más débil, aun cuando de parte del más fuerte hubiese encontrado a mi padre; tanto es así -continué diciendo-, que con el patrón de la fábrica donde trabajé varios años éramos buenos amigos y a menudo le llevaba a su casa platos humeantes de tallarines. En cambio de eso él no me hacía nunca pagar los zapatos que compraba para mí y para mi familia; y ... comprenda ... para tantos otros pobres niños y madres descalzos y harapientos que sufrían en la miseria y en el dolor en el invierno rígido, sentía la necesidad de llevar a menudo los buenos tallarines de mi Rosina. Pero, dejándole a él a un lado, conozco por experiencia y por la historia de todos los siglos, la codicia y la tiranía de todos los amos, pues si en Los Malos Pastores O. Mirbeau dijo que también la burguesía tiene un corazón, demostró que ese corazón se conmueve sólo cuando los soldados cosacos han disparado sobre la muchedumbre inerme de los trabajadores que reclaman un pan menos duro; donde, entre los cadáveres de las madres y esposas de los trabajadores cae también el hijo del industrial; mientras que dos horas antes el patrón habría podido conservar la vida de su hijo y evitar toda aquella masacre de inocentes, concediéndoles un pan más para poder dar vida a los niños mal alimentados. Pero no, ha querido antes la masacre, para gritar después a la multitud de los huelguistas, enloquecido por el dolor: ¿dónde está mi hijo? ¡devolvedme a mi hijo y tomad todas mis riquezas! Pero, ¡ay! era demasiado tarde, su hijo había caído bajo el plomo de los cosacos a quienes el padre había ordenado hacer fuego sobre la muchedumbre inerme e inocente.

Volviendo sobre el argumento, el doctor y Mr. Fhrmann me preguntaron otras cosas insignificantes que yo no creo útil reproducir; después trataron por todos los medios de herir mi sensibilidad. Pero me mantuve firme para no darles la oportunidad de decir que estaba ... Sin embargo, he aquí qué relato od usum delphini hizo el doctor Mayerson al gobernador Fuller, publicado en toda la prensa del 5 de mayo. He aquí en parte lo que dice en los puntos más inverosímiles que tomo del Boston Herald:

Sacco no está loco. Sin embargo demuestra una evidencia de mentalidad anormal, que caracteriza una posición extremadamente fanática en su presente situación. Su estado de ánimo es hostil a la firma de todo otro papel legal en su defensa.

Más abajo dice:

Sí, no hay duda que siete años de prisión sin ninguna ocupación y preocupación por su situación, han contribuido a reducirlo a un estado anormal, por lo cual el fanatismo ha intensificado en él la obsesión. A pesar de que no esté loco, su inaccesibilidad a todos los motivos,

sus reacciones emocionales son patológicas. Su mente ha perdido la flexibilidad de que tiene necesidad el hombre para normalizar su situación.

Sin duda, después de esta falsa declaración hecha al gobernador Fuller, la prensa ha hecho su comentario, ocultando el pensamiento y la realidad de los hechos con el más bajo modo de ver y según sus intereses miserables.

El gran filósofo A. Schopenhauer dice que el Estado es una obra maestra, es verdad, porque el uno ayuda al otro a sostenerse en pie para regir la pirámide nefasta que oprime y consume hasta los huesos al pobre trabajador. Es la historia de todos los siglos pasados y del presente, del humilde hasta el más alto educador intelectual. Cuando la escuela del uno y la acción del otro han perjudicado u obstaculizado las cosas o la función del Estado, éste, después de haberlos fusilado o crucificado o sepultado vivos por largos años en una tumba, trata de herirlos con el arte de la ignominia, de la infamia, llamándoles fanáticos, locos, criminales.

Os saludo hoy, como mañana, desde el cadalso, os enviaré el último beso.

Hoy son dos humildes trabajadores los que han empeñado la lucha; mañana serán otros los que ocuparán nuestro puesto; los habrá siempre, y frente a la tumba de los nobles caídos gritarán: ¡Abajo los que reniegan de todas las libertades y del bienestar de la humanidad oprimida!

Parece que el imperio del oro del mundo estrellado tenga miedo de ahorcarnos. Pero no es así. La sombra de estas dos ruinas no lo perturba en ningún modo, porque sabe por la historia que el pueblo ama con extrema pasión al puro, al más límpido, al hermano sincero de la miseria y del dolor que estuvo a su lado en la lucha de ayer y de hoy. Sabe también que la rebelión tremenda de ese pueblo laborioso haría caer en el abismo -fácilmente- la obra maestra de la pirámide de la tiranía y de la miseria.

Y es claro que hoy esos señores se arrepienten de no haberse desembarazado ayer de nosotros con un tiro de revólver, como armaron la mano del sicario asesino que mató al compañero Kurt G. Wilckens en la prisión de la Argentina.

Pero sospecho de todo, a despecho del feroz Thayer y del fiscal Wilbur, unidos a sus colegas -dignos compadres de Katzmann- que desde el año pasado claman nuestra inmediata ejecución, la agitación se intensifica en todas partes en los Estados de la Unión. De las minas a las fábricas, de los astilleros y de donde quiera que haya un rebelde -de aquí y del otro lado del Atlántico-. De las ciudades de la Argentina, de Francia, de México, de Suiza, etc., llegan peticiones de apelación, cartas de protesta de millares de trabajadores, de ciudadanos respetables, de abogados de fama mundial, de ilustres personajes de la ciencia, de la literatura, de profesores, instituciones. universitarias, políticas y religiosas de aquí y del resto del mundo llegan a montones todos los días al gobernador Fuller en favor de nuestra liberación inmediata.

Todo eso es de buen augurio, ciertamente; y yo que he tenido fe siempre en los buenos y en los trabajadores del brazo y del pensamiento, pienso en una insurrección general que nos arrancará de las garras feroces de los barones de Massachusetts.

Al contrario, respecto de esto no hay que hacerse ilusiones, pues si hoy nos encontramos al borde de la tumba es porque hemos sido demasiado ilusos en estos últimos años; y yo que he subido uno a uno todos los peldaños de este doloroso calvario, tengo la firme convicción que

el gobernador nos negará todo. Tanto es así que hasta hoy el gobernador Fuller, después de todas las cartas de protesta, de las Peticiones y de los llamados enviados -incluso el del Comité de defensa y la última enviada y firmada por Vanzzetti- solicitando una comisión de investigación sobre el caso, no ha iniciado ningún trabajo; y no sólo eso, sino que se ha rehusado a hacer ningún comentario o declaración relativa a nuestro proceso.

Muchas Peticiones piden una postergación de nuestra ejecución, y muchas otras una conmutación de la Pena. Sobre esto último, si el gobernador es forzado por las circunstancias y por el miedo, nos conmutará la sentencia por prisión perpetua para desembarazarse así de nosotros. Pero no por eso cesará la lucha.

¡Valor, hermanos! Otros, mañana, ocuparán nuestro puesto, y la esperanza y la confianza en nuestra fe que habéis demostrado en la brecha en estos siete años de lucha, está hoy en nosotros y nos sonreirá en el abrazo de nuestros queridos compañeros y en la lucha de mañana.

En los acontecimientos de la lucha emprendida, tened fe en vosotros, pues en el sendero luminoso se unirán a vosotros otros hermanos para la lucha santa, hasta la meta de la victoria.

Por todos los caídos, por todas las víctimas de los sin patria perseguidos, que se conmueva la protesta humana y en la revuelta audaz, en el combate por la liberación, suene a las puertas de los lupanares sedientos de sangre.

Os saludo hoy como estoy seguro de enviaros mañana desde el cadalso el último beso de despedida.

Con fe en vosotros, por la anarquía.

Cárcel de Dedham, 13 de mayo de 1927.

Nicolás Sacco

A UN COMPAÑERO ITALIANO EN PARÍS
FRAGMENTO

Cárcel de Dedham, 14 de mayo de 1927

Yo sé que las autoridades capitalistas nos concederán todo lo que no puedan negarnos; pero ni más ni menos.

A la solidaridad heroica de los amigos, de los compañeros y del proletariado revolucionario del mundo, a la solidaridad de los pueblos es a lo que debemos el estar todavía vivos. Y de esa solidaridad dependerá hasta el fin nuestra suerte.

¡Cuánta sangre nuestra ha derramado, desde los mártires de Chicago en adelante, el capitalismo, o más precisamente la reacción norteamericana! Pero Thayer está sano e incólume, pero todos los perjuros en nuestros procesos están sanos e incólumes, como también los jurados, y Katzmann, y Williams, y el esbirro Stewart, el brazo derecho de Katzmann.



No se ha tocado un cabello a uno solo de esos asesinos.

En Chicago el elemento del delito apuñala jueces y ametralla representantes de la acusación pública; en New York un testigo de la acusación que debía testimoniar en un proceso contra elementos de la mala vida, fue acribillado a tiros mientras asistía a una comida dada en su honor; y los verdaderos y propios culpables se escurren, por la parte abierta de la cofia, de las garras de la llamada justicia.

Pero el puñado de sanguinarios bestializados que reclaman nuestra sangre al gobernador Fuller, no son alcanzados por nuestro terrorismo.

Dean Wigmore, amigo personal del juez Thayer, llega a decir que nosotros, anarquistas, y nuestros compañeros, pertenecemos a la Camorra napolitana, a la Maffia siciliana, a la Mano negra española y a no sé qué otras asociaciones criminales de la India y de otros lugares aun, y habla de la tarea realizada por Thayer en una atmósfera de violencia cultivada por nosotros, e invoca para nosotros la hoguera.

Dejo a los estudiosos la misión de decir que los anarquistas y el anarquismo no tienen nada de común con las asociaciones criminales secretas; yo constato simplemente la verdad del proverbio: El que se hace oveja, lo come el lobo, y después lo afrenta.

Afirmo una vez más que no confío más que en los amigos, en los compañeros, en el proleta-

riado revolucionario internacional, la victoria de esta causa. A ellos solos les debemos la vida, a ellos solos deberemos el que el verdugo no nos tenga en sus manos.

Sólo vosotros podéis salvarnos y vengar nuestra sangre y nuestra muerte.

Y si morimos, con dos cadáveres más la reacción no podrá detener la historia y el porvenir, si vosotros sabéis, si vosotros deducís la enseñanza y la determinación.

Thomas Jefferson, que sabía lo que decía, dijo que sólo el miedo tiene influencia sobre el corazón de los tiranos que a nada temen más que al castigo. Y Thomas Paine nos enseña que es exceso de locura esperar piedad donde se niega justicia. La piedad misma, cuando su objetivo es de guerra, se convierte en una insidia de guerra.

¡Ay si no fuésemos vengados! Seguros por experiencia de la impunidad, los enemigos de la libertad no conocerían ya límite alguno ...

He llegado al punto que impone el silencio.

Saludo ardientemente a todos los compañeros, ... también en nombre de Nicolás. Con saludo fraternal, tuyo:

Bartolomé Vanzetti

A LOS TRABAJADORES ARGENTINOS

Cárcel de Dedham, Mass., 1927

Nosotros deseamos decir a los compañeros, a los amigos, al pueblo argentino, que sabemos cuán grande, sublime y heroica es su solidaridad hacia nosotros.

Sabemos que habéis dado el pan y el reposo vuestro, vuestra sangre y vuestra libertad por nosotros. Sabemos que hubo quien dió su vida por nosotros.



Vuestra solidaridad generosa nos reafirma en la fe anárquica y humana. Vuestro sacrificio heroico, nos hace sangrar el corazón, mas nos sostiene el ánimo dándonos la certeza de una victoria final del proletariado.

Nosotros saludamos a quien lucha por nosotros; a quien está preso por nosotros; a quien ha muerto por nosotros.

Compañeros: amigos, Pueblo de la Argentina: nosotros morimos con vosotros en el corazón.

Y que ninguno de vosotros se desaliente, que ninguno vacile, que ninguno pierda el ánimo, cuando os llegue la triste nueva de nuestra muerte; que ella no os espante.

La vía de la libertad, que es la vía del progreso y de la justicia, está empañada de sangre, sembrada de fosas. Solo los fuertes la pueden recorrer. Vosotros sois fuertes. Dos caídos más: ¿Y qué? Otros ocuparán nuestros puestos, más resueltos y numerosos que nunca. En alto los corazones: ¡viva la anarquía y la revolución social!

Y recordaos de cuanto queremos deciros: el enemigo nos quiere muertos, y nos tendrá muertos para defender el privilegio y la tiranía, para humillaros, para acobardaros, para venceros, destruiros y encadenar los pueblos al carro de su esclavitud. El enemigo se ha embriagado con el llanto de nuestras mujeres, de nuestros viejos y de nuestros niños. Nos ha torturado, átomo por átomo, insultado, escupido, clavado, befado, empapado los labios de hiel y vinagre y, finalmente, ofrecerá a Mammón el humo de nuestras carnes maceradas y maltrechas.

Y este mismo enemigo clava sus inmundos tentáculos en la carne de todos los pueblos de la Tierra, prepara el más grande militarismo del mundo y se apresta a esclavizar la entera humanidad.

Hay que aplastarle la cabeza.

El pasaría de buena gana sobre los cuerpos de los rebeldes, de los revolucionarios y de los libertarios: él se prepara a pisotear a la humanidad.

Los caídos, todos los caídos, deben ser vengados. ¡Guay si no lo son!

Nosotros os enviamos un abrazo fraterno y el saludo augural.

Bartolomé Vanzetti

A LOS ANARQUISTAS DEL MUNDO

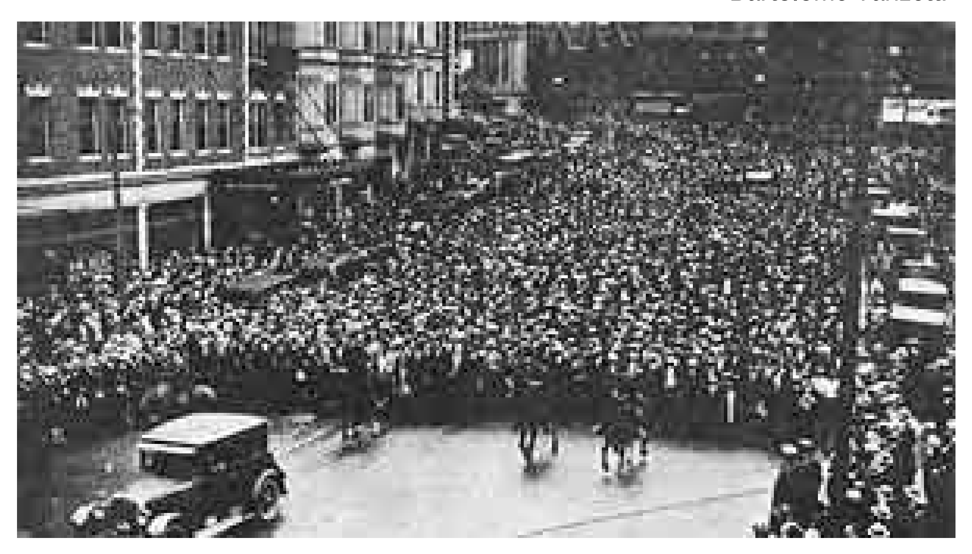
Casa de la Muerte, agosto 4 de 1927

Queridos camaradas: El gobernador Alvan T. Fuller, es un asesino como Thayer, Katzmann, perjuros del Estado y todos los otros. El me estrechó las manos como un hermano, haciéndome creer que estaba honestamente intencionado.

Ahora, ignorando a conciencia y negando todas las pruebas de nuestra inocencia, nos insulta y nos asesina. ¡Somos inocentes!

Esta es la manera de obrar de la plutocracia contra la libertad, contra el pueblo. Nosotros morimos por ser anarquistas. ¡Viva la anarquía!

Bartolomé Vanzetti



Charlestown, Prisión del Estado, agosto 4 de 1927.

Queridos amigos y camaradas:

En la celda de muerte, nos acaba de informar el Comité de Defensa que el gobernador Fuller ha decidido matarnos el 10 de agosto. No nos sorprende esta noticia, porque ya sabíamos que la clase capitalista es implacable y dura, y no tiene clemencia con los buenos soldados de la revolución. Estamos orgullosos de morir y caer como todos los anarquistas han caído y caen. Ahora sois vosotros, hermanos, camaradas, como ya os dije ayer, los únicos que podéis salvarnos, ya que nosotros jamás tuvimos fe en el gobernador. Porque hemos sabido desde un principio que el gobernador Fuller, Thayer y Katzmann, son nuestros asesinos. ¡Viva la anarquía!

Con calurosos saludos y recuerdos a todos.

Nicolás Sacco

AL HIJO DE SACCO

Mi querido Dante:

Yo espero aun. Nosotros lucharemos hasta el último momento para reivindicar nuestro derecho a la vida y a la libertad, pero todas las fuerzas del Estado, del oro y la reacción están malditamente contra nosotros, porque somos dos revolucionarios, dos anarquistas.

Escribiré poco sobre esto, también porque tú eres demasiado joven para poder comprender plenamente el profundo significado de esto y de otras cosas de que hablaría de buena gana contigo si la situación me lo permitiese.

Empero, si eres bueno, cuando seas mayor comprenderás, entonces, el caso de tu padre y el mío y los principios de él y míos por los que hoy se nos mata.



Te diré ahora que, por todo cuanto se de tu padre, él no es un criminal, sino por el contrario, uno de los mejores hombres que yo haya conocido nunca. Algún día serás capaz de comprender cuanto te digo: tu padre ha sacrificado todo lo que en la vida hay de más querido para el corazón y más sagrado para el alma, por su fe en la libertad y la justicia para todos.

Ese día te sentirás orgulloso de tu padre y, si has seguido siendo lo bastante bueno, tomarás su puesto en la lucha entre la libertad y la tiranía para reivindicar el nombre suyo -el nuestro- y nuestra sangre.

Y comprenderás también cuán buena y valerosa ha sido tu madre para ti, para tu padre y para mí en estos años de lucha, de dolores, de pasión, de penas y de atroz agonía.

Debes, por tanto, ser bueno, valiente, afectuoso hacia tu madre, hacia Inés, hacia Susi -buena y valerosa Susi- y hacer cuanto te sea posible para servirles de confortación y ayuda.

Desearía también que te recordarás alguna vez de mí, como el compañero, el amigo de tu padre, de tu madre, de Inés, de Susi y tuyo. Puedo asegurarte que tampoco yo fui nunca un criminal y que jamás en la vida robé o asesiné, sino que luché modesta y exclusivamente para abolir el crimen entre los hombres y por la libertad de todos.

Recuérdate. Dante, que quien te diga lo contrario de tu padre y de mí, no será más que un mentiroso, que insultará la memoria de dos hombres caídos por la fe y el amor hacia la humanidad que ardían en sus corazones.

Sabe y recuerda, Dante, que si tu padre y yo hubiésemos sido dos cobardes, dos hipócritas, dos renegadores de nuestra fe, no hubiéramos sido nunca condenados a muerte.

Ellos no habrían considerado culpable ni siquiera a un perro sarnoso ni ejecutado a un vene-

noso escorpión en base a las evidencias inventadas contra nosotros. Y habrían acordado un nuevo proceso, aunque se tratara de un matricida u otro delincuente común que hubiese podido presentar las evidencias que repetidamente y en vano, hemos presentado nosotros para obtener la revisión del proceso.

Recuerda, Dante. recuerda siempre esto: nosotros no somos ni fuimos nunca criminales; nos han juzgado culpables en fuerza a falsos testimonios, nos han denegado varias veces nuevo proceso y si somos ejecutados después de siete años, cuatro meses, y diecisiete días de indescriptibles torturas, es solo por la razón ya expuesta por mí: porque estuvimos y estamos siempre de parte de los pobres y contra la explotación y la opresión del hombre sobre el hombre.

Los documentos sobre nuestro caso que tú y los demás tendréis ocasión de recoger y conservar, te probaran que tu padre, tu madre, Inés, mi familia, tu y yo, hemos sido sacrificados por y para la razón de Estado de la plutocracia reaccionaria norteamericana.

Vendrá el día que comprenderás el sentido atroz de estas palabras, en todo su amplio significado, y ese día, Dante, tú nos honraras.

Y ahora, querido Dante, se siempre bueno y valeroso, siempre ... Un cariñoso abrazo de tu

Bartolomé Vanzetti

A SU HIJITA

Mi querida Inés:

Quisiera que pudieses comprender lo que te diré con espíritu ulcerado y con profundidad de afecto. Llevaré siempre, hasta el último día de mi vida, sobre mi corazón sin paz, la carta que me has escrito. Pediré que me la dejen llevar también a la tumba. ¡Cuánto habría deseado vivir contigo, con tu hermano Dante, con tu madre en una casita, perdida en el verdor de un bosque, unidos en una sola palpitación y en una sola ternura! Y en las tardes del verano sentarnos a la sombra de una encina, contigo en mis rodillas para enseñarte a leer, a escribir, a amar y a creer. Pero no ha sido así ... La maldad de los hombres no ha querido ... Un destino adverso nos ha dividido ... Esta vieja sociedad agonizante me arrancó brutalmente de los brazos de tu madre y de la profundidad de vuestro cariño, hijos míos, que me esperáis inútilmente.

Pero yo sé que seréis buenos ... yo sé que vosotros sabéis que os siento aquí, todas las horas ... y que os digo tantas palabras de pasión y de angustia ...

Agradece por mí a todos los amigos que luchan por mi libertad ... y deja que te bese muchas, muchas veces, y que envíe también todos mis besos a tu hermanito y a tu mamá.

Tu padre, Nicolás.



TESTAMENTO A SU HIJO DANTE

Cárcel estatal de Charlestown, agosto 18 de 1927

Mi querido hijo y compañero:

Desde el día que te ví por última vez pensé escribirte esta carta, pero mi prolongado ayuno y el pensamiento de no poderme expresar como era mi deseo, me han hecho esperar hasta hoy.

El otro día, apenas cese la huelga de hambre, mi pensamiento voló a tí y quise escribirte en seguida, pero advertí que mis fuerzas físicas no eran suficientes y que no estaba en condiciones de readquirirlas en un momento, debí, por lo tanto, suspenderla. Mas es necesario acabar antes de que nos conduzcan de nuevo a la celda de la muerte. Es mi opinión que, apenas la Corte Suprema deniegue la revisión del proceso, nos conducirán al triste lugar, y el lunes, si nada ocurre, nos matarán apenas haya sonado la media noche.

Heme aquí, pues, enteramente sólo contigo, con toda la fuerza de mi amor, para abrirte los tesoros de mi pobre corazón.

¡Nunca hubiera pensado que nuestro inseparable amor pudiera acabar tan trágicamente! Pero estos siete años de dolor me dicen que esto se ha hecho posible.

Empero, esta nuestra forzada separación no ha cambiado en un ápice nuestro afecto, que permanece más sólido y vivo que nunca. Más bien, si esto es posible, se ha agigantado más



aún.

Esto no solamente es un gran modo de proceder en la vida, sino también la confirmación de un hecho: que el verdadero amor fraterno no sólo se muestra en los momentos de alegría y placer, sino más aún en los momentos de lucha y de sufrimiento.

Recuérdalo, Dante.

Nosotros lo hemos demostrado y, modestia aparte, nos sentimos orgullosos de ello.

Mucho hemos sufrido en nuestro largo calvario. Nosotros protestamos hoy, como hemos protestado ayer, y protestaremos siempre por nuestra libertad.

Si desistí de la huelga de hambre fue porque ya no quedaba en mí, sombra alguna de vida, y yo había escogido esa forma de protestar para reclamar la vida y no la muerte.

Mi sacrificio estaba animado por el deseo vivísimo que había en mí de volver a estrechar entre mis brazos a tu pequeña hermanita querida Inés, a tu madre, a tí y a todos mis amados compañeros y amigos. Por esto, hijo, vuelve ahora la vida, calma y tranquila, a reanimar mi pobre cuerpo, aunque el espíritu permanezca sin horizontes y siempre como perdido entre tétricas, sombrías, visiones de muerte.

Y bien, querido muchachito mío, después de haberme hablado tu madre tantas veces de tí y de haberte visto en mis sueños días y noches, fue alegría inefable la de volverte a ver, estrecharte entre mis brazos y hablar contigo como solía hacerlo otros días ... aquellos días ...

Mucho te dije en esta ocasión y mucho deseaba decirte aún; pero ví que eras siempre el amoroso muchacho de aquel entonces ... que eras bueno con tu mamá, que tanto te ama, y no quise herir más largamente tu sensibilidad, porque estoy seguro que continuarás siendo el noble y buen joven que eres ahora y recordarás para siempre cuanto te dije.

Yo estoy tan seguro de esto como de que lo que voy a decirte ahora hará vibrar tu pobre corazón; pero no llores, Dante, porque muchas lágrimas ya han sido derramadas en vano -tu madre las ha derramado durante siete años, inútilmente. Por eso, hijo, en vez de llorar, hazte fuerte para poder estar en condiciones de confortar a tu pobre madre.

Te diré ahora lo que yo solía hacer cuando quería distraer a tu madre de algún triste pensamiento, para que tu puedas repetirlo cuando sea necesario. Íbamos de la mano, en un largo paseo a través de los campos al aire libre y bajo el sol radiante; recogía a mi paso flores silvestres de un lado y de otro, y se las ofrecía, y cuando la advertía cansada, la hacía sentar a la sombra de algún árbol, y ahí, en la viva y dulce armonia de madre natura, ella lo olvidaba todo y era feliz, tan feliz ...

Recuerda, también esto, hijo mío. No olvides jamás, Dante, cuantas veces seas feliz en la vida, de no ser egoísta; comparte siempre tu dicha con los más infelices, más pobres y más débiles que tu, y no seas sordo nunca hacia quienes reclaman socorro.

Ayuda a los perseguidos y a las víctimas, porque ellos serán tus mejores amigos; ellos son los compañeros que luchan y caen como tu padre y Bartolomeo, que lucharon y hoy caen por haber reclamado felicidad y libertad para todos las pobres y harapientas muchedumbres del trabajo.

En esta lucha por la vida hallaras alegría y satisfacción y serás amado por tus semejantes.

Por todo lo que tu madre me informa acerca de cuanto has dicho y hecho en estos últimos dias de atroz agonía sufridos por mí en la celda de muerte, yo estoy seguro de que serás un

día el joven por mí soñado tantas veces, y esta certeza me hace casi felíz.

Nadie puede saber o decir lo que será de nosotros mañana, pero si nos matan tu no deberás olvidar jamás de mirar a tus amigos y compañeros con la misma sonrisa jovial sobre los labios con que miras a tus más íntimos afectos, porque ellos te aman con el mismo amor de que rodean a todos los demás infortunados y perseguidos compañeros.

Y esto te lo dice tu padre, tu padre que lo es todo para ti; tu padre que los ama como los ama, que sabe y conoce la nobleza de su fe -que es la mía, Dante-, los supremos sacrificios que ellos afrontan todavía por nuestra libertad, porque yo he combatido a su lado, ellos son los que nos hacen vivir en el corazón una esperanza todavía. Solamente ellos podrán evitar nuestra electrocutación. Esta es la lucha, la guerra entre los ricos y los pobres, por la salvación y la libertad que tú, hijo mío, comprenderás mejor cuando seas mayor, en toda su grandiosidad y nobleza.

Pensaba continuamente en ti, Dante mío, en los tristes días transcurridos en la celda de la muerte. El canto, las tiernas voces de los niños que llegaban hasta mí del vecino jardín de juego donde brincaba la vida y la alegría sin afanes -solamente a pocos pasos de distancia de los muros que aprisionan en una atroz agonía a tres almas en pena- todo me hacía pensar insistentemente en ti y en Inés, y os deseaba tanto, tanto, ¡oh, hijos míos! ...

Más luego pensé que fue mejor que no hayas venido a verme en esos días, porque te hubieras encontrado en la celda de la muerte, en presencia del cuadro espantoso de tres hombres en agonía, en espera de ser muertos, y quien sabe qué efecto hubiera podido producir en tu mente tan trágica visión, y que influencia hubiera podido tener en el futuro.

Por otra parte si tu no fueses un muchacho demasiado sensible, tal visión hubiera podido serte útil cuando, más adelante, pudieras recordarla para decir al mundo toda la vergüenza de este siglo que está encerrada en esa forma cruel de persecución y de infame muerte.

Sí, Dante mío, podrán muy bien crucificar nuestros cuerpos, como ya lo hacen desde siete años, pero no podrán destruir jamás nuestras ideas, que permanecerán aun más bellas para las generaciones futuras.

Dante, cuando me refería a tres vidas, quería decirte que con nosotros está otro joven, Celestino Madeiros, que será muerto junto con nosotros. El ya ha estado otras dos veces en la horrible celda de muerte -que debe ser destruida con la piqueta del progreso- esa horrible celda que deshonra al Estado de Massachussets. Se debería destruir esas celdas, para levantar en su lugar fábricas y escuelas para enseñar lo útil y lo bueno a centenares de niños.

Dante, te exhorto una vez más a ser bueno y a amar con todo tu afecto a tu madre en estos tristes días, y yo moriré seguro que con todos tus cuidados y tus afectos ella será menos infeliz. Y no dejes de conservar un poco de tu amor para mí, hijo, porque yo te amo tanto, tanto ...

Mis más fraternos saludos para todos los buenos amigos y compañeros.

Afectuosos besos para la pequelia Inés, para mamá, y para ti un abrazo de corazón de tu padre y compañero.

Nicolás Sacco

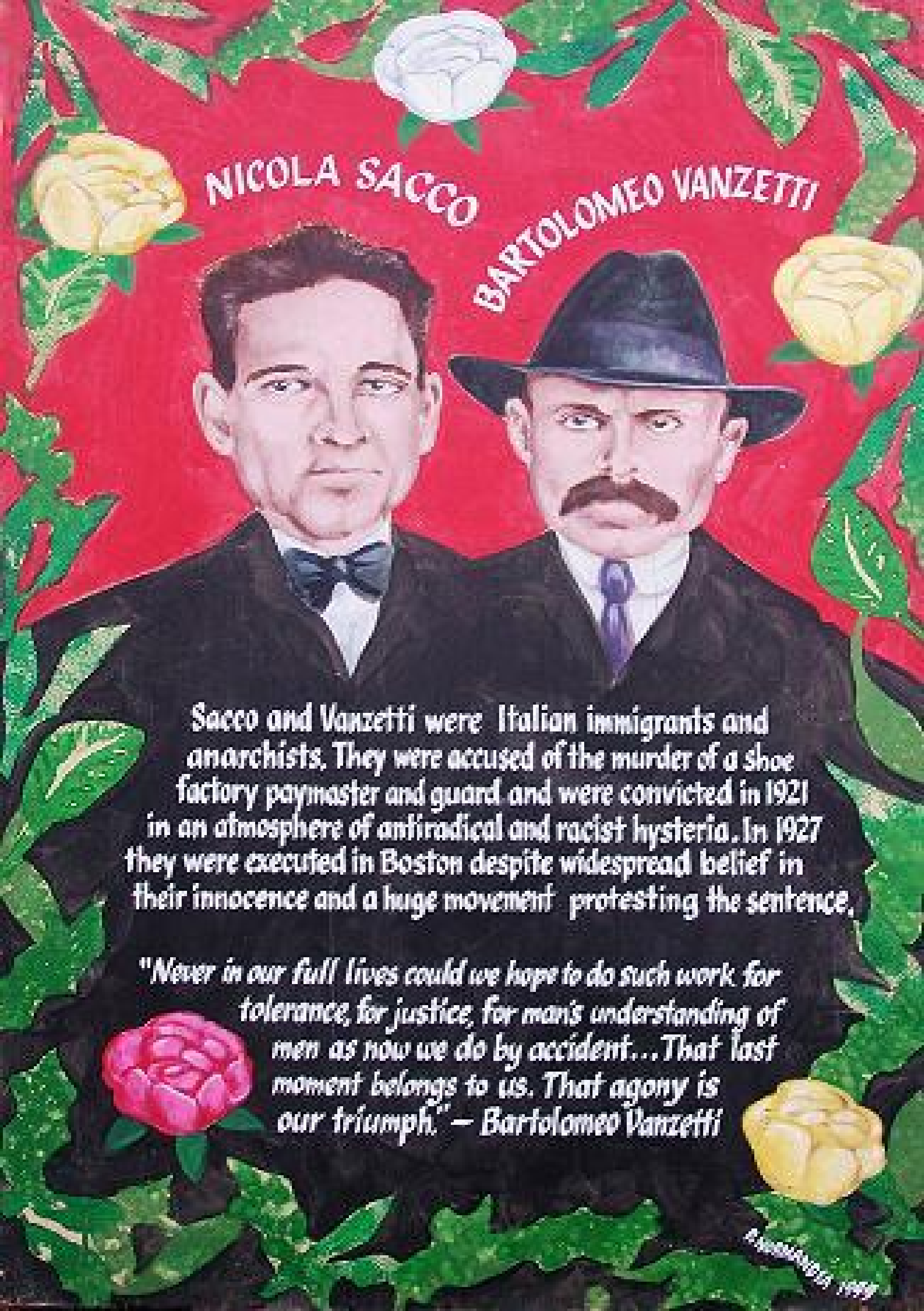
P.D. Bartolomeo te envía también sus cariñosos saludos. Espero que tu madre te ayudará a comprender esta carta, ya que no he podido escribir mejor y de manera más clara, porque no

me siento lo bastante bien, y estoy débil, tan débil ... ¡Adios!





TÍTULOS PUBLICADOS


NICOLA SACCO
BARTOLOMEO VANZETTI
Sacco and Vanzetti were Italian immigrants and
anarchists. They were accused of the murder of a shoe
factory paymaster and guard and were convicted in 1921
in an atmosphere of antiradical and racist hysteria. In 1927
they were executed in Boston despite widespread belief in
their innocence and a huge movement protesting the sentence.
"Never in our full lives could we hope to do such work for
tolerance, for justice, for man's understanding of
men as now we do by accident... That last
moment belongs to us. That agony is
our triumph." – Bartolomeo Vanzetti